



# UN CORAZÓN PARADOS

JESSI KIRBY

 Planeta

## Índice

[Portada](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Corazón](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Créditos](#)

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**


Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



*Para mis hermanas, que tienen un corazón valiente y hermoso*



Corazón (n.): órgano muscular hueco que bombea la sangre por el sistema circulatorio mediante contracciones y dilataciones rítmicas; el centro de la personalidad total, sobre todo relacionado con la intuición, los sentimientos o la emoción, más interna o vital de algo.

*Definición de la palabra «corazón»*

Cuando las sirenas me despertaron justo antes del amanecer, no sé cómo supe que iban a por él.

No recuerdo haber saltado de la cama ni haberme atado los zapatos; tampoco recuerdo cómo llegué al camino de la entrada, ese sinuoso sendero que hay entre nuestras casas. No recuerdo mis pies golpeando el suelo, mis pulmones aspirando aire ni mi cuerpo corriendo para atrapar lo que mi corazón me decía que era cierto. Pero recuerdo cada detalle después de eso.

Puedo ver las luces azules y rojas que brillan en el claro cielo del amanecer. Puedo escuchar las voces entrecortadas de los médicos. Las palabras «traumatismo encefálico» que se repiten entre el ruido de sus radios en el fondo.

Recuerdo los profundos y ahogados sollozos de una mujer desconocida, y que sigo sin conocer. También el extraño ángulo de la camioneta blanca de la chica, con el toldo oculto bajo los tallos destrozados, y las flores de los girasoles que crecían a lo largo del camino. La reja, astillada y rota.

Recuerdo los cristales, que parecían grava, esparcidos por el asfalto.

Sangre. Demasiada.

Y su zapatilla tirada a un lado, en medio de todo aquello. El corazón que, con un rotulador negro, yo había dibujado en la suela.

Aún puedo percibir el vacío de su zapatilla cuando la recogí y cómo su liviandad me hizo caer de rodillas. Puedo sentir las manos enguantadas que me levantaron y que luego me sujetaron cuando traté de correr hacia él.

No dejaron que me acercara. No querían que lo viera. Y, por eso, lo que más recuerdo de esa mañana es que me quedé de pie a un lado del camino, sola, mientras la oscuridad se cernía a mi alrededor y el día cambiaba mi vida. La luz de la mañana sobre los pétalos, dorados y vibrantes, esparcidos por donde él yacía, agonizando.

# 1

La comunicación con los receptores del trasplante puede ayudar a los familiares de los donantes tras su pérdida... En general, las familias de los donantes, los receptores, y sus parientes y amigos se pueden sentir reconfortados al hablar sobre sus experiencias con la donación... El regalo de la vida... Pueden pasar meses o años antes de que alguno de ellos esté listo para enviar o recibir correspondencia, o tal vez nunca llegue a haber ninguna relación.

Programa de Servicios a las Familias de los Donantes  
Alianza de Vida

Cuatrocientos días.

Repito el número en mi cabeza. Dejo que se apodere del sentimiento de vacío mientras aprieto el volante. No puedo permitir que se vaya como cualquier otro día. Cuatrocientos merece algún reconocimiento. Como trescientos sesenta y cinco, cuando le llevé flores a su madre y no a su tumba, porque sabía que él habría querido que las tuviera ella. O como en su cumpleaños. Eso fue cuatro meses, tres semanas y un día después: el día ciento cuarenta y dos.

Lo pasé sola. Ese día no tuve ánimo para ver a sus padres y, en realidad, una parte pequeña y secreta de mí creía que, si yo estaba sola, quizá él podría regresar, cumplir dieciocho años y seguir donde nos habíamos quedado. Estudiar el último año conmigo, enviar solicitudes a las mismas universidades, regresar por última vez a casa o ir al baile de graduación, lanzar los birretes al aire y besarnos hasta que llegaran al suelo.

Cuando él no regresó, cogí una sudadera que aún conservaba su olor, o eso pensaba yo. La apreté contra mi cuerpo y pedí un deseo. Deseé, con todas las fuerzas, que no tuviera que hacer ninguna de estas cosas sin él. Y mi sueño se hizo realidad. El último año se transformó en una niebla. No envié por correo las solicitudes a la universidad. No salí a comprar el vestido para el baile de graduación. Olvidé que había un cielo para besarnos debajo de éste.

Los días pasaron, uno tras otro, sin fin; parecían infinitos, pero se fueron en un parpadeo, como las olas que se rompen en la orilla, o las estaciones que pasan. O el latido de un corazón.

Trent tenía un corazón de atleta: fuerte, estable, diez latidos más lento que el mío. Antes, nos acostábamos pecho contra pecho, y yo respiraba más lento para seguir su ritmo. Trataba de engañar a mi pulso para que hiciera lo mismo; pero nunca funcionó. Tres años después, mi pulso se aceleraba con sólo estar cerca de él. Pero encontrábamos nuestra propia sincronía, con su corazón latiendo a un ritmo lento y estable y el mío llenando los espacios intermedios.

Cuatrocientos días y demasiados latidos por contar. Cuatrocientos días, demasiados lugares y momentos donde Trent ya no existe. Y aún sin respuesta de uno de los pocos sitios donde sí existe.

Un claxon suena detrás de mí, y me saca bruscamente de mis cavilaciones. Por el espejo retrovisor puedo ver al conductor que sigue maldiciendo mientras maniobra para adelantar a mi coche. Se lo ve furioso y está gritando a través de su parabrisas: «¿Qué demonios haces?!».

Me pregunté lo mismo al entrar en el coche. No estoy segura de lo que estoy haciendo, sólo sé que tengo que hacerlo porque debo verlo con mis propios ojos. Por lo que sentí cuando vi a los otros receptores.

Norah Walker fue la primera receptora en contactar con la familia de Trent, aunque su nombre lo supieron después. Los receptores y las familias de sus donantes pueden ponerse en contacto en cualquier momento a través del coordinador de trasplantes, pero recibir aquella carta fue una sorpresa para todos nosotros. La madre de Trent me llamó el día después de recibirla y me pidió que fuera a su casa. Nos sentamos juntas, en una sala bien iluminada, en ese hogar que guardaba tantos recuerdos, como aquel día en que pasé corriendo frente a la puerta, hasta cinco veces, deseando que él notara mi presencia.

Oí sus pasos que trataban de alcanzarme y empecé a correr más despacio, sólo lo suficiente para que llegara junto a mí. Se las arregló para hablar, con la respiración entrecortada.

—¡Eh! —Respiración—. ¡Espera! —Respiración.

Teníamos catorce años. Éramos unos desconocidos hasta ese momento. Hasta esas dos palabras.

Cuando fui a casa de Trent a hablar con su madre, me senté en el sillón donde él y yo solíamos ver películas y comer palomitas del mismo bol. Fueron sus palabras y la gratitud que había en ellas las que me sacaron del lugar oscuro y solitario en el que yo había habitado durante mucho tiempo. La carta, escrita con letra temblorosa y en un papel bonito, despertó algo en mí. Era sencilla. El receptor estaba profundamente apenado por la muerte de Trent. Profundamente agradecido por la vida que le había dado.

Esa noche regresé a casa y le escribí una respuesta: le quería agradecer la vitalidad que me había otorgado con sus palabras. Y, la noche siguiente, escribí a otro receptor, y más tarde a otro: cinco en total. Cartas anónimas para personas anónimas a las que quería conocer. Y, cuando se las envié al coordinador de trasplantes para que las hiciera llegar a los receptores, fue con la leve esperanza de que esas personas me escribieran una respuesta. Que pudieran darse cuenta de mi presencia, como él lo hizo.

*Me vuelvo y veo que él está allí, sonriendo, apretando un girasol que es más alto que yo. Su tallo se arrastra detrás de él.*

*—Soy Trent —dice—. Me acabo de mudar aquí, en esta misma calle. Debes de vivir cerca, ¿verdad? Esta semana te he visto pasar todas las mañanas. Eres rápida.*

*Me muerdo el labio inferior mientras caminamos. Sonríe por dentro. Trato de no confesar que todos esos días he reservado la velocidad para el tramo de camino frente a su casa. Desde que el camión de la mudanza se detuvo en el camino de la entrada, y él bajó de un salto.*

*—Soy Quinn, digo. —Respiración.*

Escribir las cartas me hizo sentir como si pudiera respirar de nuevo. Escribí sobre Trent y sobre todo lo que me dio cuando estaba vivo. La sensación de que podía hacerlo todo. Felicidad, amor. Las cartas eran una manera de honrarlo y una esperanza de algo más. Una mano anónima que se estiraba hacia el vacío, buscando una conexión. Una respuesta.

*Me río porque él aún no ha recuperado el aliento, y porque no parece recordar que lleva un enorme girasol en la mano.*

*—Oh —dice, siguiéndome la mirada—, se suponía que éste era para ti. Yo... —Se pasa una mano por el pelo, parece nervioso—. Yo lo he arrancado por allí, cerca de la reja.*

*Lo extiende hacia mí y se ríe. Es una risa que quiero seguir escuchando.*

*—Gracias —respondo. Y estiro la mano para cogerlo.*

*Lo primero que me regaló.*

Después de doscientos ochenta y dos días, y de enviar y recibir muchas cartas, de rellenar formularios de aceptación y de recibir asesoría previa a la reunión, su madre y yo fuimos a la oficina de Servicios a las Familias de los Donantes, nos sentamos juntas y esperamos a que

llegaran; queríamos conocerlos en persona.

Norah fue la primera que habló con nosotras y que nos tendió la mano. A pesar de todas las veces que me había imaginado el encuentro, no estaba preparada para lo que sentí cuando nos cogimos de la mano, la miré a los ojos y supe que también había en ella una parte de Trent. Una parte que le había salvado la vida a la chica y le había dado la oportunidad de ser madre de una pequeña niña, de pelo rizado, que miraba desde detrás de las piernas de Norah, y esposa del hombre que estaba de pie junto a ella, llorando.

Cuando la mujer respiró hondo, con los pulmones de Trent, y acercó mi mano a su pecho, para que sintiera cómo se llenaban y se expandían, mi corazón también se llenó.

Pasó lo mismo con los demás receptores que conocí: Luke Palmer, siete años mayor que yo, nos tocó una canción con su guitarra, y podía hacerlo gracias a que Trent le había dado un riñón. Estaba John Williamson, un hombre callado pero cálido, mayor de cincuenta años. Escribió varias cartas poéticas acerca de la manera en que su vida había cambiado desde que recibió el trasplante de hígado. Aquel día luchó para encontrar las palabras correctas con las que poder expresarse en esa pequeña recepción. Y luego estaba Ingrid Stone, una mujer con los ojos de un tono azul claro, tan diferentes de los ojos de color café de Trent, pero que podía ver el mundo de nuevo, y pintarlo con colores vivos, gracias a ellos.

Dicen que el tiempo sana todas las heridas, pero conocer a esa gente, una improvisada familia de extraños que estaban unidos por una sola persona, sanó más en mí que todo el tiempo que había pasado en los días anteriores.

Por eso, cuando no tuve respuesta del último de los receptores empecé a buscarlo. Realicé búsquedas en internet, comparé fechas con noticias y hospitales, hasta que lo encontré con tanta facilidad que casi no me lo creía. Ante los demás, he fingido que comprendo la razón por la que no ha respondido. Que, como nos dijo la mujer de los Servicios a las Familias de los Donantes, algunas personas nunca responden y se debe respetar su decisión.

He actuado como si no pensara en él todos los días ni me preguntara por esa decisión. Como si hubiera hecho las paces con él. Pero a solas, en esas horas nocturnas interminables, siempre regreso a la verdad: que no he hecho las paces en absoluto. Y no creo que pueda a menos que haga esto.

No sé lo que Trent pensaría si lo supiera. Qué diría si, de alguna manera, pudiera verme. Pero han pasado cuatrocientos días. Creo que lo entendería. Durante mucho tiempo fui la única que tuvo su corazón. Sólo necesito ver dónde está ahora.



El corazón tiene sus razones, que nada tienen que ver con la razón: lo sabemos de formas incontables.

BLAS PASCAL

No hay un lugar para dar la vuelta en este camino, aunque quisiera hacerlo. Sólo una caída abrupta por una colina de robles cubiertos de musgo, que sobresalen de la hierba alta y dorada del verano. El camino sigue así durante muchos kilómetros, serpenteando la costa donde él ha estado los diecinueve años de su vida. A menos de sesenta kilómetros de distancia.

Cuando los árboles por fin ceden su lugar al azul del océano, y el cielo a la orilla de su pueblo, me tiemblan tanto las manos que tengo que parar en un mirador, en una cuneta del camino. Una delgada neblina cubre la orilla del acantilado y se funde con la luz de la mañana, que se dispersa sobre el agua. Apago el motor, pero no salgo del coche. En cambio, bajo las ventanillas y respiro. Son respiraciones lentas y profundas, con las que intento tranquilizar mi conciencia.

He estado aquí muchas veces, en Shelter Cove. Varios días de primavera y verano he pasado por este lugar y he ido al pequeño pueblo de la playa, pero hoy es diferente. No hay nada de la expectación que solíamos tener mi hermana Ryan y yo, en el asiento de atrás, mientras íbamos con nuestros padres en la camioneta, con toallas de playa, tablas para surfear y la nevera llena de comida basura que nunca nos dejaban comer en casa. No noté la sensación de libertad que tuve cuando Trent se sacó el permiso de conducir y vinimos a pasar el día, en su camioneta. Nos sentíamos mayores de edad y éramos unos románticos. Hoy sólo hay una horrible especie de determinación y la tensa sensación que la acompaña.

Observo el agua, a lo lejos, y una idea me viene a la cabeza. Me pregunto si, en alguna de las ocasiones en que he estado aquí, he visto a Colton Thomas. Si Trent y yo alguna vez nos cruzamos con él por la calle, si nos miramos a los ojos durante medio segundo para después ver otra cosa, sin pensarlo, como hacen los extraños. Completamente inconscientes de que un día se crearía este vínculo entre nosotros. Antes de todo. Antes del accidente de Trent, de escribir las cartas y de conocer a los otros receptores; antes de que yo pasara muchas noches esperando noticias de Colton Thomas y preguntándome por qué no me responde.

Es un pueblo pequeño. Lo bastante pequeño como para que nos hayamos visto en alguno de mis viajes. Pero, una vez más, quizá no sucedió. Probablemente él no pasaba el verano de la manera en que lo hacíamos nosotros. He estudiado la detallada línea del tiempo que la hermana de Colton Thomas escribió en su blog, y que fue lo que me llevó hasta él. Aunque ella no la empezó hasta que lo pusieron en la lista de espera de trasplantes. Sé que él tenía catorce años cuando su corazón enfermó. Lo inscribieron en la lista de trasplantes cuando tenía diecisiete años. Y habría muerto de no haber recibido el órgano, cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve. El último día en que Trent tuvo diecisiete años de edad.

Aparto de mi mente esta idea y la pesada sensación que la acompaña. Vuelvo a respirar hondo y me recuerdo lo cuidadosa que debo ser con esto. Ya he incumplido demasiadas reglas

escritas y protocolos diseñados para proteger a las familias de los afectados, que tratan de evitar que sepan demasiado. O que esperen demasiado.

Pero, cuando encontré a Colton y vi que su historia estaba expuesta en la red, para que cualquiera la viera, en mi mente cambié estas reglas por otras. Reglas y promesas que he repetido una y otra vez, que me han llevado hasta aquí y que me fortalecen para volver a la carretera mientras las repito: respetaré el deseo de Colton Thomas de no tener contacto, aunque creo que jamás llegaré a entenderlo. Sólo quiero verlo. Ver quién es en realidad. Tal vez entonces yo pueda entenderlo. O, por lo menos, quedar en paz con él.

No voy a interferir en su vida. No voy a hablar con él, ni tan sólo para escuchar su voz. Él no sabrá si quiera que existo.

Aparco enfrente del local de alquiler de kayaks Good Clean Fun y apago el motor, pero no salgo del coche. En cambio, me tomo un momento para observar la tienda, como si pudiera ver algo que me diga más sobre Colton que todas las publicaciones en el blog de su hermana. Tiene el mismo aspecto que en las fotos: tablas de remos y kayaks perfectamente apilados llenan los estantes a ambos lados de la puerta; brillantes salpicaduras amarillas y rojas contra el color gris de la mañana. Puedo verlo a través de la ventana, está detrás de una serie de trajes de neopreno y chalecos salvavidas ordenados en fila, listos para los clientes que entren en busca de aventura. Nada fuera de lo normal. Aun así, es extraño verlo ahora. Debo de haber pasado más de una vez por delante y nunca le presté atención. Hoy es como si lo conociera, con una historia que contiene muchas cosas más que los equipos en los estantes.

El local está cerrado, y la calle se ve casi vacía; excepto en el muelle que se adentra en el océano, picado y gris, donde se ven los habitantes de la localidad paseando. Los surfistas salpican el agua a ambos lados de los pilares, cubiertos por mejillones. Un pescador pone el cebo en la caña y la lanza por encima de la baranda. Dos ancianas en chándal caminan a paso rápido por la orilla del agua, charlando y agitando los brazos con entusiasmo mientras avanzan. Y, en el estacionamiento junto al muelle, tres muchachos en pantalones cortos y sandalias descansan contra la barandilla. Miran las olas mientras sostienen en las manos unas tazas de café humeante.

Pienso que tomar un café puede ser una buena idea. A falta de otra cosa, podría usar una taza para calentarme las manos. Tal vez eso sea suficiente para que dejen de temblar. E ir a buscarlo me entretendría; dejaría de estar sentada al otro lado del local, esperando, mientras poco a poco pierdo la seguridad en mí misma.

En la misma calle veo una puerta con un letrero interesante: «El lugar secreto». Le echo un último vistazo al local de alquiler de equipos, luego salgo del coche y bajo la acera, tratando de parecer cómoda y relajada, como si viviera aquí.

El aire está espeso por la niebla de la mañana y el olor a sal del agua, y, aunque más tarde el calor aumentará, mientras camino noto frío en los brazos, y se me pone la piel de gallina. Cuando abro la puerta de la cafetería, el olor del café me envuelve, y oigo las dulces notas de una guitarra acústica, que vienen de la pequeña campana que está sobre la puerta. Mis hombros se relajan un poco. Casi siento como si sólo quisiera tomar un café, tal vez dar un paseo por la playa e irme sin cruzar más líneas. Pero sé que no es cierto. Hay demasiadas cosas importantes alrededor de esto, y de él, como para que sea capaz de hacerlo.

Me sobresalto al oír la voz que sale de detrás del mostrador.

—¡Buenos días! Enseguida estoy contigo. —El timbre es cálido y fácil, como una sonrisa.

—Muy bien —respondo, consciente de lo acartonada que suena mi voz en contraste con la suya.

Como no estoy acostumbrada a tratar con la gente, intento pensar en algo que añadir, pero me quedo en blanco. Doy un paso atrás y miro a mi alrededor. Es un lugar acogedor; en las paredes de color turquesa destacan las fotografías en blanco y negro de surfistas. En el techo cuelgan viejas tablas de surf, sujetas con cuerdas gastadas. Junto al mostrador, apoyada en la pared, hay otra tabla. Ésta tiene un trozo arrancado de un mordisco y sirve para mostrar el menú, escrito a mano.

No tengo hambre, pero lo leo de todos modos, para ver si tienen un burrito para desayunar. Era el favorito de Trent, sobre todo después de nadar por la mañana. Si él salía temprano, y teníamos tiempo antes de regresar a la escuela, íbamos al pueblo y nos comprábamos un burrito para compartirlo en nuestro pequeño lugar secreto: un banco que queda oculto detrás del restaurante y tiene vistas al arroyo. En ocasiones hablábamos de su próxima reunión, o de la mía, o de nuestros planes para el fin de semana. Sin embargo, mi momento favorito era cuando sólo nos sentábamos allí, con el suave sonido del agua fluyendo sobre las rocas y el agradable silencio que surgía entre nosotros.

Un muchacho con el pelo suelto, de color rubio, y los ojos de un tono azul brillante, sale por la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Lamento la espera —dice, y me lanza una sonrisa que muestra su dentadura tan blanca que contrasta con la piel bronceada—. Aún no ha llegado mi ayudante. No sé por qué.

Mueve la cabeza hacia la pizarra que muestra las condiciones para surfear: «Olas del sur de dos metros, brisa marina. ¡Salga de aquí!». Cuando mira por la ventana a la playa y se encoge de hombros, tengo la sensación de que está de acuerdo con eso.

No digo ni una palabra. Finjo leer el menú. El silencio me hace sentir un poco incómoda.

—De todos modos —continúa, juntando las manos—, ¿qué te apetece tomar?

En realidad no quiero nada, pero ya es demasiado tarde para irme. Además, el chico parece agradable.

—Quiero un café moca —digo, pero no parezco completamente segura.

—¿Eso es todo? —pregunta.

Muevo la cabeza de arriba abajo.

—Sí.

—¿Estás segura de que no quieres nada más?

—Sí. Quiero decir, no, gracias. Estoy segura.

Bajo la vista al suelo, aunque puedo sentir que él me sigue mirando.

—Está bien —dice después de un largo momento. Su voz es más suave ahora—. Te lo traeré dentro de un minuto. —Hace un gesto en dirección a las cinco o seis mesas vacías—. Hay muchos asientos, elige el que quieras.

Escojo una mesa situada en una esquina y que da a la ventana. Afuera, el sol se abre paso a través del gris de la mañana y le infunde al agua luz y color.

—Aquí tienes. —El muchacho me sirve una taza de café y un plato con una madalena—. Plátano con virutas de chocolate —dice cuando lo miro—. Sabe a felicidad. Podrías usar un poco de ella esta mañana, así que es por cortesía de la casa. El café también.

Sonríe, y entonces reconozco la forma cuidadosa en que lo hace. No se trata sólo de esta mañana. Es la misma sonrisa que la gente me está ofreciendo desde hace tiempo, una mezcla de compasión y pena, y me pregunto qué será lo que las personas ven en mí que les hace pensar que la necesito. ¿Mi postura?, ¿mi expresión?, ¿mi tono? Es difícil adivinarlo después de tanto tiempo.

—Gracias —digo. Y luego trato de sonreír de manera amable, para que ambos estemos seguros de que me siento bien.

—¿Ves? Ya está funcionando. —Él sonríe—. Por cierto, mi nombre es Chris. Llámame si

necesitas algo más, ¿de acuerdo?

Yo afirmo con la cabeza.

—Gracias.

Regresa a la cocina. Me apoyo en el respaldo de la silla, con la taza caliente entre mis manos, y me siento un poco más tranquila. Aunque aún puedo ver el local de alquiler de kayaks al otro lado de la calle, siento una distancia segura y razonable. Como si no hubiera hecho algo mal al estar aquí. Un surfista camina por la acera, y atrapo un atisbo de ojos verdes y piel bronceada que hace que aparte la vista rápidamente hacia la espuma de mi moca. Es atractivo. Me parece sorprendente que lo haya notado, y eso me hace sentir un poco culpable.

Un momento después, la puerta se abre y él avanza directo hacia el mostrador, sin verme en el rincón. Toca el timbre cinco veces, con rapidez.

—¡Eh! ¿Alguien está trabajando aquí hoy o todos están fuera, en el agua?

Chris regresa de la cocina, con una sonrisa de familiaridad en el rostro.

—Bueno, mira quién ha decidido regalarnos su presencia esta mañana. —Se saludan con un choque de manos y se abrazan en el mostrador—. Me alegro de verte, hombre. ¿Ya has surfado?

—He visto la salida del sol en el agua —dice el chico que tiene los ojos verdes—. Deberías venir. Ha estado bien. ¿Por qué no te he visto allí? —Coge una taza y la llena él mismo.

—Alguien tiene que encargarse del local —contesta Chris, tomando un sorbo de su taza.

—Alguien tiene equivocadas sus prioridades —señala el otro, con toda seriedad.

Chris suspira.

—Ya pasa.

—Lo sé. Cuando no lo estás intentando —dice simplemente su amigo. Sopla sobre su taza—. Por eso tienes que estar allí ahora, para que no eches de menos esas cosas.

—Eso es profundo, amigo. —Chris sonrío—. ¿Tienes otras sabias palabras que quieras decirme?

—No. Pero se supone que este oleaje seguirá. ¿Sesión al amanecer mañana?

Chris inclina la cabeza, reordenando sus prioridades.

—Vamos. —Su amigo sonrío—. La vida es demasiado corta. ¿Por qué no lo haces?

—Muy bien —dice Chris—. Tienes razón. Cinco y media. ¿Quieres algo para comer?

Cuando una pequeña parte de mí espera que él responda que sí, para que se quede, me doy cuenta de que he seguido la conversación con mucha intensidad. Y a él también. Consciente de ello, me acerco la taza a los labios, más para esconderme detrás de ella que para tomar un sorbo. Me obligo a mirar de nuevo la calle por la ventana.

—No, tengo que abrir la tienda. Una familia de ocho personas vendrá a alquilar kayaks dentro de un momento, y le prometí a mi hermana que estaría allí para atenderlos.

Sus palabras, pronunciadas de manera casual, me golpean con rapidez, como una andanada de flechas: *kayaks, tienda, alquilar, hermana*. Mi estómago se revuelve ante la posibilidad de que sea él. De pie, a unos cuantos metros. Inspiro deprisa y de inmediato me atraganto con el café. Los dos muchachos me miran mientras toso y estiro la mano para coger el vaso de agua que hay en la mesa. Golpeo mi taza, y cae al suelo con un gran estrépito. El café se ha derramado por todas partes.

El surfista da un paso hacia mí mientras yo salto lejos de mi asiento. Chris le lanza un trapo por encima del mostrador.

—Colt, atrápalo.

El corazón se me sale del pecho y se lleva todo el aire de la sala con él, de modo que no puedo respirar.

Colt. Como Colton Thomas.

### 3

Los científicos han identificado neuronas individuales que se disparan cuando se ha reconocido a una persona. Por lo tanto, [es posible que] cuando el cerebro del receptor analiza las características de una persona, que impresionó de manera importante al donante, el órgano donado puede experimentar ciertas emociones, que indican el reconocimiento del individuo. Estas sensaciones ocurren en milisegundos, y el receptor [puede llegar a creer] que [él] conoce a la persona.

*«Memoria celular en trasplantes de órganos»*

Colton Thomas camina hacia mí, con las cejas arrugadas por la preocupación. Con el trapo empieza a limpiar el charco de café derramado.

—¿Te encuentras bien?

Digo que sí con la cabeza; todavía estoy tosiendo, aunque me encuentro lejos de estarlo.

—Pasa por aquí. Yo me encargo de esto.

Me coge del codo con suavidad, y me pongo tensa ante su contacto.

—Lo siento —dice, dejando caer la mano rápidamente—. Yo... ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Él ahora está de pie, justo enfrente de mí, con el trapo de cocina en la mano, preguntándome si estoy bien. Esto no debería suceder. Esto no es lo que se supone que debería suceder, esto...

Aparto la vista. Toso una vez más, luego me aclaro la garganta y aspiro con vacilación. «Tranquilízate, tranquilízate», pienso.

—Lo siento —logro pronunciar—. Lo siento mucho. Sólo...

—Está bien —contesta, como si estuviera riendo.

Mira a su amigo, que parece estar preparando otra taza de café.

—¡Uno nuevo va en camino! —grita Chris.

—¿Ves? —dice Colton Thomas—. No hay de qué preocuparse. —Hace un gesto en dirección a la silla más cercana—. Yo te lo llevo. Puedes sentarte.

No me muevo y no suelto una palabra.

Él se agacha para limpiar el suelo, pero luego me vuelve a mirar y sonrío. Me sorprende ver esta sonrisa, que nada tiene que ver con esa débil mueca que muestra en muchas de las fotos que publicó su hermana. Porque él no se parece al chico de las fotos. No creo que hubiera adivinado siquiera que era la misma persona. Tal vez ni aunque hubiera entrado caminando en el local de sus padres.

El Colton de las fotografías estaba enfermo. Piel pálida, ojeras, cara hinchada, brazos delgados. Una sonrisa que parecía forzada. Esta persona, en cambio, está tan viva y sana, y es a quien...

Quiero apartar la vista, pero no puedo. No después de ver la forma en que me miraba.

Se queda quieto y deja de limpiar el pavimento pegajoso, como si hubiera olvidado lo que estaba haciendo. Y, entonces, sin dejar de mirarme, se pone de pie lentamente y nos quedamos cara a cara; puedo ver que sus ojos, de un verde intenso, buscan los míos.

Su voz es más suave, casi titubeante, cuando finalmente habla.

—¿Eres..., alguna vez..., yo?

Sus palabras flotan entre nosotros, y no acaba ninguna frase. Y luego el pánico me invade como una ola.

La realidad de lo que he hecho, o he estado a punto de hacer, me golpea, me lleva a pasar junto a él, golpeándole el hombro, y a salir del local antes de que él pueda decir algo más. Antes de que podamos mirarnos durante más tiempo.

No me vuelvo. Camino lo más rápido posible hasta el coche, convencida de que no debería haber venido y de que necesito irme ya, ahora mismo. Porque, además de saber que he cometido un error terrible, siento que quiero conocer mejor a esta persona. Colton Thomas, de ojos verdes, piel bronceada, y una sonrisa amable y familiar. Quien parece tan diferente de la persona que yo pensaba encontrar.

Oigo el sonido de la puerta, que se abre detrás de mí, y luego unos pasos. Quiero echar a correr.

—¡Eh! —grita—. ¡Espera!

Su voz. Esas dos palabras.

Hacen que quiera... detenerme y esperar, darme la vuelta y verlo de nuevo. Pero no. En cambio, camino más rápido. Me alejo. «Esto ha sido un error, un error, un error», pienso. Meto la mano en el bolsillo y presiono el mando a distancia para abrir la puerta del coche, una y otra vez, casi frenéticamente. Justo cuando me detengo y empiezo a abrir la puerta, oigo sus pasos detrás de mí, está muy cerca.

—Eh —dice de nuevo—, te has dejado esto.

Me congelo. Los dedos siguen apretando la manija de la puerta.

Mi corazón golpea fuerte mientras me doy la vuelta, lentamente, para verlo de nuevo. Él respira con dificultad. Me acerca mi bolsa.

—Ten.

La cojo.

—Gracias.

Nos quedamos allí de pie, casi sin poder respirar. Buscando más palabras. Él las encuentra primero:

—Yo..., ¿estás bien? Pareces... Tal vez no te encuentras bien.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos al instante, y sacudo la cabeza.

—Lo siento —dice, y da un paso atrás—. Eso ha sido... No es asunto mío. Yo sólo... —Sus ojos recorren mi rostro.

Esto es un gran error. Abro la puerta, entro en el coche y, con mano temblorosa, cierro deprisa. Necesito irme ahora mismo. Me cuesta encajar la llave en la ranura de encendido, y, mientras tanto, puedo sentir que el chico sigue mirándome. Tan sólo necesito irme, nunca debí venir... Al fin consigo meter la llave y arrancar el motor. Cuando lo hago, levanto la vista y veo que el chico ya se está alejando. Necesito irme, doy un volantazo y presiono el acelerador con fuerza.

El impacto es inmediato y ruidoso. Un insulto que surge de ninguna parte. Crujidos de metal y vidrios rotos. Mi barbilla golpea contra el volante. El claxon suena y, en la quietud del momento, me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Todo lo que acabo de hacer. Cierro los ojos, esperando que de alguna forma no haya pasado nada. Que sólo haya sido un sueño, como los que tengo sobre Trent, donde todo es muy claro y real, hasta que despierto y me doy cuenta de que estoy sola y que él se ha ido.

Lentamente abro los ojos. Tengo miedo de hacer algo más, pero mi mano se mueve por

inercia y coloca la palanca de cambios en punto muerto. Y luego se abre mi puerta.

Colton Thomas no se había ido. Está justo allí, mirándome con inquietud. Se inclina hacia dentro y apaga el motor.

—¿Estás bien?

Hay preocupación en su voz.

Mi boca tiembla, pero afirmo con la cabeza. Evito mirarlo a los ojos y combato las lágrimas. Percibo sabor a sangre.

—Estás herida —dice.

Levanta la mano, sólo un poco, como si quisiera apartarme el pelo de la cara, o limpiar la sangre de mi labio, pero no lo hace. Sólo me mira.

—Por favor —pide después de un largo momento—, déjame ayudarte.



[Los científicos han descubierto que] el corazón no sólo es una bomba, sino también un órgano de gran inteligencia, con su propio sistema nervioso, capacidad para tomar decisiones y conexión con el cerebro. Descubrieron que en realidad el corazón «habla» con el cerebro, comunicándose de maneras que afectan nuestra percepción y nuestras reacciones ante el mundo.

DOCTORA MIMI GUARNERI

*El corazón habla: una cardióloga revela el lenguaje secreto de la curación*

Colton está de pie entre la parte delantera de mi coche y la furgoneta Volkswagen azul que he golpeado; valora el daño.

—En realidad, no está tan mal —dice, en cuclillas entre los dos automóviles—. Quiero decir que tú has recibido la mayor parte del daño. —Mira las servilletas que estoy apretando contra el labio inferior—. Eso va a necesitar puntos. Debemos llevarte al médico.

Trato de ignorar la parte de «debemos». Necesito irme de ahí, ahora más que antes, pero acabo de complicar las cosas.

—No puedo irme así sin más —digo—. Acabo de golpear el coche de alguien. Tengo que hacer un parte o algo. O, por lo menos, llamar a mi seguro. Y a mis padres. ¡Dios mío!

Ellos ya se habían ido cuando salí esta mañana y probablemente esperan que esté en casa cuando regresen para mediodía, porque he comido en casa todos los días durante las últimas semanas, desde la graduación.

Colton se pone de pie.

—Puedes hacer todo eso después. Ahora necesitas que te curen. Tan sólo escribe una nota. Deja tu número, la gente aquí es amable. Y apenas lo has abollado. En realidad, no es un asunto tan serio.

Quiero discutir con él, pero mi labio palpita, y el calor pegajoso de las servilletas que tengo presionadas contra él me produce náuseas.

—¿De veras?

—De veras —dice, mirando por encima de su hombro—. Espera. Regreso dentro de un momento.

Se da la vuelta y corre para atravesar la calle hasta el local de alquiler de kayaks, donde se ha reunido un pequeño grupo, tal vez la familia que ha mencionado en la cafetería. Los adultos miran alternativamente a los relojes y a su alrededor mientras un par de adolescentes están apoyados contra la ventana, absortos en sus teléfonos, y los dos niños más pequeños se persiguen entre los estantes con kayaks. Debo irme ahora. Dejar una rápida nota en la furgoneta y salir de aquí ahora, antes de que esto vaya a más.

Regreso deprisa a mi coche y me agacho sobre el asiento del conductor para coger el bolso. El súbito movimiento provoca una nueva ola de dolor, y la sustancia pegajosa corre hacia mi boca; tengo que respirar a fondo antes de buscar un bolígrafo y algo donde escribir.

Miro al otro lado de la calle y veo cómo Colton se acerca a la familia de clientes. Parece

pedir disculpas mientras hace gestos en mi dirección, probablemente explicando lo que acaba de suceder. Ellos asienten, y él coge su teléfono, hace una breve llamada, luego se despide de los clientes y se da la vuelta para regresar. Yo finjo estar tan absorta en escribir mi nota que no levanto la vista cuando sus pies se detienen enfrente de mí.

—Puedo llevarte al hospital —indica.

Escribo mi nombre y el número de teléfono en la parte inferior de la nota.

—Gracias, de verdad, pero estoy bien. Puedo conducir sola.

—No lo sé —dice—. ¿Estás segura de que es una buena idea?

—No estoy tan mal. Me siento bien. Yo...

—Mira. —Coge la hoja de papel. La observa—. ¿Por qué no pongo esto en la furgoneta, nos cambiamos de asiento y me dejas conducir?

No me muevo. En parte porque sé que es una mala idea, y en parte porque estoy un poco mareada.

Colton se inclina hacia mí, de modo que no puedo evitar sus ojos.

—Escucha. Necesitas que te den puntos. Yo acabo de tomarme el día libre y no puedo dejar que simplemente te vayas así como estás.

Él no espera a que yo responda, sino que camina hacia la Volkswagen y mete la nota debajo del limpiaparabrisas. Antes de que pueda inventar una excusa para que no me lleve, está de regreso al asiento del conductor, donde sigo sentada.

Lo miro durante un largo momento, lo suficiente para pensar en todas las razones por las que dejar que esto avance un paso más es un error.

—¿Puedo? —pregunta.

Y, cuando me mira con esos ojos, algo en mi interior hace que diga que sí.

No hablamos mientras conduce por la calle principal, al menos no al principio. El pequeño pueblo playero, antes adormecido, ha cobrado vida, y la gente que va a la playa llena las aceras, caminando rumbo a la arena con sandalias y vestidos ligeros, y bolsas de playa llenas en los hombros. Puedo sentir que él me mira a cada instante y tengo que esforzarme para no mirarlo yo a él. Por fin, cuando parece que está absorto en sus propios pensamientos, lo miro de reojo y trato de memorizar todos los detalles. Shorts de color azul, camiseta blanca, sandalias. No lleva el brazalete de MedicAlert. Todo esto me sorprende, como si debiera percibir alguna señal externa.

Se ve cómodo conduciendo mi coche, y trato de sentirme bien con eso, pero no lo estoy. No recuerdo que nadie más lo haya llevado desde que Trent se fue, y siento como si, al cerrar los ojos, justo ahora, lo pudiera ver allí. Sentado a mi lado, con una mano en el volante, la otra en mi rodilla, cantando en voz alta una canción de la radio y cambiando las palabras a propósito para hacerme reír. Poniendo mi nombre en cada canción que sonaba.

Pero ahora no hay música, y Colton Thomas está conduciendo mi automóvil. Un río de culpa me recorre el cuerpo, y mientras avanzamos intento elaborar nuevas reglas para tratar con la situación que he creado. No le haré preguntas y responderé lo menos posible. No mencionaré de dónde vengo, por qué estaba en Shelter Cove o quién soy. Tal vez, ni siquiera le diga mi nombre real porque...

—Así que Quinn —dice, manteniendo la mirada en el camino—. Empecemos de nuevo.

Lo miro ahora, sorprendida por que sepa mi nombre. Luego recuerdo la nota que acabo de firmar.

—Yo soy Colton —dice.

—Lo sé —se me escapa, no he podido evitarlo.

—¿Cómo?

Hay una nota de decepción en su voz, que no logro entender.

Afirmo con la cabeza. Trago saliva. Deseo estar en cualquier otro lugar excepto aquí.

—Sí —digo rápidamente—. Yo..., tú..., tu amigo ha dicho tu nombre en la cafetería.

Lo miro para ver si me cree, luego me doy cuenta de que no hay ningún motivo para que no lo haga. Él no tiene ni idea de lo que sé. Me sobreviene una ola de náusea o de culpa, es difícil distinguirlo. Debo decirle la verdad en este momento. Tal vez él se horrorizaría tanto que daría la vuelta, conduciría de regreso a su tienda, saldría y sería el final de esto. Yo me iría y me aseguraría de que nuestros caminos nunca se vuelvan a cruzar. Cerraría la puerta que no debí haber abierto. Quiero empezar a hablar, pero las palabras se agolpan en el fondo de mi garganta.

—Entonces ¿estabas escuchando? —pregunta Colton, con un asomo de sonrisa—. ¿Lo suficiente para oír mi nombre?

Miro por la ventanilla y le confieso la verdad:

—Sí.

—¿Y no eres de aquí?

—No.

—¿Estás de vacaciones?

Niego con la cabeza.

—Sólo he venido por un día.

No le digo de dónde vengo.

—¿Sola? —Su voz suena esperanzada.

—Sí.

Nos detenemos ante una luz roja. Él se queda callado por un momento, y yo le doy vueltas a aquella palabra en mi mente: sola. Así me he sentido durante mucho tiempo. Durante cuatrocientos días. Desde el momento en que Trent murió he estado sola. Pero justo ahora, en este instante, me doy cuenta de que no me siento así.

He imaginado cómo sería ver a Colton Thomas, me he preguntado cómo me sentiría al mirar de lejos a la persona que recibió de Trent una parte tan vital. Mirar el pecho de un extraño y saber lo que hay en su interior. La madre de Trent me dijo que la abuela se puso furiosa cuando le dijeron que habían donado el corazón de su nieto. A ella no le preocupaba ninguno de los demás órganos, pero consideraba que el corazón era diferente. El corazón es todo lo que hace que una persona sea lo que es, y ella pensaba que se debía enterrar a Trent con este órgano. Después de conocer a los demás receptores, yo esperaba que ver a otra persona que estaba viva gracias a Trent sería bueno para mí. La curación definitiva. Pero no imaginé que, cuando lo hiciera, de inmediato me sentiría menos sola.

—No es un mal principio —dice Colton, como si pudiera escuchar mis pensamientos.

—¿No es un mal principio para qué?

—Para una segunda oportunidad —dice simplemente.

Los griegos creían que el espíritu residía en el corazón. En la medicina tradicional china, se cree que el corazón almacena el espíritu shen. La idea de que el corazón es como un libro interno, que contiene un registro de toda la vida de una persona (emociones, ideas y recuerdos), aparece en los primeros días de la teología cristiana, pero puede tener raíces tan antiguas que retroceden hasta la cultura egipcia. Ninguna otra parte del cuerpo humano ha sido conmemorada tan ampliamente en la poesía, tan usada comúnmente como un símbolo del amor y el alma.

DOCTORA MIMI GUARNERI

*El corazón habla: una cardióloga revela el lenguaje secreto de la curación*

Los dos nos ponemos tensos cuando las puertas de la sala de urgencias se abren y, en cuanto traspasamos la entrada, vuelvo a la realidad. La realidad de Colton que, según las publicaciones en el blog de su hermana, ha vivido entrando y saliendo de hospitales, tomando una gran cantidad de medicamentos, largas estancias y viajes urgentes, miedos que los llevan a él y a su familia a cruzar estas mismas puertas, temiendo lo peor. Este pensamiento hace que quiera cogerlo de la mano mientras caminamos hacia el mostrador de la recepción.

Detrás de él, una mujer rolliza con una bata de color verde menta está sentada frente a un ordenador, golpeando las teclas. Permanecemos de pie por un momento antes de que ella levante la vista y me mire a la cara con indiferencia. Se detiene, por un breve segundo, en las servilletas llenas de sangre que mantengo apretadas contra el labio; luego coge un formulario de su escritorio y me lo tiende por encima del mostrador, para después volver a teclear en su ordenador.

—Toma asiento y rellena esto —dice sin mirarme—. Te atenderemos lo antes posible.

Su voz es monótona, como si hubiera dicho esas palabras un millón de veces, y me lleva a preguntarme qué tendría que entrar por la puerta para que ella no hablara de esa forma. Pero no tardo mucho tiempo en averiguarlo.

—Gracias —digo, y ella vuelve a levantar la vista, pero esta vez se queda mirando a Colton y parece sorprendida.

—¡Colton, cariño! Lo siento, ¡no te había visto! —Se levanta de la silla, pasa por la puerta junto al mostrador y le da un abrazo—. ¿Va todo bien? ¿Necesitas que le dé un mensaje al doctor Wilde?

—No, no, estoy bien —dice—. En realidad, me siento muy bien. Es mi amiga quien necesita atención médica. Tiene un buen corte en el labio. Creo que le hacen falta algunos puntos.

La enfermera se lleva una mano al pecho, visiblemente aliviada.

—Qué bien. —Me mira, disculpándose—. Lo siento. No quiero decir que me alegre de que tú estés herida, sólo que Colton, aquí...

—Solía venir con frecuencia —la interrumpe—. Lo siento, ha sido una grosería no haberos presentado. —Sonríe y hace gestos en dirección de la enfermera—. Quinn, te presento a Mary. Mary, mi amiga Quinn.

Mary lo mira a los ojos por un momento antes de volverse hacia mí. El tiempo suficiente para que se intercambie algo entre ellos, una pregunta, quizá, o una opinión. Enderezo los hombros

cuando vuelve a prestarme atención.

—Bueno, Quinn, es un placer conocer a cualquier amiga de Colton. —Me extiende la mano. Es pequeña pero firme.

—El placer es mío. —Lo digo apretándole la mano.

—¿Hace mucho que os conocéis? —pregunta, mientras seguimos saludándonos con las manos.

Miro a Colton.

—Nos acabamos de conocer —dice él con una rápida sonrisa.

Afirmo con la cabeza. La situación se vuelve un poco tensa; los tres seguimos allí de pie mientras Mary aún sostiene mi mano entre las suyas.

Colton se aclara la garganta, luego hace gestos en dirección al documento que tengo en la mano.

—¿Por qué no nos sentamos para que puedas rellenarlo?

—Sí, sí —aprueba Mary, soltándome por fin la mano—. Sentaos allí. En cuanto hayas terminado, te llevaremos a una sala.

Me sonrío amablemente, y siento una especie de aprobación que quizá no merezco.

—Gracias —digo de nuevo, y me doy la vuelta para buscar un asiento; pero la voz de Mary hace que nos volvamos de nuevo.

—Colton, cariño —llama, mirándolo con los ojos humedecidos—. Te veo muy bien, de veras. —Sacude la cabeza, y empieza a llorar—. No puedo creer que haya pasado un año. Me alegro mucho de verte tan...

Ella se acerca a Colton y lo abraza con fuerza antes de que él pueda hacer otra cosa. Un segundo después, él le da un abrazo, que me parece extraño y tierno al mismo tiempo.

—Yo también me alegro de verte —dice.

Vivir este momento me parece una intrusión, cuando él obviamente está tratando de evitar el tema. Me doy la vuelta y busco un asiento. Sólo hay otras tres personas en la sala de espera de urgencias; un hombre encogido en una silla azul de plástico, como si llevara allí mucho tiempo, que acuna su brazo herido; y una pareja de ancianos sentados uno junto a la otra, que leen secciones diferentes del periódico. El hombre ha puesto una mano sobre la rodilla de la mujer, un gesto tan natural y familiar que hace que me quede paralizada. No puedo recordar la última vez que Trent colocó la mano de esa manera sobre mi pierna. Pero sí recuerdo que, cada vez que lo hacía, movía los dedos como si le resultara imposible quedarse quieto.

La voz de Colton me hace regresar al presente.

—Eh, lamento esto.

Aparto la vista de la pareja mientras él se sienta junto a mí y espira ruidosamente.

—Está bien; ella es muy amable..., en cuanto te ha visto...

Él me mira y trata de sonreír, pero puedo sentir que se ha puesto tenso.

—De todos modos —añado, tratando de aligerar el momento—, parece como si fuera bueno conocerte por estos lugares.

No es una pregunta, pero deja espacio para una respuesta. Por si quisiera darme una.

No me contesta. Sólo me lanza otra sonrisa, mueve la cabeza de arriba abajo y se echa hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados sobre su pecho. Y entonces él se va a millones de kilómetros de distancia, junto a mí en esa silla azul, y yo estoy sola de nuevo. Busco algo más que decir, algo para cambiar de tema, que tal vez le haga reír, pero no sé qué decir porque, bueno, no lo conozco.

Así que no pronuncio palabra alguna. Cojo el bolígrafo y empiezo a rellenar el formulario.

Probablemente sea mejor esta distancia. Más vale que no avancemos más. Mientras escribo Colton está sentado junto a mí, con los pies golpeando el suelo y los dedos tamborileando sobre el brazo de la silla. En esos momentos vivimos en universos separados, como lo estábamos antes de que yo viniera aquí y tuviera el accidente.

—No es necesario que te quedes conmigo —digo cuando termino la primera hoja—; si te quieres ir, no hay problema. Ya has hecho suficiente con traerme, de verdad.

Esto lo hace regresar de dondequiera que haya estado.

—¿Qué? No. ¿Por qué iría a otro lado? —Él se acomoda en la silla para verme de frente, y su rostro se suaviza—. Lo siento. En realidad no me gustan los hospitales, eso es todo. Ya pasé demasiado tiempo en ellos.

Hace una pausa, como si supiera que está expuesto a que yo pregunte por qué. Puedo sentir que desea enormemente que no lo haga, y es de lo último de lo que quisiera hablar justo ahora, así que no le pregunto nada. Las preguntas son un territorio peligroso para nosotros, y de alguna manera ambos parecemos saberlo.

De todos modos, él ofrece una explicación.

—Propenso a los accidentes —dice—. Como tú —añade con una sonrisa.

Veó toda la secuencia de los hechos: yo derramo el café, salgo corriendo de la cafetería y aplasto mi coche. Y río al pensar cómo debe de ver todo eso.

—He hecho el ridículo, ¿verdad?

—No. —Colton trata de mantener una expresión seria mientras niega con la cabeza—. En absoluto. —Se encoge de hombros. Empieza a sonreír—. No ha sido nada. Nadie lo ha visto.

—Tú lo has visto. Y ha sido una tontería total.

Colton se ríe de nuevo.

—No, sólo parecías...

—Loca. Parecía totalmente loca. Lo siento. Todo esto en realidad me resulta embarazoso.

—No, loca no —dice—. Un poco peligrosa, tal vez. Pero está bien. He hecho cosas peores delante de la gente. —Se mira las piernas y su sonrisa disminuye—. Una vez me desmayé ante toda la clase, en sexto de primaria. Al caer me golpeé con el escritorio y me tuvieron que dar doce puntos de sutura en la cabeza. Después de eso, anduve por allí con el aspecto de un Frankenstein calvo. —Él se ríe de nuevo, pero la sonrisa desaparece rápidamente.

Nos quedamos callados por un momento, y de pronto siento un golpe en el pecho. Esta historia me resulta familiar. Su hermana la escribió: nadie se dio cuenta al principio de por qué habían empezado a sucederle esas cosas, y luego, casi de la noche a la mañana, todo empeoró.

—De todos modos —dice, volviéndose para verme de frente—, lo que hiciste fue mucho más impresionante.

—Es una manera de decirlo. —Bajo la vista, trato de concentrarme en el formulario que aún tengo sobre las piernas y no en lo cerca que estamos sentados, pero mis ojos vuelven a encontrarse con los suyos—. Gracias por traerme. Estoy segura de que cualquier otro se habría asustado.

—Yo no soy como la mayoría —dice, encogiéndose de hombros—. Y, como he dicho, estaba impresionado. —Se aclara la garganta y mira al mostrador—. Así que, vamos, dale esos papeles a Mary. No voy a ir a ninguna parte.

En cuanto le entrego las hojas a Mary, otra enfermera con el mismo traje verde, y el pelo rizado y teñido de un rojo brillante, me escolta por el pasillo hasta una sala de exploración. Me siento sobre el papel, delgado y arrugado, que cubre la mesa y bajo la mano. Me ha parecido una

eternidad el tiempo que he estado sosteniendo las servilletas en el labio. Parece una buena señal que no sienta caliente cuando las aparto, pero de repente me pongo nerviosa. Expuesta.

La enfermera me observa el labio, luego me pone una mano a cada lado de la cabeza y la inclina hacia atrás con cuidado, para tener una mejor perspectiva.

—¿Así que eres una nueva amiga de Colton? —pregunta, casi como descuidadamente. En su voz noto cierto interés y un atisbo de protección, como en la de Mary.

—Uf..., sí.

No sé cuál es la respuesta correcta, o si hay una en realidad. Abro la boca para explicarme, pero al hacerlo el corte me duele y se me escapa un gesto de dolor.

Ella me inclina la cabeza hacia abajo, para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Él es un muchacho dulce. Todos aquí lo adoramos. —Se pone de pie, se acerca al gabinete y regresa con un paquetito de gasas y una botella con un líquido de color marrón—. Hazme un favor, cariño, y échate en la mesa hacia atrás.

Obedezco, y ella vierte parte del líquido en la gasa y lo unta con suavidad por la piel que rodea la herida.

—Él ha pasado por muchas cosas. Pero es un luchador. Se lo tomó todo con más paciencia y valor que la mayoría, ¿sabes?

Afirmo con la cabeza como si lo supiera. Ella acerca su silla al bote de la basura y aprieta el pedal para que se abra la tapa; después arroja en él la gasa manchada. Luego se desliza de nuevo hacia mí, echa más líquido en un nuevo trozo de gasa y lo frota en mi labio, sólo que ahora más cerca del corte. Hago otra mueca de dolor cuando ella la toca directamente.

—Lo siento. Está sensible, lo sé. —Vuelve a pasar la gasa por los bordes—. La buena noticia es que es pequeña. Con dos o tres puntos de sutura será suficiente. Te curaremos y te irás de aquí enseguida.

—Está bien. —Vuelvo a mover la cabeza de arriba abajo, tratando de permanecer tranquila, aunque empiezo a sentir pánico. Nunca me han cosido un corte. Nunca me he roto un brazo, nunca he tenido nada complicado, como mucho me han puesto una inyección. De pronto, comienzo a temblar, me siento débil ante la idea de la aguja entrando y saliendo de mi labio.

Ella debe de haber visto el miedo en mi rostro, porque pone una mano sobre la mía y la aprieta.

—Está bien, dulzura. No sentirás nada después de que lo adormezca. Y está justo en la comisura del labio, así que apenas se podrá ver la cicatriz si es que queda alguna.

Siento que mis ojos empiezan a humedecerse, y ella también lo ve.

—¿Quieres que vaya a buscar a Colton? A veces ayuda que alguien esté aquí contigo, y él también es un profesional en, bueno..., en todo.

Me sorprende cuánto quiero decir que sí, a pesar de que él es casi tan extraño para mí como ella. Pero, después de recordar lo incómodo que se sentía en la sala de espera, niego con la cabeza y miento por enésima vez.

—No, gracias, me siento bien.

—¿Estás segura?

Respiro hondo, asintiendo al espirar.

—Muy bien, entonces. —Ella se pone de pie y se quita los guantes—. En breve vendrá alguien a prepararte, y luego te colocaremos una gasa y te podrás ir.

—Gracias.

—De nada. —Sonríe de nuevo y me da un golpecito en la mano—. Sólo prométeme una cosa. Me incorpore.

—¿Qué cosa?

Estoy esperando que diga que necesito ser valiente, o que debo tener más cuidado, pero no. Me echa una mirada amable pero firme.

—Prométeme que, como... amiga de Colton, tendrás cuidado con su corazón. Es fuerte, pero también es frágil. —Frunce los labios por un segundo—. Sólo sé buena con él, ¿de acuerdo?

Se me hace un nudo en la garganta y me muerdo el interior de mi mejilla.

—Lo haré. Lo prometo —logro decir. Apenas. Mi voz suena asustada, pero ella no parece notarlo. O tal vez piensa que sólo se trata de los nervios por las puntadas. No tiene ni idea de lo descuidada que he sido, o de que tal vez conozco mejor a ese corazón que él mismo.

Ella asiente, como si hubiéramos cerrado un acuerdo, y corre la cortina. Me quedo recostada sobre la mesa, mirando los agujeros en los mosaicos del techo. Se vuelven borrosos. Pienso en Colton, en cuánto tiempo pasó enfermo. Esperando un corazón. Preguntando si alguna vez llegaría, y sabiendo lo que sucedería si no llegaba. Sabiendo que moriría sin siquiera haber llegado a vivir realmente.

Cuando Trent murió, pensé que lo peor había sido que no lo había visto venir. Que no tuve modo de saber que ya nos habíamos dado el último beso, que nos habíamos dicho las últimas palabras, que nos habíamos tocado por última vez. Pasé los primeros meses bajo el peso de esos arrepentimientos, pensando en miles de cosas que hubiera hecho de otra forma de haber sabido que iban a ser las últimas.

Pero ahora pienso en la transformación de Colton desde que atravesó las puertas del hospital. Cómo todo le debió de regresar de golpe, y creo que lo comprendo. Debe de ser mucho peor saber lo que está por venir.

Por un momento casi comprendo que él no haya deseado establecer contacto con la familia de Trent, o conmigo, después de mis cartas. Si yo fuera él, tal vez tampoco lo desearía. Quizá también preferiría dejar atrás toda esa parte de mi vida para poder seguir adelante con la vida que pensaba que no iba a tener.

De pronto siento que fui muy egoísta al venir a buscarlo. Al final surge una pregunta pequeña e incómoda, que me asusta al planteármela. ¿Y si no hubiera sido completamente sincera conmigo al pensar en las razones por las que quería encontrarlo? Justifiqué la búsqueda pensando que lo necesitaba para poder pasar a otra etapa; para poner una especie de punto final; para decirle adiós a todo. ¿Y si en realidad todo lo que he tratado de encontrar es una manera de conservar una parte de Trent? A esta pieza le he dado más significado que al resto, porque tal vez una pequeña parte de mí siente como si algo esencial de él aún pudiera estar allí, en su corazón.

Por eso, una hora después, cuando salgo y veo que Colton todavía está en la sala de espera, me protejo de la calidez de su sonrisa e ignoro el pequeño aleteo que provoca en mi pecho. También es por ese motivo, cuando él se pone de pie sin decir nada, me mira el labio y vuelve a levantar la mano como si fuera a tocarlo, retrocedo deprisa, poniendo entre ambos la mayor distancia posible. Y, por eso, cuando nos detenemos frente al local de sus padres, no salgo del coche y no me atrevo a mirarlo. Me concentro sólo en el volante.

—Así que vamos a regresar adonde empezamos —dice.

Sus palabras cuelgan entre nosotros, un resplandor de la mañana y un inicio que no debió existir. Todo lo que puedo hacer ahora es terminarlo.

—Siento que hayas dedicado todo el día a esto —digo—. Gracias por todo.

Sueno tensa, fría. Él no dice nada, pero puedo sentir que sus ojos tratan de atrapar los míos, y necesito usar todas mis fuerzas para que no lo consigan.

—Me tengo que ir —digo con la mayor firmeza que puedo—. He estado fuera demasiado



tiempo, y mis padres se van a preocupar, y en realidad sólo...

«No lo mires, no lo mires», no..., me repito.

—¿Quieres comer algo antes de irte? —pregunta.

Lo miro. Deseo no haberlo hecho, porque su sonrisa está llena de esperanzas y de posibilidades.

—Yo..., no. Gracias, pero necesito irme.

—Oh. —Su sonrisa se desvanece—. Está bien.

—Está bien —repito.

Ninguno de los dos se mueve o habla. Y luego lo hacemos al mismo tiempo.

—Tal vez en otra ocasión.

—Fue un placer conocerte.

Se echa hacia atrás en el asiento.

—Yo tomo eso como un no.

—Sí. Quiero decir, no. No puedo, no debo.

Ni siquiera trato de explicarlo, porque sé que si lo hago, complicaré más las cosas. Odio aquella mirada en su cara, como si le hubiera roto el corazón. Pero estoy tratando de ser cuidadosa con él, como dijo la enfermera, y eso significa terminar con este sentimiento antes de que tenga oportunidad siquiera de comenzar.

## 6

De todas las historias del corazón, los cuentos de dolor son los que se graban más profundamente en la psique de los pacientes. Pero esas pérdidas a menudo están enterradas: heridas que los pacientes están renuentes a revelar [por completo].

DOCTORA MIMI GUARNERI

*El corazón habla: una cardióloga revela el lenguaje secreto de la curación*

Cuando llego al camino de la entrada estoy desorientada, porque no recuerdo que haya conducido hasta casa. Busco en mi mente alguna prueba concreta de que en realidad sólo conduje de regreso, pero en lo único en que puedo pensar es en la cara de Colton cuando se inclinó por la ventanilla del acompañante y me dijo adiós, y en la manera en que lo vi por el espejo retrovisor: de pie en medio de la calle, que estaba vacía, mirando cómo se alejaba mi coche, con una mano medio levantada en el aire. Durante el camino a casa, debo de haber repasado todos los recuerdos del día: cuando entró en la cafetería, sus ojos y el modo en que me miró. Su voz cuando dijo adiós, como si todavía no pudiera creerlo.

El dolor en el labio es lo único que evita que sienta que todo este día ha sido un sueño. Y ahora estoy de regreso. A mi lugar de siempre, y donde sé que mi madre me estará esperando, ansiosa y preocupada por saber dónde he estado. Enojada cuando sepa lo que pasó. Apago el motor y me quedo sentada escuchando cómo deja de sonar en la noche callada, hasta que estoy lista para enfrentarme a ella.

—¿Dónde has estado? —pregunta mi madre, dirigiéndose a la puerta en cuanto entro—. ¿Sabes cuántas veces te he llamado hoy?

No lo sé. No acostumbro a revisar mi móvil, ni a encenderlo.

Cierro la puerta detrás de mí y coloco mi bolso en la mesa de la entrada.

—Lo sé, lo siento.

Enseguida ve mi herida en el labio, cruza la entrada y coloca las manos en mis mejillas, echándome la cabeza hacia atrás para ver mejor, tal como lo hizo la enfermera. En un segundo, el tono de su voz cambia de furioso a preocupado.

—Dios mío, Quinn, ¿qué te ha pasado?

Como respuesta a la preocupación que hay en su voz, me derrumbo.

—Nada. Yo... —Respiro hondo, trato de mantener la voz firme, pero la manera en que me mira hace que me derrumbe por completo, y empiezo a llorar—. He golpeado un coche y mi cara ha chocado con el volante, y...

—¿Has tenido un accidente? —Ella me sujeta por los hombros y me echa hacia atrás, revisándome por completo en busca de daños—. ¿Por qué demonios no me has llamado? ¿Alguien más está herido?

—No, nadie más ha resultado herido. Era un coche que estaba estacionado, y no había nadie

allí, así que he dejado una nota y...

—¿Dónde ha pasado?

Dudo por un momento, porque no quiero explicarle por qué estaba en Shelter Cove. Pero no hay manera de evitar la verdad, sobre todo por el golpe a la furgoneta y el viaje al hospital.

—Shelter Cove —digo. Encojo los hombros. Llorosa. Patética.

Mi madre frunce el ceño y se le arruga la frente.

—¿Qué estabas haciendo allí? ¿Por qué no me has dejado una nota?, ¿o has respondido el teléfono cuando te he llamado? Quinn, no puedes desaparecer así como así.

No hay manera de que pueda responder honestamente a esas preguntas. Mis padres han estado cerca de mí desde el día del accidente de Trent. Ellos han sido muy pacientes conmigo. Hasta han apoyado que me reúna con los receptores, aunque sé que los hace sentir muy incómodos. Creo que confiaban tanto como yo en que todo eso me ayudara a poner una especie de punto final a esa etapa. No me han dado más que amor y tiempo. Han permanecido allí, esperando a ver lo que necesitaba. Entendiendo cuándo quería espacio y cuándo necesitaba hablar. Sin presionar. Pero sé que, a pesar de la paciencia que tienen conmigo, mantienen la esperanza de que salga adelante, y la preocupación de que tal vez no lo haga. No le puedo decir a mi madre que estuve en Shelter Cove buscando al receptor del corazón de Trent, así que no lo hago.

—Lo siento —digo—. Debí decirte adónde iba. Sólo que... tenía que irme lejos este día, he empezado a conducir y he terminado allí, en la playa.

Hago una pausa para mirar cómo reacciona mi madre, y enseguida sé lo que piensa: que ha sido uno de esos días en que queda dolorosamente claro que no he salido adelante, como unas semanas antes, en el día trescientos sesenta y cinco después de la muerte de Trent, cuando regresé de la casa de sus padres y no salí de mi habitación en tres días.

—Lo siento —repito, y vuelvo a llorar. Son lágrimas genuinas, porque estoy genuinamente arrepentida de que se haya preocupado, por usar de esta manera el dolor como una excusa y por lo que he hecho hoy al ir allí. Lo lamento todo.

Al final, respira hondo y deja escapar un suspiro.

—¿Has llamado al seguro?, ¿o a la policía?

Niego con la cabeza. Ella respira hondo de nuevo y asiente con rigidez. Sé que estoy llevándola al límite de su paciencia.

—¿Por qué no subes y te limpias, y luego bajas a cenar y aclaramos esto?

Nos fundimos en un gran abrazo.

—Lo siento, mamá.

—Lo sé. Pero tienes que ser honesta conmigo, Quinn. Si tienes un mal día y necesitas alejarte, o quieres estar sola, debes decírmelo. Házmelo saber. Sólo sé honesta conmigo, es todo lo que pido.

—Está bien —le digo con el rostro apoyado en su hombro, y me prometo en silencio que así lo haré.

Después de la ducha y de una cena en la que apenas he comido, soy completamente honesta con ella cuando le digo que estoy agotada por todo lo que ha pasado y que sólo quiero irme a la cama. Mi cuarto está en silencio y en él se ha acumulado el calor del día. Abro la ventana, aspiro el aire frío y percibo el olor de las colinas. Afuera, los grillos rompen el silencio, y las estrellas centellean en lo alto del cielo oscuro.

Cruzo el cuarto hasta el armario, casi con miedo de mirar mi reflejo. He evitado mirarme en el espejo del baño, pero aquí, sola en mi cuarto, no puedo. Me paro frente al espejo del armario, y

me observo el labio, todavía hinchado, donde los pequeños puntos negros de sutura destacan sobre mi pálida piel. Prueba de lo que ha sucedido hoy. De que he encontrado a Colton Thomas y de que, a pesar de todas las reglas que me había impuesto, lo he conocido. He hablado con él. He pasado tiempo con él. Acercó los dedos a mis tres puntos y me pregunto cuántos se necesitaron para cerrar el corazón de Trent en el pecho de Colton. Ese pensamiento hace que me cueste respirar.

Mis ojos vagan por las fotografías que están enganchadas en las esquinas del espejo, fotos de grupo en bailes, instantáneas nuestras, de viajes con amigos con los que solíamos salir. Toda la gente que he apartado al tratar de aferrarme a él. No pasó mucho tiempo para que me diera cuenta de que, aunque también lo querían mucho, cuando él murió sus mundos no se detuvieron. Lo hicieron durante un momento, el tiempo suficiente para llorar la pérdida de un amigo, pero poco a poco lo fueron retomando todo desde donde lo habían dejado. Habían vuelto a la rutina de la vida. A tomar nuevas fotografías. A planear su futuro.

Se me forma un nudo en la garganta, y miro mi fotografía favorita, una en la que estamos los dos juntos. Nos la hicimos en uno de sus encuentros de natación, la última primavera. El sol brilla e ilumina el agua de la alberca en el fondo. Trent está de pie, detrás de mí, fuerte, con los bronceados brazos alrededor de mis hombros, la barbilla descansando sobre el hueco de mi cuello, sonriendo y mirando a la cámara. Yo estoy contra su pecho, riendo. No recuerdo por qué..., si fue algo que dijo o que hizo, y ahora, por más que trato de conservarla, he empezado a olvidar la sensación de cuando me sujetaba entre sus brazos, y la manera en que podía hacer que todo lo que me rodeaba desapareciera por un instante.

Paso un dedo por el vidrio del marco y acaricio el girasol seco. Fue lo primero que me dio, el día que nos conocimos. Cuando llegué a casa, corté el tallo y lo puse en una jarra con agua, y, después de la primera semana, que pasamos casi todas las tardes juntos, caminando de la casa de uno a la del otro para que pudiéramos seguir hablando, los pétalos empezaron a marchitarse. Entonces colgué la flor boca abajo, como había visto que hacía mi madre, y la dejé secar, porque sabía que la flor era como nuestro principio. La conservé allí, como un recuerdo de que yo tenía razón.

Los pétalos han perdido casi todo su color, debido al tiempo y el sol, y han empezado a desprenderse y a caerse solos. Apenas parece una flor. Pero no la he tirado porque no puedo... Me da miedo que olvide muchas cosas si lo hago.

Me doy la vuelta, me acerco a la cama y me tumbo sobre ella; pero sé que no voy a dormir. Ni siquiera cierro los ojos. Me quedo recostada, mirando aquel nudo en la madera de mi techo, deseando que fuera posible regresar a la época en que él estaba aquí, que él pudiera estar aquí conmigo, aunque fuera por un momento, para recordarme cómo me sentía, antes de que eso se desvanezca también.

La corriente electromagnética del corazón tiene una amplitud sesenta veces mayor que el campo del cerebro. También emite un campo de energía cincuenta mil veces más fuerte que el del cerebro, y puede medirse a más de tres metros de distancia del cuerpo.

DOCTORA MIMI GUARNERI

*El corazón habla: una cardióloga revela el lenguaje secreto de la curación*

Los datos [de un estudio titulado «La electricidad del contacto»] demostraron que, «cuando una persona está cerca de otra o la toca, el corazón produce una transferencia de energía electromagnética».

Institute of HeartMath

Despierto tan lentamente que puedo sentir las capas de mi sueño desprendiéndose y lucho para conservarlo, porque sé que, en cuanto abra los ojos, Trent se irá y me quedará sola de nuevo.

Cuatrocientos un días.

La casa está tan quieta que sé que no hay nadie más, y entonces me doy cuenta de que es sábado. Probablemente, mis padres ya han empezado la rutina del fin de semana: caminata a la cafetería del pueblo, regreso alrededor del mercado de granjeros, y después pasar un día sin teléfonos o correo electrónico, impuesto por mi madre, trabajando en el patio, cocinando o leyendo juntos.

Es parte de la campaña para modificar su estilo de vida, después de que ella encontrara a mi padre en la cocina, un domingo por la mañana, y él hablara de forma confusa e incoherente. Tras horas de pruebas, los doctores determinaron que no había tenido un infarto cerebral, sino algo llamado ataque isquémico transitorio. Nos dijeron que había sido un breve bloqueo del flujo de sangre al cerebro, y, aunque no había daño permanente, fue un aviso importante. Un precursor del infarto cerebral.

Desde una silla, en el rincón de la habitación del hospital en que estaba mi padre, miré cómo mi madre permanecía de pie junto a la cama, sosteniéndole la mano mientras el doctor mencionaba todos los factores de riesgo: presión arterial, colesterol, malos hábitos alimenticios, tensión nerviosa, etcétera. No era nada que mi madre no hubiera tratado de decirle, pero supongo que era diferente viniendo de un doctor y después de su ataque. Cambiar todo eso ya no eran simples recomendaciones, sino un asunto de vida o muerte.

Cuando regresamos a casa, mi padre aún temblaba, pero mi madre tenía un propósito y un plan. Junto con los medicamentos que los doctores le recetaron, ella iba a cambiar todos los factores de riesgo que pudiera. Trató de que a mí no me afectara directamente este «cambio en el estilo de vida», pero yo sabía lo que estaba haciendo. Mis dos abuelos murieron antes de cumplir los sesenta años de edad: uno de un ataque al corazón, el otro de un infarto cerebral. Ella no iba a permitir que la historia se repitiera, no quería ser viuda como su propia madre. O su hija.

En primer lugar, mi madre contrató un asistente para su oficina de contabilidad y ella misma

se encargó de la mayor parte de la carga de trabajo de mi padre. Luego, insistió en que él estuviera en casa pronto todas las noches, para tomar una cena saludable que ella cocinaba, en lugar de quedarse en el trabajo hasta tarde y comer algo en el camino a casa, como solía hacer. Yo esperaba que él se resistiera y dijera que tenía demasiado trabajo para hacer ese cambio, pero no lo hizo; y así fue como supe que él también debía de estar asustado. Todos lo estábamos. Habían pasado nueve meses desde la muerte de Trent, y pensaba que mis padres aún estaban recuperándose de la impresión de darse cuenta de que la vida podía irse en un instante, sin previo aviso. En un latido.

Por fortuna, mi padre había tenido un aviso, fuerte y claro. No había estado en la mesa para la cena durante toda mi infancia, pero de pronto estaba allí todas las noches, comiendo obedientemente pescado a la parrilla, vegetales y granos que no conocíamos. Luego, se extendió a los fines de semana, que, en los últimos años, él había pasado por lo general delante de su ordenador, respondiendo correos electrónicos del trabajo y revisando informes y hojas de cálculo, mientras gruñía porque nadie más podía hacer aquel trabajo de manera adecuada.

No había sido siempre así. Solía ser él quien nos despertaba al despuntar la mañana y nos llevaba a correr por los serpenteantes caminos campestres que rodean nuestra casa. Ahora, los fines de semana es mi madre quien lo despierta y lo saca temprano por la mañana. Dan un largo paseo por el pueblo, hablando y riendo juntos, solos los dos. Reconectándose, supongo que se puede decir así, después de tantos años dedicados a lograr que su negocio despegara, y a hacer que Ryan y yo fuéramos a la escuela, a las prácticas y a las reuniones. Es bueno que ambos tengan esta conexión de nuevo, y estoy contenta de que puedan concentrarse en eso, porque, en cierta forma, me quitan un poco de atención. Abajo, en la cocina, mi madre ha dejado una nota para recordarme que la abuela vendrá después del almuerzo, con las damas del Sombrero Rojo, porque quiere pasar algo de tiempo conmigo, o tal vez porque, después de mi leve accidente, mi madre le pidió que me cuidara, y la abuela necesita ayuda con un «proyecto». Además, hay una jarra de germen de trigo y *kale* en el refrigerador para mí. Los jugos se han vuelto parte del régimen, también.

En cambio, voy a la cafetera y me sirvo un café. Mi teléfono vibra y, cuando lo miro, no reconozco el número. Dudo por un momento, pienso en dejar que se active el buzón de voz y devolver la llamada después, en cuanto esté más despierta, pero lo cojo.

—¿Diga?

—Hola, ¿podría hablar con Quinn Sullivan? —La voz es masculina, formal.

—Soy yo. —Entrecierro los ojos—. Yo soy Quinn.

—Oh. —Se aclara la garganta—. Hola, usted, ejem..., creo que ayer golpeó mi furgoneta. ¿Usted me dejó una nota con este número?

—Sí —digo, llevando mi café a la isla del centro de la cocina—. Lo siento. Sé que debí quedarme y esperar a que regresara, pero me corté el labio y fue necesario que me cosieran, y...

—Suena el timbre de la puerta—. Lo siento; hay alguien en la puerta. ¿Puedo devolverle la llamada?

—Por supuesto —dice el hombre, y cuelgo sin despedirme.

Dejo el teléfono en el mostrador y me dirijo al pasillo que da a la entrada, deseando estar vestida ya, porque la primera reacción de la abuela al verme aún en pijama, cuando se supone que debería estar arreglada, será decir algo acerca de la importancia de «superarlo», que es lo que ella ha estado haciendo cada día de los últimos dieciséis años, desde que murió mi abuelo. Me detengo en la entrada, me arreglo el pelo lo mejor que puedo y me preparo para que ella haga un gran escándalo por mi labio y el accidente, del que indudablemente mi madre ya le habrá hablado.

Luego respiro hondo y abro la puerta.

Y todo el aire se escapa de mi interior.

Colton Thomas está de pie en mi puerta, con una mano sujetando su teléfono y la otra detrás de la espalda.

—Hola —dice. Me lanza una sonrisa titubeante—. Así queee, como te estaba diciendo, me dejaste una nota, tu número y...

Demasiadas cosas pasan por mi mente a la vez, demasiadas como para formar una frase; pero miro por encima de su hombro y allí está la furgoneta Volkswagen azul que golpeé, con el parachoques abollado y todo.

Se da cuenta de que acabo de ver su furgoneta.

—No te preocupes en absoluto por eso. Y, por favor, no te asustes. Yo sólo... —Hace una pausa y mira sus pies por un momento, a continuación levanta la cabeza, con la vista fija en mi labio—. Sólo quería... asegurarme de que estuvieras bien. Y también decirte que no te preocuparas por la furgoneta. Me diste una excusa para arreglarla.

Por fin puedo hablar, pero mi voz sale con un tono agudo.

—¿Por qué no me dijiste que era tu coche?

«No puedes estar aquí», es todo lo que pienso.

—Estabas tan alterada... No quería que te sintieras peor y..., lo siento. Debí decir algo.

—Pero ¿cómo supiste dónde yo...?

«No puedes estar aquí.»

Abre la boca para contestar, pero duda. Se aclara la garganta.

—Conozco a algunas personas.

—¿En el hospital? ¿Esa enfermera? ¿Ella te dijo dónde vivo? Yo..., tú...

«No puedes estar aquí.»

Me detengo al darme cuenta de que él no es más culpable que yo por buscarlo. No sé qué hacer porque el solo hecho de verlo de nuevo hace que la cara se me ponga roja y que las piernas me tiemblen. Cruzo los brazos sobre mi pecho, de pronto consciente de que aún estoy en pijama. Aparto la vista de él y la fijo en las uñas de mis pies, que no me he preocupado en pintar desde hace una eternidad.

—Lo siento —dice, inclinándose un poco para ver mis ojos—. En realidad, lamento haberme presentado así. No es..., no es algo que suelo hacer. —Me mira como lo hizo en la cafetería, y provoca un aleteo que empieza en lo profundo de mi pecho y que, en un instante, se extiende por el resto del cuerpo—. Ayer fue..., tú estabas... —Frunce el ceño. Se aclara la garganta y mira al suelo, mi casa, el cielo. Por fin me mira—. Lo siento. No sé lo que estoy tratando de decir. Sólo es que... —Respira hondo y deja escapar el aire lentamente—. Sólo quería verte de nuevo.

Antes de que pueda responder, saca la mano de detrás de la espalda. La extiende hacia mí, y me rompo en un millón de pedazos.

Él me observa, después mira el girasol y de nuevo pone los ojos en mí.

—Uf...

No logro responder. Ni siquiera puedo respirar. Los ojos me arden, y siento que el suelo se tambalea. Lo miro, está allí de pie, en mi puerta, con un solo girasol en la mano, y todo lo que puedo ver es un atisbo de Trent. Es demasiado. Todo esto es demasiado. Sacudo la cabeza como si así pudiera alejarlo.

—Yo..., no. No puedo. Lo siento. —Doy un paso hacia atrás, empiezo a cerrar la puerta, pero su voz me detiene.

—Espera —dice confundido—. Lo siento. Esto ha sido..., en realidad no lo he pensado bien.

Apenas... Me gustó conocerte ayer, y pensé que tal vez...

Sus hombros se hunden, y parece perdido, de una manera que me hace desear que termine la frase.

—¿Qué? —susurro. Abro la puerta una fracción más—. ¿Qué pensaste?

No responde de inmediato, y no me muevo de la puerta.

—No sé lo que pensé —dice finalmente—. Sólo quería conocerte mejor, eso es todo. —La mano que sostiene el girasol cae a un lado—. Debo irme. —Se inclina y deposita la flor en un escalón de la entrada, a mis pies—. Ha sido un placer conocerte, Quinn. Me alegra que estés bien.

No digo una palabra.

Él asiente, luego se da la vuelta y baja lentamente del pórtico, para alejarse. Miro el girasol sobre el escalón. Colton cruza el camino de la entrada hacia la furgoneta, y sé que, si se aleja ahora, no regresará y eso será el final. Ése debe ser el final de todo. Sólo que, en este momento, no quiero que eso pase.

Mi corazón late más fuerte en mis oídos con cada paso que él da; pero, cuando llega a su puerta, el único sonido que oigo es el de mi propia voz.

—Espera.

Esta palabra nos sorprende a los dos.

Colton se queda quieto, y pasa un segundo antes de que se dé la vuelta. Entonces me preocupa que yo haya cometido un terrible error. De que haya cruzado una línea no sólo con él, sino también con Trent. Únicamente hasta que se vuelve y me mira con esos ojos, tan sentimentales, me doy cuenta de que ya estoy parada al otro lado de la línea.

—Espera —digo de nuevo, con más suavidad esta vez.

No tengo que decir otra palabra, afortunadamente, porque aún estoy tan impactada que no puedo decirla. Colton cruza el patio y regresa a los escalones del pórtico, pero con cautela, como si no quisiera asustarme de nuevo. Se detiene enfrente de mí, un escalón más abajo, así que nuestros ojos están a la misma altura. Espera a que diga algo más.

Mi mente da vueltas. «¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo?», me pregunto sin cesar.

—¿Qué vamos..., qué vamos a hacer con tu furgoneta? —tartamudeo—. ¿Cómo... puedo ocuparme de ella, o pagarte, o... algo?

Él niega con la cabeza y sonrío.

—No. No es nada.

—No es nada, es... —No encuentro las palabras correctas, ninguna palabra, en realidad—. Tengo que hacer algo por ti de alguna manera..., por tu coche.

«¿Qué estoy haciendo?», me pregunto.

—No necesitas hacer nada por mí —dice—. No he venido aquí por eso. —Se encoge de hombros y lanza una media sonrisa—. Me gusta estar contigo. Así que, si no hay nada más, tal vez sea suficiente con que pases a saludar la próxima vez que regreses a Shelter Cove. ¿Qué te parece eso? ¿Alguna vez?

Es una invitación, pero parece saber que me ofrece una salida amable, si eso es lo que estoy buscando, y la comprensión de este pequeño gesto me conmueve. Siento que mis ojos vagan hacia su pecho y que el mío se encoge.

—Está bien —digo finalmente—. Lo haré..., alguna vez.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

—Entonces, alguna vez. Sabes dónde encontrarme, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza, y nos quedamos parados allí, mientras el sol cae sobre nosotros y el



calor del día aumenta a nuestro alrededor. Después, él se vuelve para irse, y esta vez no lo detengo. Lo miro mientras camina hacia su furgoneta y entra en ella. Agita la mano para despedirse, luego retrocede por el camino de la entrada, y yo me quedo parada en el pórtico. Una brisa pasa suavemente sobre mi piel, trayendo el aroma del jazmín y una delicada oleada de algo más. Esperanza, tal vez, o posibilidad. Espero hasta que desaparece del camino, y luego miro la escalera, el girasol. Esta vez se ve un poco diferente: menos como un recordatorio doloroso y más como una señal, tal vez de que Trent lo entendería.

Eso es lo que me digo mientras me inclino para recogerlo. Y pienso: «Sí, sé dónde encontrarlo».

Cada día, en Estados Unidos hay aproximadamente tres mil personas en lista de espera para un trasplante de corazón. Cada año están disponibles casi dos mil donantes. A los pacientes que son aptos para un trasplante se los agrega a una lista en espera del corazón de un donante. Esta lista es parte del sistema estadounidense de asignación de órganos donados. La Red de Obtención y Trasplante de Órganos (OPTN, por sus siglas en inglés) aplica este programa. La OPTN tiene políticas instauradas para asegurarse de que los corazones de los donantes se entreguen de manera justa. Estas políticas se basan en la urgencia, los órganos disponibles y la ubicación del paciente que recibirá el corazón (el receptor).

Instituto Estadounidense de Corazón, Pulmones y Sangre

Las palabras de Colton flotan alrededor en mi cuarto mientras me siento frente al ordenador, viendo la primera publicación del blog que leí sobre él. Hacen eco, como lo hacía cualquier otro conjunto de palabras antes de que supiera dónde encontrarlo: «Hombre, diecinueve años, California».

La familia de Trent sólo había recibido la información más básica acerca de los receptores de los órganos, y esas tres cosas eran todo lo que yo sabía acerca del receptor de su corazón. Era lo único que yo sabía cuando le escribí. Y, más tarde, eso fue lo que conservé cuando él no respondió. Cuando quería saber dónde encontrarlo, porque necesitaba conocer más de él.

Una serie de palabras, separadas por comas, que escribí en la casilla del buscador: hombre, diecinueve años, California. Agregué «trasplante de corazón» y obtuve 4,7 millones de resultados en 0,88 segundos. Los resultados que pude ordenar por fecha y relevancia se redujeron más por ubicación geográfica, pero, aun así, surgieron interminables enlaces, piezas que podrían pertenecer siquiera al mismo rompecabezas. Los seguí noche tras noche, dando vuelta a las piezas bajo el pálido brillo de mi ordenador, hasta que encontré las que parecían encajar.

Hay doce centros de trasplante en California, pero sólo uno había realizado un trasplante de corazón el día que murió Trent. Lo encontré en las publicaciones de un blog que escribía una muchacha que estaba increíblemente asustada; pero que trataba de conservar la esperanza por su hermano menor, que había estado allí en la sala de terapia intensiva. Ya le habían puesto un corazón artificial, pero estaba debilitándose con cada día que pasaba esperando uno nuevo.

Había visto la fotografía de Colton en el blog de su hermana, aquella sonrisa cansada y los pulgares arriba, saludando a la cámara, mientras sus padres y su hermana lo rodeaban sonrientes, pero con los ojos llorosos. Su hermana escribió que, en esa foto, acababan de decirles que se había conseguido un corazón adecuado y que, de acuerdo con todas las pruebas, era una coincidencia perfecta. Esto debió de ser en el momento en que, a kilómetros de distancia, a Trent se le estaba extirpando el corazón; mientras nuestras familias se mantenían juntas en la sala de espera, derramando otro tipo de lágrimas.

En el minuto en que se extirpa el corazón de un donante, el reloj empieza a correr, y los doctores se encuentran en una carrera contrarreloj para llevarlo al receptor. Se deposita el corazón en una bolsa de plástico que está llena de un líquido estéril y se sella. Luego, para el transporte, que normalmente es en helicóptero, se envuelve la bolsa con hielo. Así había pasado

con el de Trent. Y mientras volaba al centro de trasplantes, se preparaba a Colton para la cirugía. Su familia rezó y les pidió a sus amigos que hicieran lo mismo. Lo que para ellos era una cuestión de vida o muerte, para los médicos era un procedimiento rutinario. Sólo unas horas después de haber extirpado el corazón del pecho de Trent, se cosió en el de Colton. Los vasos sanguíneos se unieron y, cuando el corazón se juntó con la sangre de Colton, empezó a latir de nuevo por sí solo. Justo mientras mi mundo se detenía por completo.

Recorro la pantalla hacia abajo, sobre palabras que he visto tantas veces que podría recitarlas de memoria, hasta la siguiente fotografía de Colton, tomada justo cuando despertó de la operación. Está recostado en la cama del hospital y lleva puestos en las orejas los auriculares de un estetoscopio. Mientras un doctor presiona el receptor del aparato contra el pecho recién operado, Colton escucha sus nuevos latidos.

La primera vez me resultó difícil mirar la fotografía. Tantos meses después de la muerte de Trent, era difícil no sentir de nuevo la aguda garra de la pérdida. Pero era imposible no conmoverse por lo que vi capturado en esa foto y por la emoción que reflejaba el rostro de Colton Thomas. Aquello hizo que quisiera conocerlo. Y, después de meses sin recibir una respuesta a mi carta, fue a través de las palabras y las fotos del blog de su hermana que empecé a hacerlo.

Recorrí todas las publicaciones del sitio web de Shelby y, con ellas, construí líneas de tiempo paralelas. El día en que enterramos a Trent, Colton tuvo la primera biopsia de su nuevo corazón y no mostró señales de rechazo. Nueve días después, tenía la fuerza suficiente para salir caminando del hospital y regresar a casa con su familia; y yo me sentía demasiado débil para asistir sin Trent al último día del curso. Pasé ese verano, y luego mi último año, suspendida en una neblina de dolor. Colton durante ese tiempo se volvió más fuerte e impresionó a los doctores gracias a sus avances. Sanando. No lo sabía entonces, pero, meses después de la muerte de Trent, cuando escribí mi carta anónima al hombre anónimo, de diecinueve años de edad, de California, él estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para salir adelante y superarlo. Y, entonces, decidí que yo necesitaba verlo para hacer lo mismo.

Ahora no sé qué pasará.

Recorro la pantalla hasta la publicación más reciente en el blog de Shelby, escrita semanas antes, en el día trescientos sesenta y cinco. El aniversario de la muerte de Trent y de la segunda oportunidad de vivir de Colton. El punto de partida de nuestras líneas de tiempo paralelas. Las junté ayer, aunque eso tendría que haber sido el final. No debería haber «alguna vez», pero entonces pensé en él de pie, en el pórtico, sonriéndome, con el sol cayendo y brillando sobre nosotros como una invitación, y, sin importar lo que debería ser, no lo sentí como el final.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Reconozco los rápidos y punteados toques y sé que es la abuela. También sé que sólo llamará una vez más antes de usar su llave para entrar y subir la escalera, para ver por qué no he respondido. Ella es sorprendentemente rápida para sus ochenta años, así que cierro deprisa el ordenador, me peino el cabello con los dedos y me levanto del escritorio justo cuando oigo los segundos pequeños golpes. Cruzo corriendo la habitación, pero cuando veo la flor de Colton en mi armario me detengo por un momento. Se encuentra justo debajo de la fotografía en que salimos Trent y yo, y de la flor, ahora marchita, que él me dio el primer día.

Mis ojos van directos al rostro de Trent, y su sonrisa me congela el cuerpo. Me pongo tensa mientras reflexiono y espero a que llegue la familiar rigidez en mi pecho. Pero no llega, y miro otra vez la nueva flor.

—¿Fuiste tú? —susurro.

Aunque sé que no es posible, esta vez casi espero una respuesta. Pero, como todas las otras

veces, lo único que oigo son los latidos de mi corazón. Un recordatorio de que sigo aquí aunque él ya no esté.

—Bueno, mírate —dice la abuela, quitándose las gafas de sol Jackie O, cuando llego a la parte superior de la escalera.

—Mírate a ti —respondo con una sonrisa.

Ella levanta los brazos y se da una pequeña vuelta.

—Todos me miran siempre, muñeca.

Tienen buenas razones, especialmente hoy. La abuela lleva un vestido rojo y morado «por todo lo alto», como ella y las damas de la Sociedad del Sombrero Rojo lo llaman. Es un animado grupo de mujeres de cierta edad que visten con orgullo combinaciones chocantes, como una señal de que ellas tienen la edad suficiente como para que no les importe. Cuanto más ostentoso mejor. Y la abuela es ostentosa de nacimiento. Hoy ha elegido mallas moradas que hacen juego con una blusa ancha, una boa de plumas rojas y su característico sombrero rojo de ala ancha, con un entorchado alto de plumas moradas que sigue flotando y agitándose en el aire después de que ella ha dejado de moverse.

Cuando llego abajo, ella extiende los brazos y me envuelve en un abrazo lleno de plumas. Su aroma es una combinación de Estée Lauder, crema Pond's y caramelos de menta. Lo huelo y le devuelvo el abrazo antes de que se aparte y me mire largo y tendido.

—¿Cómo estás? —pregunta, llevando mi barbilla de un lado a otro—. Hay algo diferente aquí...

Le señalo los tres puntos de sutura del labio, y ella agita la mano, desdeñosamente.

—No, no es nada. Eso tan sólo hace que el labio parezca más grueso.

Ella inclina una vez más mi barbilla, volviéndola a un lado y al otro, y contengo la respiración. La abuela siempre tiene una manera de mirarte que sientes como si en realidad estuviera viendo dentro de ti, y hoy me pongo nerviosa por lo que podría ver.

—No lo sé —dice al final, dejando caer la mano. Yo espiro—. Hoy te ves bien. Tan bien que deberías haber venido a almorzar conmigo y mis muchachas.

Sonríó porque «las muchachas» que integran su sección de la Sociedad del Sombrero Rojo tienen más de setenta años, pero en realidad no te darías cuenta. Son un grupo muy alegre.

—Lo siento —digo—. Estaba muy cansada después de lo de ayer.

La abuela asiente con rapidez.

—Bueno, estoy contenta de que te hayas levantado y hagas tus cosas. Tenemos trabajo: brownies. Veinticinco docenas para nuestro puesto en la feria.

—Son muchos.

—Claro que son muchos. Ahora ven a ayudarme con las bolsas de la compra.

Descargamos el coche, la abuela se coloca su delantal rojo mientras yo precaliento el horno, y luego las dos nos ponemos manos a la obra. Es una de mis maneras favoritas de pasar el tiempo con la abuela. Ella dirige y yo la sigo, y entonces rompemos huevos, medimos y batimos con un ritmo especial: unas veces hablando todo el tiempo; otras calladas, ensimismadas. Hoy permanezco en silencio durante un rato, pero sé que no durará. Ella espera hasta que vierto mi primera masa de harina batida en el molde engrasado, y empieza con las preguntas.

—Así que —dice, de manera poco disimulada—, tu madre dice que ayer tuviste un pequeño choque en la costa. Que fuiste en tu coche hasta allí sin decirle nada a nadie.

Me entretengo con la espátula, mientras rebaño toda la masa de harina, sintiéndome mal por irme y que mis padres se preocuparan, sin mencionar lo del accidente.

—¿Estabas de cacería? —pregunta con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? —Me río. Su pregunta me sorprende, aunque nada relacionado con ella debería sorprenderme—. ¿De cacería?

—¿No es como las muchachas lo llaman ahora? —pregunta mientras levanta un bol con las manos, que tiemblan sólo un poco más de lo normal—. ¿De cacería como un puma?

Sostengo con firmeza un recipiente para hornear, y ella vierte la mezcla en él.

—No. Eso es... —Me río, deseando que Ryan estuviera aquí para oír esto—. Eso es algo totalmente diferente, abuela. Y no creo que nadie lo llame así.

—Bueno, como quieras llamarlo. A eso a lo que yo iba a la playa cuando tenía tu edad. En cuanto me metía en el traje de baño, todos los muchachos me rodeaban. —Ella abre el horno, desliza dentro los dos recipientes y lo cierra—. Así fue como atrapé a tu abuelo, ¿sabes? —Sonrío al imaginar cómo sería mi abuela de joven, a la caza de muchachos en la playa—. Por eso fue por lo que él se casó tan rápido. Me vio en ese traje de baño y no podía esperar a verme sin él, si sabes a lo que me refiero, y cuando...

—¿Cuánto tarda esto en cocinarse? —interrumpo.

La abuela me guiña un ojo.

—Cuarenta minutos, exactamente.

Ella empieza a medir el chocolate en polvo para otra masa y estira la mano para coger la harina.

—No estaba de cacería —digo, evitando sus ojos—. Sólo quería alejarme. Hacer algo diferente. —Aunque fuera vago, sé que ella apoya este razonamiento.

—Está bien, eso es bueno. A veces tienes que apartarte de ti misma. Salir. Regalarte un día en la playa —dice como si estuviera orgullosa de mí, como si fuera un signo de que estoy progresando, o de que salgo adelante, y siento una punzada de culpa que me hace seguir hablando.

—En realidad no llegué a la playa. Choqué el coche cuando iba hacia allí, así que no...

Mi abuela se da la vuelta y me mira.

—Bueno, lo importante es que fuiste, Quinn. Es un principio. —Ella lleva nuestros dos moldes al fregadero y abre el grifo—. Debes regresar. Te diré una cosa. Si yo me pareciera a ti, te aseguro que no me pasaría el verano sentada en la casa, sola; estaría de cacería. —Me guiña un ojo de nuevo—. O, por lo menos, en la playa, en biquini bajo ese maravilloso sol.

Ella no dice nada más, y yo tampoco. Ésa es una de las cosas que me gustan de la abuela. Sabe cuándo decir sólo lo suficiente. Y hoy es lo suficiente para hacerme pensar, y mis pensamientos van de nuevo hacia Colton y sus palabras: «Sabes dónde encontrarme».

Lo sé, y no puedo dejar de pensar en eso.

—Tal vez lo haré —digo después de un rato—. Regresaré allí alguna vez.

Hay muchas cosas en la vida que te llenarán la vista, pero sólo unas cuantas atraparán tu corazón. Persigue estas últimas.

MICHAEL NOLAN

Los brownies me sirven como excusa para ir a Shelter Cove la mañana siguiente. Abollé su furgoneta, y luego él me llevó al hospital y estaba lo bastante preocupado como para esperar que confirmaran que me encontraba bien. Y fue lo bastante dulce como para traerme una flor. Lo bastante inteligente como para no presionar demasiado. Lo menos que puedo hacer es llevarle un plato de brownies. Sé, por lo que publicó su hermana en el blog, que a él le gustan los dulces, y que lo primero que quiso cuando se le permitió empezar a comer de nuevo fueron brownies. Y la abuela es la mejor haciéndolos. Él se merece esto, por lo menos. Y luego iré a la playa.

Pongo los brownies en un plato, los envuelvo y escribo una nota a mis padres, que han salido juntos esta mañana. Luego cojo mi bolsa de la playa y me dirijo al coche para hacer el mismo trayecto que hice un par de días antes, igual de nerviosa que entonces, o quizá más.

Cuando llego a la calle principal y veo la furgoneta de Colton, estacionada casi en el mismo lugar en que estaba la primera vez, mi corazón se acelera, y paso junto a ella, pero no aparco en el lugar vacío que hay detrás. Bajo el volumen de la música para poder concentrarme. Justo ahora todavía tengo otra opción. Puedo seguir conduciendo; en realidad no he hecho nada malo en relación con Colton y Trent. Pero, entonces, si hago eso, si sigo avanzando, no tendré otra oportunidad de saber más de él. «Alguna vez» expirará, Colton se olvidará de que lo dijo, y quizá será demasiado tarde para regresar.

El semáforo se pone en rojo. Me da unos momentos más para pensar. Pongo los intermitentes. Los quito. Los vuelvo a poner. Cuando el semáforo se pone en verde, dudo lo suficiente como para que el coche de detrás toque el claxon. Y entonces cambio de sentido y conduzco de regreso. De regreso a donde se encuentra Colton Thomas, después de cuatrocientos dos días. De regreso a donde aparqué la primera vez. Cuando me detengo, me doy cuenta de que aún se ve la abolladura en la furgoneta, y que parece más grande de lo que recordaba, lo que hace que me encoja. Miro el plato de brownies en el asiento del acompañante, y de repente me parecen completamente ridículos.

No sé lo que estoy haciendo. Y, ahora que estoy aquí, en realidad no sé dónde encontrarlo. Bajo la ventanilla y miro a mi alrededor, como si pudiera verlo en cualquier momento. El aire de la mañana aún es frío y me relaja un poco cuando respiro lentamente y a fondo. Es casi la misma hora del día en que llegué la primera vez, y, según lo que dijo Colton, eso significa que debe de estar en la tienda de kayaks o en la cafetería. Pensé en llamarlo antes de salir, pero me pareció exagerado. Además, no sabía si yo seguiría con todo esto hasta ahora, cuando he aparcado el coche. En realidad, aún no estoy segura. El local de kayaks parece cerrado, y hasta la cafetería está oscura. Todavía podría...

—La palanca de cambios está en punto neutro, ¿verdad? ¿El motor está apagado?

La voz me saca de mis divagaciones, y, cuando levanto la vista, veo a Colton, recién salido del agua, con el pelo y el traje de neopreno aún mojados, y la tabla de surf bajo el brazo.

—Has vuelto.

Está feliz, pero no sorprendido.

—Yo..., sí.

Estiro la mano para coger el plato de brownies, luego lo saco por la ventana, a modo de explicación.

—Te he hecho brownies, como agradecimiento. O disculpa. Yo... —Miro la abolladura en su parachoques y me siento tonta y avergonzada, y me hace hablar rápido, en un solo hilo de palabras—. Fuiste muy amable de llevarme al hospital después de que golpeará tu coche, y me siento mal porque no me dejes pagar la reparación, y sé que actué de forma extraña ayer; bueno, también me porté así el día que nos conocimos y... lo siento.

Saco el plato aún más por la ventana, como si el movimiento pudiera compensar la horrible confusión en que me encuentro. Estoy oxidada en esto, en hablar con la gente en general. Pero la manera en que él está parado allí, con esa sonrisa, escuchando cada palabra, lo hace diez veces más difícil.

Colton parpadea una vez, dos veces, luego lanza una amplia sonrisa y coge el plato.

—No te sientas mal. Y menos por traerme esto. Los brownies son mis dulces favoritos.

Tengo que contenerme para no decir «lo sé».

—Gracias —dice con sinceridad—. ¿Los has hecho tú?

Apoya su tabla de surf en el coche, coge el plato de mis manos, quita la envoltura de plástico y escoge uno. Le da un mordisco. Mastica lentamente, como si estuviera haciendo una prueba de sabor o algo, y por medio segundo me preocupo de que haya alterado la receta mientras los cocinábamos, porque estaba pensando en él en lugar de concentrarme en la harina y el chocolate en polvo.

Por último, se lo traga.

—Oh —dice, con las cejas alzadas—. Éste es, con toda seguridad, el mejor brownie que he comido en toda mi vida.

Siento que mis mejillas se encienden.

—En serio. —Su sonrisa desaparece para dar énfasis a sus palabras—. Y he comido una buena cantidad de brownies.

Pone una cara tan seria que me hace reír.

—Gracias. Yo..., me alegro de que te gusten.

—Qué bien que hayas vuelto. —Sonríe—. Y decir que me gustan es poco. —Engulle la segunda mitad del brownie—. ¿Qué otros talentos tienes, y qué vas a hacer hoy, además de ofrecer la mejor disculpa del mundo?

Me río de nuevo y me miro las piernas.

—No sé. Estaba pensando en ir a la playa porque el otro día no pude hacerlo.

—Va a estar lleno de gente allí. —Colton mira por encima de su hombro hacia la tienda de kayaks—. Podría enseñarte una playita estupenda, un poco alejada de los sitios turísticos. Un lugar apartado, para los que vivimos aquí.

—Ah. —Me aclaro la garganta. Considero la idea por un momento—. No, está bien. No quiero robarte más tiempo. Estoy segura de que tienes que... —Miro el local de nuevo—. Sólo quería darte las gracias, y lo siento de nuevo por tu furgoneta.

Busco las llaves, con descuido, y se caen en la hendidura entre mi asiento y el cambio de marchas.

—No es gran cosa —dice Colton—. No tengo otros planes. Sólo deja que me cambie, y podemos...

—No puedo. Tengo que llegar pronto a casa, y no quiero terminar en algún lugar alejado y sin mi coche, y que me tengas que traer de regreso, o algo así.

Él se encoge de hombros.

—Sólo tienes que seguirme, ¿sabes?, pero no demasiado cerca porque tienes tendencia a pisar con fuerza el acelerador. Así llevarás tu coche y te podrás ir cuando lo necesites. —Lo dice tan tranquilo, como si en realidad no fuera un gran problema; luego me mira, esperando una respuesta—. Sólo es un día. Y necesito a alguien con quien compartir estos brownies, o me los comeré todos de golpe. Así que, en realidad, me estás haciendo un favor.

Él sonríe, y la luz del sol atrapa el verde de sus ojos. Y eso decide por mí.

—Está bien. Sólo un día.

—Bueno. —Él sonríe—. Perfecto. —Coge su tabla—. Voy a cambiarme. Vuelvo enseguida. —Descansa la mano, bronceada, sobre la puerta, se inclina y me da el plato de brownies—. ¿Puedes guardarme esto?

Se da la vuelta y cruza la calle, va trotando hacia el local de kayaks. Antes de entrar, mira hacia atrás y grita:

—¡No te vayas!

Me pone nerviosa y feliz al mismo tiempo. Mientras tanto, busco mis llaves.

No podría irme ahora, aunque quisiera.



## 10

Cada latido empieza con un solo impulso eléctrico o «chispa». El sonido que escuchamos con un estetoscopio, o cuando apoyamos la cabeza en el pecho de alguien a quien amamos, es el sonido de las válvulas del corazón que se abren y se cierran en perfecta sincronía. Es un ritmo en dos partes: una danza delicada de sístole y diástole, que lleva las partículas eléctricamente cargadas del corazón a través de sus cámaras cada segundo del día, cada día de nuestras vidas.

Aparco en la cuneta, detrás de Colton. Cuando pongo el freno de mano, veo que él ya ha salido de su coche y se dirige hacia mí. Apago el motor y, al salir, huelo el aire salado y escucho el sonido del agua que choca contra las rocas, justo debajo del acantilado donde estamos.

—Es un día perfecto —dice Colton, mirando el agua—. ¿Quieres confirmarlo?

—Sí.

En realidad no sé qué estamos confirmando, pero me siento muy feliz de descubrirlo. Caminamos por un área llena de hierba, donde un hombre solitario está sentado en la playa leyendo el periódico mientras su perrito olisquea por el suelo, detrás de él. Y, cuando llegamos a la gruesa cuerda a la orilla del acantilado, el mar nos ofrece una vista espectacular.

A diferencia del otro día, no hay niebla abrazando los acantilados, ni un atisbo de nubes en el cielo de color zafiro. Es el tipo de día que te ruega que no lo desperdicies. Ante esta idea, siento un pequeño tirón en el pecho, porque me hace pensar en Trent. Él nunca desperdiciaba ni un solo segundo. Era como si el reloj empezara en el momento en que sus pies tocaban el suelo. Recuerdo estar con él y desear que, sólo por un día, redujera el ritmo. Se quedara quieto. Pero no estaba en su naturaleza ser de esa manera, y tampoco parece estar en la de Colton.

Hace tamborilear los dedos en un poste que hay frente a nosotros, y puedo sentir que está de pie junto a mí, la energía nerviosa que nos pertenece a los dos. Trato de pensar en algo, cualquier cosa, para llenar el silencio, pero se sigue extendiendo. Miro la superficie cristalina que surge alrededor de las enormes rocas que se elevan por encima del agua. Están dispersas en grupos cerca de la orilla, y siempre me han parecido como pequeñas islas, más que rocas. Un grupo de pelícanos cubre la parte superior de las rocas más cercanas a la orilla, y alguno de ellos despega o aterriza cada varios segundos. Mis ojos recorren el frente escarpado hacia el agua, donde el impulso constante de las olas lo suaviza, y miro cómo el agua se eleva sobre la roca y luego retrocede.

Colton se aclara la garganta, patea una piedra en el suelo.

—Entonces ¿te puedo hacer una pregunta?

Trago saliva. Me aclaro la garganta.

—Está bien —digo lentamente.

Él toma un sorbo de la botella de agua que lleva en la mano y aleja la mirada de nuevo, lo suficiente para ponerme nerviosa. Pienso en un millón de disculpas, razones o explicaciones diferentes para cualquier cosa que pueda preguntarme.

—No te gustan mucho las preguntas, ¿verdad? —dice, volviéndose hacia mí y con una mirada que me hace jugar con las manos.

—No, no tengo ningún problema con las preguntas. ¿Qué me quieres preguntar? —Sueno tan nerviosa como me siento.

—No te preocupes —dice Colton—, no importa. —Esboza una rápida sonrisa—. No es mucho, sólo un día. Así que ¿qué tal si nos relajamos y lo disfrutamos? ¿Quieres disfrutar de un día realmente bueno?

Recuerdo uno de los textos en el blog de Shelby. Una cita de Emerson que ella publicó para explicar que le recordaba a Colton y su actitud, y la manera en que trataba la vida después de su cirugía:

«Escribe en tu corazón que cada día es el mejor día del año. Ningún hombre habrá aprendido correctamente algo hasta que sepa que cada día es el del Juicio Final».

Recuerdo que lo leí y pensé que él y yo habíamos aprendido esta verdad, que cualquier día podría ser el último. Pero habíamos elegido hacer cosas diferentes. Él lo puso en práctica en cuanto pudo. Regresó a las cosas que adoraba: la vida de antes. Yo hice lo opuesto. Por mucho tiempo. Pero de pie aquí, con él, ahora lo sentía como una oportunidad de tratar de hacer las cosas a su manera.

—Está bien —digo al fin—. Un buen día, en realidad.

—Bueno. Me alegro de que hayamos arreglado eso. —Muestra una sonrisa amplia y feliz.

Se da la vuelta abruptamente y camina de regreso a la furgoneta.

Lo miro mientras se aleja y veo algo que no había percibido antes. Un kayak doble de color amarillo brillante atado a un soporte en la parte de arriba.

Me pongo nerviosa, siento un poco de miedo. Mientras tanto, él agarra la correa que sujeta el kayak. La desata rápidamente y baja el kayak al pavimento, con un pesado golpe de plástico. Miro las rocas y el agua, en la que se forman remolinos, y de repente no me parece muy apetecible. Cuando vuelvo a ver a Colton, está deslizando la puerta de atrás para abrirla y saca dos remos, que coloca con cuidado sobre el kayak. Me quedo donde estoy, negando lo que ven mis ojos. «En realidad, no vamos a hacerlo, él no está pensando que vamos a hacerlo, nunca antes...», pienso.

—¿Alguna vez te has subido a un kayak?! —grita.

El hombre del banco levanta la vista, un poco interesado, pero luego regresa a su periódico cuando se da cuenta de que la pregunta no iba dirigida a él. Cruzo rápidamente la hierba, tratando de pensar si hay una manera de salir de ésta. Estaba a favor de ir a la playa y admirar las rocas, pero montar en kayak está a kilómetros de mi zona de comodidad. Y no parece algo que él debería hacer... Parece peligroso.

—¿Lo has hecho? —pregunta con una sonrisa.

Luego, sin esperar una respuesta, busca en el interior, saca un chaleco salvavidas y me lo da. Yo niego con la cabeza.

—No. Y yo no... En realidad nunca me he subido a un kayak antes, así que no creo... Éste no me parece un buen lugar para empezar. Ya sabes, para una principiante... Todas esas rocas...

Ahora en mi mente sólo hay bordes puntiagudos y olas quebrándose.

—En realidad, es un lugar estupendo —dice—. Muy protegido. Realizamos muchos recorridos aquí. —Hace una pausa y sonrío—. Es donde aprendí.

—¿De verdad?

La voz me sale como si en realidad no lo creyera, pero sí le creo. Y me doy cuenta de que quiero saber más; más sobre él y sobre quién es. En sus propias palabras, no las de Shelby. Puedo ver en su cara que ésta es una parte importante de él.

—Claro —dice—. Cuando tenía seis años, mi madre por fin dejó que mi padre me trajera aquí con él.

«Ocho años antes de que enfermaras —completo—. Ocho años antes de que empezara todo y fueras al doctor porque tu madre pensaba que tenías la gripe.» Me siento culpable por conocer una parte de su vida que él no sabe que conozco, pero no es en eso en lo que él está pensando en este momento. Trato de no pensar en ello tampoco. Trato de estar aquí, ahora, con este Colton en lugar del enfermo que siento como si conociera muy bien.

Él agita la cabeza, se ríe ante el recuerdo.

—Durante mucho tiempo le había rogado a mi madre que me dejara venir, y, entonces, cuando dijo que sí, llegamos aquí y miramos desde arriba del acantilado, y me encontré con la misma situación que acabas de ver. —Se queda callado un momento—. Solté todas las excusas que se me ocurrieron, pero mi padre sólo me puso un chaleco salvavidas, me dio unos remos y cargó el kayak por la escalera, sin decir ni una palabra. Cuando llegamos abajo, me colocó en el asiento y luego se sentó enfrente de mí y dijo: «Sólo confía en tu viejo, ¿de acuerdo?», y yo estaba tan asustado que asentí. Luego dijo: «Bien. Haz lo que te diga, cuando lo diga, y lo peor que puede pasar es que te enamores».

Río por los nervios, trato de mirar a cualquier lugar que no sea él, pero no funciona.

Colton hace una pausa, me sonrío y después se vuelve para ver el agua.

—Del océano, se refería. Que lo siguiera y quisiera estar en él todo el tiempo, de una manera u otra. —Me vuelve a mirar—. Tenía razón. Después de ese día, ya no me pudieron apartar de la orilla.

Sé que ésta es una versión de la verdad, y es la que me deja saber. Pero también sé de los años en que estuvo enfermo, épocas en que se encontró lejos de la orilla, porque entraba y salía de las consultas de los médicos y del hospital. Una parte de mí desea preguntarle sobre eso, pero la otra parte no quiere pensar en él de esa manera.

—En realidad, no tengo recuerdos así —digo.

«Ya no», completo en mi cabeza. Veo un atisbo de sendero de tierra, las zapatillas de Trent, los dos haciendo que nuestros pasos y nuestras respiraciones coincidan, y la culpa se retuerce en mi interior.

—Mi hermana y yo solíamos correr juntas, pero ella se ha ido a la universidad, así que ya no salgo a correr.

Es la versión de la verdad que puedo dejar que él sepa.

—Eso está muy mal —dice Colton. Parece que está a punto de hacer otra, pero se lo piensa mejor—. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí, pero quiero regresar al estupendo lugar que mi padre me enseñó, tengo muchas ganas de verlo de nuevo. Es un camino difícil, pero vale la pena. ¿Quieres intentarlo?

No respondo enseguida. Entrar con un kayak en el océano me asusta, pero confío en él con tanta facilidad que todavía me asusta más. Aparto la vista rápidamente y miro la orilla del acantilado, el agua que se arremolina sobre las rocas, que es exactamente como se siente mi estómago.

—Está bien. Intentémoslo. —No sueno muy convencida.

Colton se esfuerza para poner cara seria, pero una sonrisa se le escapa por la comisura de los labios.

—¿Estás segura?

Digo que sí con la cabeza.

—Pareces asustada. No tengas miedo. Sólo haz lo que te digo cuando te lo digo y estarás bien.

Se queda callado y deja que la sonrisa se le extienda rápidamente por la cara, y, aunque no

dice nada más, puedo sentir que el resto de las palabras de su padre revolotean a nuestro alrededor en la brisa que se levanta entre nosotros justo entonces.

Colton saca más equipo de su furgoneta, y, antes de que tenga una oportunidad de responder, o de cambiar de opinión y pensar mejor las cosas, me pone el chaleco salvavidas sobre mi traje de baño. Colton lleva una camiseta de neopreno con sus shorts, y vamos cargando el kayak por la escalera de cemento hacia la playa llena de piedras. Nos quedamos sin aliento. Después él lo empuja a la orilla del agua y me hace un gesto para que tome el asiento delantero. Lo hago y él me da un remo.

—¿Estás lista?

—¿Ahora mismo? ¿No me darás primero una lección o algo así?

Parece que Colton se está divirtiendo.

—Ésta es la lección. Es más fácil enseñarte en el agua. Es muy poco lo que debes aprender, así que sólo súbete y yo remaré para alejarnos de aquí. Luego te lo mostraré. ¿Suena bien? — Sonríe, y yo reúno toda la confianza que puedo para responder.

—Claro —logro decir, pero mi corazón late con preocupación cuando una ola rompe sobre las rocas enfrente de nosotros. «Está sucediendo», pienso.

—¡Vamos allá! —dice Colton detrás de mí.

El kayak sale impulsado hacia delante, luego se mueve mucho cuando salta hacia dentro de él, y consigo que yo pierda el equilibrio. Pero, en el momento siguiente, su peso nos estabiliza, y siento que el remo se adentra en el agua a un lado y luego al otro, y avanzamos. Yo me pongo tensa cuando una ola se nos aproxima, porque, a medida que se acerca, parece más alta, como si se fuera a romper antes de que podamos evitarlo; pero Colton rema con más fuerza y pasamos sobre ella con facilidad, el kayak se eleva al frente de la ola y se desliza hacia abajo en la parte de atrás. Colton hunde el remo una vez más a ambos lados y entonces nos deslizamos con suavidad y firmeza sobre la superficie del agua. Por fin, espiro.

—No ha sido tan aterrador como pensabas, ¿o sí? —dice detrás de mí.

Me doy la vuelta, todo lo que me lo permite el rígido chaleco, sorprendida.

—En absoluto —respondo orgullosa.

—Pequeñas victorias —dice.

Lo miro por un largo momento, miro cómo se acomoda en el asiento y respira a fondo como si estuviera bebiéndose la mañana, como si hacer esto fuera una pequeña victoria por sí sola; y supongo que lo es. Me hace sentir como si lo acabara de conocer. Como si esas dos palabras fueran una muestra del tipo de persona que es.

—Adoro eso —dice—. Pequeñas victorias. Son las que cuentan. Como estar aquí hoy, justo ahora.

Sus palabras cuelgan allí, entre nosotros, a la brillante luz del sol, y puedo ver lo que significan para él. Cuando sus ojos barren el cielo, el agua y las rocas, y luego regresan a los míos y descansan allí, verdes y tranquilos, quiero decirle que sé la verdad. Que sé por qué puede ver las cosas de esa manera. Quiero decirle quién soy y qué estaba haciendo en la cafetería el otro día. Todas las palabras empiezan a abrirse camino hacia la superficie, elevándose como burbujas de aire perdidas en el agua.

—Estamos a la deriva —dice Colton.

Las burbujas se disipan y mis palabras, aun antes de pronunciarlas, también se desvanecen en la corriente.

Él sonríe y levanta el remo. Me hace regresar al presente.

—Hora de aprender. ¿Estás lista?

Yo digo que sí con la cabeza.

—Muy bien. Tienes que sostener el remo por aquí y aquí, donde se encuentran estas agarraderas —dice, y me hace una demostración.

—Está bien.

Agradecida por tener algo más en lo que concentrarme, cojo mi remo, que ha estado balanceándose sobre mis piernas, pongo las manos sobre las agarraderas y lo sostengo enfrente de mí.

—¿Así?

Colton se ríe.

—Perfecto. Ahora date la vuelta para que pueda mostrarte cómo hacerlo.

Me vuelvo, y él mete su remo en el agua a un lado, con un golpe fuerte y firme que nos hace deslizarnos suavemente sobre la superficie lisa. Luego lo saca y hace lo mismo con el extremo opuesto del remo.

—Es como si estuvieras haciendo círculos con las manos, igual que los haces con los pies cuando pedaleas una bicicleta. Inténtalo.

Deja el remo sobre sus piernas, y yo muevo la cabeza de arriba abajo y me doy la vuelta para intentarlo. La primera vez que lo hago es demasiado superficial, y el remo apenas araña la superficie del agua. No nos movemos. Siento que mis mejillas se enrojecen.

—Prueba de nuevo. Húndelo más.

Me concentro en usar los brazos para empujar el remo más a fondo, dentro del agua, como lo ha hecho Colton, y me asombro cuando en realidad avanzamos unos metros.

—Bien hecho —dice Colton.

Animada por sus palabras y por habernos movido, vuelvo a introducir el remo y empujo con fuerza. Pienso en los círculos, como los pedales de una bicicleta, tal como él ha dicho, y, después de unos cuantos impulsos, estamos cortando la superficie cristalina del agua a una velocidad decente. Me río, feliz y orgullosa de ser yo quien está impulsando esta pequeña embarcación.

—Lo estás haciendo bien —dice Colton detrás de mí, y siento el empuje hacia delante de su remo, moviéndose también en el agua. Lo miro por encima de mi hombro—. Límitate a remar —continúa—. Yo me sincronizaré contigo.

Afirmo con la cabeza y me doy la vuelta. Me asombra la amplia extensión del océano azul y el cielo enfrente de mí, y hundo el remo una y otra vez, hasta que marco mi propio ritmo con firmeza. Al principio puedo sentir los golpes de Colton, esforzándose para que coincidan con los míos, pero, al cabo de un momento, caemos en un ritmo sincronizado, en dos tiempos, que nos aleja de la orilla, más allá de las rocas, hacia las aguas profundas.

La aleta de un delfín rompe la superficie mientras pasamos remando por un grupo de algas, a la deriva, bajo el sol. El único sonido es el ritmo de nuestros remos y las respiraciones; aspiro y espiro con cada golpe, y siento como si pudiera hacerlo eternamente, como si pudiera remar hasta el horizonte y más allá. Sienta bien perderse en los ritmos naturales de la respiración y en el movimiento monótono, sin pensar en nada más. Como solía hacerlo cuando corría. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que casi había olvidado esa sensación, o que la añoraba.

—¡Estoy impresionado! —grita Colton detrás de mí—. Eres más fuerte de lo que pareces.

—¡Muchas gracias! —le respondo también gritando, con una sonrisa. Lo tomo como un cumplido.

Me siento fuerte ahora, y me sorprende que mi cuerpo recuerde cómo es esa sensación.

—Así que ¿quieres ir remando hasta Hawái o prefieres ver la cueva?

Puedo oír la sonrisa en su voz una vez más, y entonces siento la ausencia de los golpes de su

remo. Levanto el mío del agua y me lo coloco sobre las piernas. Noto el ardor en brazos y hombros.

—¿Qué cueva? —pregunto, y me vuelvo para verlo.

—La cueva que hemos venido a ver —responde simplemente. Miro a mi alrededor con cuidado, pero no veo ninguna cueva—. En la base de esa roca que hemos pasado. La grande.

—Oh —digo, mirando de nuevo—. No la he visto cuando hemos pasado.

—Es porque está un poco oculta.

—¿Como una cueva secreta? —bromeo.

—Algo así —dice Colton con una sonrisa—. De todos modos, no es parte del recorrido habitual. Demasiada responsabilidad. Vamos. Te la mostraré. —Hunde a fondo su remo a un lado, y el kayak empieza a dar la vuelta lentamente—. ¿Me ayudas? —pregunta—. Yo no puedo manejar esta cosa solo.

Lo dudo. Tiene unos hombros sorprendentemente anchos y sus brazos son fuertes; pero, de todos modos, me vuelvo y hundo mi remo en el mismo lado que él, y, tras unos cuantos impulsos más, estamos de nuevo frente a la orilla, dirigiéndonos a las rocas. De pronto, me doy cuenta de que nunca había estado tan lejos de la orilla, lo que resulta estimulante y aterrador.

Cuando éramos pequeñas y veníamos a la costa, Ryan nadaba muy adentro, y yo siempre estaba segura de que los socorristas tendrían que ir a rescatarla. Más adelante, Trent también lo hizo, compitiendo con sus amigos hasta después de las boyas, o hasta el final del muelle. Sin miedo. Pero yo nunca pasaba siquiera de donde las olas rompían. Pensaba que era inmenso. Pero hoy ya no lo pienso. Al estar allí, ahora, me siento como no me sentía desde hacía mucho tiempo, y me hace albergar deseos de preservar esta sensación.

Aquí, debajo del cielo azul, creo que comprendo a qué se refería el padre de Colton cuando habla de enamorarse del océano. Tal vez lo único que se necesita es un guía en quien confiar.

—Todas esas rocas solían ser parte de la línea costera —dice Colton detrás de mí.

Miro las rocas con más cuidado y, ahora que lo ha dicho, puedo ver cómo sus capas de color coinciden con las de los acantilados.

—¿Qué sucedió?

—Erosión —responde—. Me lo puedo imaginar como una de esas secuencias donde pasa mucho tiempo, con olas quebrándose contra los acantilados, tormentas cayendo sobre ellas, y agua y aire llenando las hendiduras y ampliándolas para formar túneles y cuevas, hasta que las partes débiles se desmoronan y sólo quedan estas pequeñas islas de roca.

Por la manera en que lo explica, puedo verlo perfectamente, como si estuviera sucediendo frente a nosotros. Y así pasa, en realidad. Sólo que tan lento que no se puede apreciar, de la misma manera que el dolor erosiona a una persona con el tiempo, desgastándola hasta que casi desaparece.

—Como sea, la que tiene la cueva es ésa, la que está justo enfrente de nosotros —dice Colton.

A unos treinta metros de distancia, la roca más grande del grupo se eleva sobre el agua. Es muy plana en la parte de arriba y está cubierta con alguna especie de flores silvestres, amarillas, que se mecen suavemente bajo la luz del sol y entre la brisa del océano. Mis ojos aprecian una hendidura, que primero es angosta, cerca de la cima, y baja hasta la mitad de la roca, donde empieza a ensancharse, hasta lo que parece ser una abertura en la base. El agua entra y sale de ella cada pocos segundos, con el ritmo continuo de las olas.

—El día está muy tranquilo; podemos entrar —dice Colton.

Miro otra vez la abertura, que está oscura y no parece muy alta; mido mi valor.

—Si sigue como la recuerdo, es una de las cosas más asombrosas que he visto. Hay una cámara principal que está abierta en la parte de arriba, de modo que el sol brilla sobre el agua; y hay otras dos pequeñas cámaras que están conectadas entre ellas y donde la marea bombea el agua para que entre y salga de ellas como...

—Como un corazón —digo. La idea sale de la nada, pero de todos lados al mismo tiempo. Me doy la vuelta.

Colton parpadea, casi imperceptiblemente, pero lo veo y me dan ganas de retirar esas tres palabras que acabo de decir. «Estúpida», pienso. Hace un momento estábamos en el océano, para pasar todo el día, y la razón de nuestra conexión se había quedado atrás, en la orilla. Pero ahora ese motivo está justo aquí, llevándome hacia atrás como la marea.

—Así es —dice simplemente—. Supongo que es como un corazón.

Me lanza una media sonrisa y se queda callado por un largo momento. Me preocupa que pueda decir algo sobre su propio corazón, el corazón de Trent.

—¿Qué te parece? —pregunta, en cambio—. ¿Quieres entrar? Es seguro. Lo prometo. — Levanta las cejas y muestra una sonrisa esperanzada.

Sé que probablemente sea segura, y confío en él, de verdad. Pero no hay nada seguro acerca de lo que estoy haciendo aquí, con él, o de la manera en que me hace sentir, o la forma en que parece confiar en mí. La culpa golpea mi conciencia, recordándome todo lo incorrecto que ya he hecho. Pero entonces algo más grande me recorre, un impulso hacia Colton y hacia lo que siento ahora mismo.

Respiro a fondo y dejo que salga lentamente, alejando todo aquello en lo que no quiero pensar. Y luego miro a Colton; lo hago de una forma especial.

—Sí —digo—. Entremos.

Él no responde de inmediato, sólo sostiene mi mirada bajo la brillante luz del sol.

—Bien —dice, como si fuera otra de sus pequeñas victorias—. Porque ésta es la parte donde te enamoras.

[El latido es] un vínculo con el movimiento universal que nos rodea, las mareas, las estrellas y los vientos, con sus ritmos sorprendentes y sus fuentes invisibles.

STEPHEN AMIDON y THOMAS AMIDON

*M.D.: El motor sublime: una biografía del corazón humano*

Estamos un poco alejados de la cueva y notamos cómo el kayak se eleva con cada ola que pasa debajo de nosotros, y vemos cómo el agua se rompe alrededor de la roca y luego entra en la abertura como por un embudo. Me echo hacia atrás tratando de calcular, como lo he hecho durante las últimas diez olas, cuánto espacio hay entre la superficie del agua y el techo del túnel. Parece que sea de treinta a sesenta centímetros más alto que nuestro kayak.

—¿Estás bien? —pregunta Colton. Usa su remo para que retrocedamos un poco—. No tenemos que entrar si no quieres.

—Estoy bien —miento. Pero las siguientes palabras son de verdad—. Me gustaría entrar. —Cuento los latidos que tarda el agua en salir precipitadamente—. Sólo necesito verlo una vez más, y luego podremos entrar.

—Está bien —dice Colton, colocándonos enfrente de la entrada.

Unos segundos después, siento que otra ola surge detrás de nosotros y eleva el kayak ligeramente. Miro cómo el agua se cuele de nuevo por la entrada, con rapidez.

—Recuerda mis palabras —me sugiere, moviéndonos hacia atrás mientras nos mantiene en ángulo en relación con la abertura—. Todo lo que tienes que hacer es remar fuerte, luego levantar tu remo y echarte hacia atrás cuando te lo diga, ¿de acuerdo? Vamos a atrapar la siguiente ola que entra. Y lo lograremos, te lo prometo.

—Entendido —afirmo, con mucha más confianza de la que siento. Estoy tan hundida ahora, que es todo lo que puedo hacer.

—Está bien, vamos allá, justo ahora —dice cuando la próxima ola crece detrás de nosotros—. Date la vuelta. ¡Rema!

Lo hago y siento el inmediato poder de los golpes de su remo mientras se unen a los míos. Nuestro impulso crece, y de pronto despegamos al tiempo que la ola atrapa el kayak. Sufro un inmenso ataque de miedo cuando nos levanta y nos manda volando... justo al agujero en la roca.

—¡Échate hacia atrás! —grita Colton.

Lo hago, llevando mi remo al pecho y gritando al mismo tiempo. No parece que haya ninguna manera de pasar por la abertura, así que cierro los ojos y me agarro a los lados del kayak. Todo es ruidoso y apagado al mismo tiempo. El kayak golpea con fuerza contra las paredes de roca del túnel. Aprieto el remo como si mi vida dependiera de él.

—¡Está bien! —grita Colton—. ¡Quédate abajo!

Por el momento, no hay ninguna posibilidad de que haga otra cosa. Aun con los ojos cerrados puedo saber que está oscuro. El aire es pesado por la humedad y la sal, y se percibe su espesor al



respirar. Aprieto los ojos con más fuerza todavía, segura de que vamos a morir. «No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo...», pienso.

Y entonces algo milagroso sucede. El túnel nos escupe como al final de un tobogán, y todo queda casi en calma. Sigo allí tumbada por un momento, con miedo de abrir los ojos, escuchando. Puedo oír mi propia respiración, la de Colton y el agua golpeando contra la roca, y algo más, ¿goteando?

—¡Ah! Lo hemos logrado. —Colton deja escapar una risa extasiada, luego el kayak se mece y siento una mano en mi hombro—. Eh, ¿estás bien? Ya puedes abrir los ojos.

Primero entreabro uno y luego el otro, y lo que veo es su cara sobre la mía. Me mira, y es imposible que pueda respirar si él está tan cerca.

—Lo hemos conseguido. ¡Mira!

Jadeo. Lejos, muy por encima de nosotros, puedo ver el cielo a través de una abertura que parece una claraboya en el techo de la caverna. Es una ventana que lo enmarca perfectamente, haciendo que el azul contraste con las paredes oscuras de la roca.

—Oh, Dios mío —susurro—. Esto es...

Ni siquiera sé cómo llamarlo. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Me incorporo poco a poco, como si todo eso fuera a desaparecer si me muevo muy rápido. La luz del sol entra por la abertura en ángulo, haciendo brillar la niebla que cuelga del aire, iluminando cada pequeña gotita de agua. A nuestro alrededor, el agua atrapa la luz del sol y la lanza contra las paredes de la caverna, ondeando y bailando. Otra oleada de agua entra por la grieta de la que acabamos de venir y luego se dispersa, reorganizando los pequeños reflejos como una vuelta a un calidoscopio.

Puedo sentir que Colton fija los ojos en mí, mirando cómo admiro todo eso. Agita la mano en el aire, mientras crea pequeños remolinos en medio de la niebla.

—Cuando era niño, solía pensar que esto eran todos los iones negativos flotando.

—¿Los qué? —pregunto, mirándolos arremolinarse y bailar.

—Iones negativos. —Se ríe—. Lo siento. Había olvidado que no todo el mundo creció con mi familia y sus locos datos informativos al azar.

Ahora en realidad lo quiero saber.

—¿Qué...? ¿Qué son?

—Son los que se liberan en el aire cuando las moléculas de agua chocan con algo sólido. — Hace un gesto para abarcar la caverna que nos rodea—. Como esas rocas, o la playa cuando una ola se quiebra. Pero no sólo vienen del océano. Pueden venir de cualquier lugar: una cascada, la lluvia... —Hace una pausa y sonrío con un poco de inseguridad—. De todos modos, es bueno que los respire. Son curativos, o eso decían mi padre y mi abuelo, por lo menos.

Se queda callado, y miro la neblina, iluminada por el sol, que flota sobre nosotros. Inspiramos profundamente al mismo tiempo, y no sé si es la belleza de este lugar, sus palabras o los iones negativos, pero puedo notar que algo me recorre, algo que no he sentido durante mucho tiempo. Es el impulso de otra persona, de Colton, sutil como la marea, pero allí, debajo de todo lo demás.

—Gracias... —digo de pronto—. Gracias por traerme a este lugar.

Una sonrisa se extiende poco a poco por su cara, y se encoge de hombros.

—Me imaginaba que, si todo lo que tenía contigo era un día, más valía que fuera bueno.

Bajo los ojos para observar mis manos en el remo, sobre las piernas.

—Lo has logrado. —Vuelvo a mirar a Colton—. En realidad, es el mejor día que he tenido en mucho tiempo.

Él asiente mientras sigue sonriendo.

—Yo también... No tienes ni idea. Pero no nos quedemos cortos, porque esto no se ha terminado.

Permanecemos sentados durante quién sabe cuánto tiempo, respirando el aire, hablando y mirando la luz y el agua mientras la cueva se llena y se vacía. Hasta que la marea empieza a subir y no tenemos más opción que salir de allí.

El sentimiento surrealista y eufórico de la cueva permanece con nosotros incluso después de que la corriente nos lleve a la repentina brillantez del día. Perdura en el aire salado que nos rodea mientras remamos a la orilla y extendemos nuestras toallas sobre la playa empedrada. Y se cuele entre nosotros cuando él me habla acerca de todos los demás lugares que planea visitar este verano, lugares que no ha visto desde hace mucho tiempo; y la seriedad de su voz hace que yo quiera acompañarlo.

No le pregunto por qué ha pasado mucho tiempo sin ir a esos lugares que parece adorar. Ya sé la respuesta. En cambio, me dejo llevar e imagino cada sitio que describe: una cueva a la orilla de un acantilado imposiblemente alto, donde nos podemos sentar y colgar los pies sobre el borde para sentir el trueno de la espuma golpeando nuestros pechos. Una playa donde el agua es tan clara que podemos salir a remar y ver hasta siete metros abajo las colonias de estrellas de mar de color púrpura que cubren el fondo. Su ensenada favorita, donde podemos ver cómo una cascada cae sobre un acantilado en la arena, y el agua dulce se mezcla con la salada de las olas que llegan hasta la orilla. Usa la palabra «nosotros» con tanta facilidad, como si fuera un hecho que yo ya estoy incluida en sus planes más allá de este día. Y una parte de mí quiere creer que eso es posible.

Mientras sigo recostada al sol, que calienta mi piel y el biquini, la verdad se arrastra lentamente, cargando con ella una ola de culpa tan fuerte que me pican los ojos. Los abro y miro a Colton. Está descansando sobre la espalda, con los ojos cerrados, mientras describe otro lugar mágico de sus recuerdos, y de pronto ya no lo veo posible.

Aún lleva la camiseta de neopreno, lo que, en otras circunstancias, podría carecer de sentido. Pero sé lo que hay debajo. Lo sé porque lo he visto en una fotografía que Shelby publicó en su blog: Colton con el pecho desnudo, después de la intervención. Casi no soporté verla; aunque, al mismo tiempo, era imposible no estudiar la cicatriz de color rojo brillante en su tórax. La cicatriz que marca el lugar donde le abrieron el pecho para sacar su corazón enfermo y ponerle otro, fuerte, que le salvó la vida. La misma cicatriz que, me doy cuenta en este momento, Trent debió de tener cuando lo enterraron.

Me trago las lágrimas, junto con la terrible y horrorosa sensación de que lo he traicionado de mil maneras diferentes al estar con Colton, y al sentirme como lo he hecho en el agua: fuerte, libre y... feliz. Parece incorrecto, por demasiadas razones, que me sienta feliz ahora mismo. Feliz con alguien más.

—¿Qué te parece? —pregunta Colton, abre los ojos, gira la cabeza y me mira; mi expresión de gran preocupación borra la sonrisa de su cara—. Uf, ¿estás bien?

Se sienta, acerca una mano como si la fuera a colocar sobre mi hombro y luego la echa hacia atrás, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿He hecho...? ¿He hecho algo mal?

Me incorporo deprisa, secando las lágrimas que corren por mis ojos.

—Lo siento. Estoy bien. No sé qué me ha pasado. Sólo... —No puedo idear una explicación remotamente creíble, así que no lo intento—. No es nada.

Colton me mira durante un largo momento, sus ojos recorren mi rostro, buscando lo que no le digo, y estoy segura de que puede verlo todo. Pero entonces acerca la mano a mi mejilla, sin decir una palabra, y esta vez no la retira. Con un movimiento suave como el de una pluma, me limpia una lágrima, y, cuando siento su tacto, deseo que mantenga la mano allí. Aparto la vista hacia el océano, lleno de brillos, porque no sé qué hacer con el loco remolino de emociones que se ha despertado en mí.

—Debemos nadar —dice Colton.

Me coge de la mano y, con gentileza, me ayuda a levantarme.

—¿Qué...?

—Agua salada —dice, llevándome a la orilla del agua—. Lo cura casi todo.

Me limpio los ojos con la mano libre mientras mis pies siguen a los suyos.

—¿A qué te refieres?

Colton se da la vuelta y me mira directamente con esos ojos tan verdes.

—Es un dicho que mi padre siempre solía repetirnos a mí y a mi hermana..., una de esas cosas que te cuentan cuando eres pequeño, así que, en realidad, no significa mucho. Hasta después, cuando lo entiendes.

—¿Crees eso? —pregunto, pensando que el agua salada seguro que no curó su corazón.

Él me mira como si fuera una pregunta de lo más tonta.

—Claro. Es buena para el alma.

Una pequeña ola rompe sobre las piedras, a nuestros pies, y el agua fría hace que un escalofrío me suba por las piernas.

—Vamos —dice con una sonrisa—. Es más fácil si no piensas en ello. Sólo húndete.

Apenas ha terminado de decir las palabras cuando suelta mi mano, da dos zancadas y se clava debajo de la siguiente ola. Sale con un fuerte grito de alegría, sonriendo y sacudiendo el agua de su pelo. Al verlo en ese momento, con el océano, el sol y el cielo que brillan a su alrededor, lo siento de nuevo. La fuerza distintiva de la posibilidad. Y lo sigo, me hundo sin pensar en nada más.

Nadamos quién sabe cuánto tiempo más, lanzándonos debajo de las olas y tratando de atraparlas. Estar en el agua hace que deje de pensar, y regreso al momento en que la culpa no puede atraparme. Ni siquiera cuando una ola me empuja contra Colton y él me atrapa. Me coge con un brazo y luego con el otro antes de que cualquiera de los dos nos demos cuenta, y nos miramos a los ojos, tan cerca que puedo ver cada pequeña gotita de agua en su cara. Me roba el aliento la idea que surge en ese momento.

«¿Y si tuviéramos más de un día?», pienso.

Todos los corazones cantan una canción, incompleta, hasta que otro corazón responde con un susurro.

PLATÓN

Cuando subimos por la escalera, hasta donde están estacionados nuestros coches, el sol está bajo en el cielo, derramando una línea dorada desde la arena húmeda hasta el horizonte. Puedo sentir el cosquilleo de la sal y la quemadura del sol en mi piel cuando me estiro para ayudar a Colton a subir el kayak al techo de la furgoneta. Él aprieta las cuerdas con fuerza, estiba los remos en la parte de atrás y desliza la puerta para cerrarla. Después no se va a ningún lado. Se apoya contra un costado de la furgoneta, y yo hago lo mismo. Nos quedamos así, mirando el sol sobre el agua y dejando que el calor del metal se hunda en nuestras espaldas. Me pregunto si está pensando lo mismo que yo: que, a pesar de nuestro acuerdo de hacer que todo sea simple, se siente como si hubiéramos compartido más que un día.

—¿Sabes? —dice Colton, mirando cómo el sol se hunde en el cielo—, técnicamente hablando, el día aún no ha terminado. —Se da la vuelta hacia mí, con esa mirada de esperanza de nuevo en su rostro—. ¿Tienes hambre? Conozco una estupenda taquería. Podemos comer y entonces, tal vez...

Se detiene cuando niego con la cabeza.

—No puedo. Es domingo.

—¿No comes tacos los domingos?

Me las arreglo para poner, apenas, una cara tan seria como la de él.

—No. Sólo los martes.

Los dos nos reímos un poco, pero paramos rápidamente porque ambos sabemos lo que se avecina.

—En realidad, desearía quedarme —digo con suavidad. Honestamente—. Los domingos hay cena familiar, y mi madre se pone muy nerviosa si no estoy allí.

—Sé lo que es eso —dice Colton, tratando de no sonar desencantado, sin lograrlo—. No puedes faltar a esas cosas. La familia es importante.

Cuando lo miro, me lanza una sonrisa que me hace imaginar, por un momento brevísimo, que lo puedo invitar. Pero luego pienso en todo lo que iría a continuación: presentarlo, y preguntas, y él sentado en el lugar de la mesa donde Trent solía sentarse, y...

«Necesito irme ahora», me digo.

—Muchas gracias por este día —exclamo, tratando de sonar ligera, pero las siguientes palabras surgen abruptamente—. En realidad ha sido bonito. Todo.

La sonrisa de Colton se desvanece un poco.

—De nada.

Me aparto de la furgoneta y permanezco de pie, erguida.

—De verdad, me tengo que ir.

—Espera —dice Colton de pronto. Tal como yo lo hice ayer, como si él tampoco hubiera podido evitarlo.

Ahora tiene una expresión seria.

—Escucha —dice—. Sé que antes he dicho que sólo un día, pero eso ha sido... No he sido del todo honesto. Y ahora, si dejas que entres en el coche y te alejes de nuevo, sin decirte la verdad, me arrepentiré todo el camino a casa.

Me congeló ante las palabras: honesto y verdad.

Baja la vista por un momento, luego vuelve a mirarme a los ojos.

—De cualquier modo, te prometo que no iré a tu puerta de nuevo, por sorpresa; pero, si alguna vez decides que quieres pasar otro día conmigo..., alguna vez, tengo muchos disponibles, y... me ha gustado éste.

—A mí también —respondo, y es todo lo que digo, porque sus palabras, y la manera en que me está mirando, envían pequeñas punzadas por todo mi cuerpo—. Gracias de nuevo.

Él asiente, resignado, como si fuera la respuesta para la que estaba preparado.

—Está bien, Quinn Sullivan. Ha sido un placer pasar el día contigo. —Su tono es más cortés ahora.

—Lo mismo digo. —Sonrío. Doy unos pasos hacia atrás, hacia mi coche. El corazón me golpea con fuerza el pecho.

—Conduce con cuidado —dice Colton.

—Lo haré. Tú también.

—Descuida.

Podemos seguir así por toda la eternidad, diciendo pequeñas cosas sin sentido para demorar lo inevitable, porque no es en realidad lo que ninguno de los dos quiere. Pero ambos llegamos a nuestras puertas y colocamos las manos en las manijas, como si la decisión ya se hubiera tomado.

Me pongo de puntillas, así que puedo verlo por encima del techo de mi coche, esperando un último momento.

—Buenas noches, Colton —digo.

Me lanza una media sonrisa y un rápido asentimiento.

—Buenas noches.

Luego entra en su furgoneta, cierra la puerta y enciende el motor.

Entro también en mi coche, pongo la llave en la cerradura, pero no la giro. Miro por el espejo retrovisor y veo que Colton me lanza una última mirada. Luego arranca y, por la ventanilla abierta, agita la mano para decir adiós. Y se aleja.

Me siento allí, en la quietud de la noche, hasta que no puedo oír el ruido de su furgoneta, y entonces pienso en la palabra que he repetido en mi mente tantas veces: «Regresa».

Palabra que era una súplica para Trent.

«Regresa.»

Palabra que sé que pedía lo imposible.

«Regresa.»

Hoy la susurro: al sol que se pone sobre el océano, a la marea que se lleva los momentos que Colton y yo compartimos en el mar. A Colton Thomas.

El corazón es una carne dura, que no resulta fácil lesionar. En dureza, tensión, fuerza general y resistencia a las heridas, las fibras del corazón sobrepasan por mucho a todas las demás, porque ningún otro instrumento realiza un trabajo tan pesado y continuo como el corazón... Agrandándose cuando desea atraer lo que es útil, abrazando su contenido cuando es hora de disfrutar de lo que se ha atraído, y contrayéndose cuando desea expeler los residuos.

GALENO, médico del siglo II  
«Sobre la utilidad de las partes del cuerpo»

Lo primero que veo al llegar a casa es el automóvil de Ryan, en el camino de la entrada. Por un momento, me preocupa que algo le haya pasado a mi padre; pero entonces lo veo cuando da la vuelta en la esquina de la casa, con la manguera del jardín en la mano. Salgo del coche aliviada pero confundida.

—¡Aquí está mi niña! —dice mi padre, enrollando la manguera mientras llego al pórtico. Me ve y pone cara de sorpresa—. Estás brillando... Eso o te has quemado mucho con el sol.

Miro mis brazos, están enrojecidos.

—He perdido la noción del tiempo. Que...

—¿Te lo has pasado bien en la playa?

La culpa por la media verdad que expresé en mi nota me pica alrededor del pecho, y trato de no empeorarla al agregar algo.

—¡Sí! —Mi voz es más aguda de lo que pretendía, pero parece que él no se da cuenta de eso.

—Es estupendo. —Sonríe y me abraza por encima de los hombros—. Es bueno verte salir y que disfrutes del momento —dice. Me besa en la parte superior de la cabeza; luego se fija en mi labio—. ¿Lo has arreglado todo con el conductor del otro coche?

Miro la arena que aún permanece sobre el empuje de mis pies.

—Sí. En realidad ha sido muy amable. Ha dicho que su coche apenas había recibido daños y que no necesitábamos llamar al seguro ni nada, así que todo está bien.

Mi padre me mira con cara de sospecha.

—¿Lo has puesto eso por escrito? Porque la gente dice esas cosas, y luego se da la vuelta y te demanda.

Niego con la cabeza.

—Él no es así. Sólo es un muchacho de la playa, y la furgoneta estaba un poco vieja, de todos modos. En realidad, no fue gran cosa.

Mi padre eleva una ceja sin preocuparse por esconder una sonrisa.

—Un chico de la playa, ¿eh? ¿Guapo?

—No —digo de inmediato—. No lo era.

—Oh, entonces ¿poco atractivo?

Lo golpeo en el hombro.

—No, no lo es... Por cierto, ¿qué está haciendo Ryan en casa? Pensaba que iba en un avión, rumbo a Europa.

—He visto lo que acabas de hacer. No tenemos que hablar del muchacho de la playa que no es poco atractivo. —Me guiña un ojo—. En cuanto a tu hermana, no sé lo que pasa con ella. Ha llegado hace un rato. No ha dicho mucho.

—¿Han roto?

Él asiente.

—Supongo.

—Éste puede ser un verano muy largo —digo, mirando la casa.

—Sí, puede serlo.

Cualquiera que conozca a mi hermana lo comprendería. Pero la mayoría en realidad no la conoce; sólo ve la versión que ella quiere que se sepa. Ella es la muchacha a la que todos se dan la vuelta para ver cuando entra en algún lugar, y la que entra como si todos debieran verla. En sus mejores momentos, es el alma de la fiesta. El tipo de persona que puede ganarse a cualquiera con su ingenio y su energía naturales. Pero, en sus peores momentos, tiene la capacidad de acabar con la fiesta. Probablemente ahora estará en uno de estos momentos bajos, si una ruptura es la razón por la que no se ha ido de viaje por Europa, el que tardó dos años en planear y conseguir los ahorros necesarios. Lo he visto muchas veces.

Respiro hondo y echo los hombros hacia atrás.

—Gracias por el aviso.

Mi padre se ríe.

—Vamos a saludar... Se alegrará de verte.

Me acerco a la puerta, y él tiene una maliciosa expresión en la cara.

—Pero no digas nada del aro en la nariz..., ni de su pelo.

—¿Qué?

—Ya lo verás.

—Dios mío, Ryan, ¿qué te has hecho en el pelo?

Mi hermana deja de picar y levanta la mano que todavía sujeta el cuchillo.

—Nada —dice.

Me quedo allí parada, con la boca abierta, mirándole el pelo: ella siempre había llevado la melena larga y ondulada, que le caía sobre la espalda; ahora lleva un corte «bob» angular, asimétrico, a la altura de la barbilla por un lado y rasurado por detrás. Definitivamente, un pelo rompedor. Acentuado por un pequeño pendiente en forma de diamante en el lado derecho de la nariz.

Ella trata de poner cara seria, pero una sonrisa le asoma por la comisura de los labios, y entonces no puede contenerse.

—¡Estoy bromeando! —Me lanza una amplia sonrisa, la que puede lograr que cualquier persona haga lo que sea por ella, y deja el cuchillo en la mesa. Se golpea la nuca y el cuello, como si se tratara de una nueva sensación—. ¿No te parece adorable?

—¡Por supuesto! —digo, mientras trato de expresar su mismo entusiasmo, pero es imposible. Estoy mirando, sé qué estoy mirando, pero no puedo evitarlo—. Sólo que es tan... diferente —digo—, pero te queda muy bien.

En verdad, estoy siendo honesta. El corte de pelo muestra la graciosa curva de su cuello, y el pequeño diamante resalta perfectamente su bonita nariz. Se ve guapa y dura al mismo tiempo, lo que supongo que es su objetivo.

—Gracias —dice, acercándose y atrayéndome para darme un fuerte abrazo. Huele a la albahaca fresca que estaba picando, y a la misma loción perfumada de Body Shop que ha usado

siempre, y que yo le he robado desde que tengo memoria, y me hace sentir feliz. Por lo menos tiene el mismo olor.

—Es algo estereotipado, lo sé, pero me encanta. Necesitaba cambiar.

—Así que tú y Ethan... Lo siento.

—No te preocupes —dice, soltándose del cálido abrazo—. Ya me había cansado de ser la chica soñada de un hada maniaca, y estoy segura de que no lo iba a seguir por Europa para que él estuviera contento con la vida.

—¿Que ibas a ser su qué? —pregunto.

Es difícil imaginarla siguiendo a alguien, o siendo algo que ella no quiere ser.

—La chica soñada de un hada maniaca —dice, poniendo rectos sus pequeños hombros—. Es este tropo femenino totalmente sexista que analizamos en mi clase de Estudios de la Mujer este semestre, y me abrió los ojos por completo al hecho de que todo este tiempo había sido exactamente eso para Ethan. En realidad, creo que tal vez he sido eso para todos mis novios. — Ella regresa a la isla central de la cocina y empieza a picar de nuevo. Con un añadido tono de venganza.

—¿Has sido su qué? —No estoy segura de saber lo que es un tropo, pero ella parece fastidiada con eso.

Suspira, como si yo estuviera probando su paciencia un poco más allá de su límite. O como si hubiera mucho que yo necesitara aprender.

—Sólo una idea de una chica, ¿sabes?; ¿la muchacha bonita y rara que entra en escena y le muestra al muchacho sensible y ligeramente alejado del mundo cómo vivir y disfrutar de la vida? Esa chica.

Por la manera en que lo dice, me doy cuenta de que piensa que es algo malo, así que evito señalarle la ironía de que justo ahora, mientras pica enloquecidamente la albahaca, con su nuevo corte de pelo, el pequeño diamante en la nariz, las botas de combate y los shorts, parece a la vez una maniaca y una pequeña hada.

—Yo sólo era esta idea para él —continúa ella, ondeando el cuchillo mientras habla—, y ahora ya no lo soy. —Coloca la tabla de cortar sobre el borde de un tazón grande y usa la punta del cuchillo para echar la albahaca pulverizada sobre la ensalada de tomate—. Es mejor así.

Me acerco al tazón y me arriesgo a perder un dedo para coger un tomate cherry.

—Pero ¿qué pasa con tu viaje? ¿Has perdido todo el dinero que has ganado como camarera?

—Probablemente he perdido el dinero del billete de avión, lo que es horrible, pero el resto iban a ser sólo albergues y lugares baratos que encontraríamos una vez que llegáramos allí. Todavía me queda mucho. —Ella hace una pausa—. Encontraré otro lugar para ir sola. Tal vez Marruecos. Nadaré en el agua de color turquesa e iré en autobús de pueblo a pueblo con los habitantes locales, compraré joyas baratas en mercados al aire libre, me emborracharé con extrañas bebidas extranjeras y besaré a hermosos muchachos que hablan inglés a medias y que me quieran complacer. —Da vueltas al molinillo de pimienta sobre el plato—. Eso, o relleno la solicitud para estudiar un año en el extranjero, en esa escuela de arte a la que quería ir en Italia.

—¿Cuánto te cuesta llevar a una vieja contigo? A cualquiera de los dos lugares —dice la abuela desde la puerta de la cocina.

Me pregunto, sobre todo por el bien de Ryan, cuánto tiempo ha estado ella escuchando.

—¡Abueeeeeeela! —chilla mi hermana, y se precipita sobre nuestra abuela, aplastándola con el mismo fuerte abrazo que me ha dado unos minutos antes.

Al mirarlas, puedo confirmar lo que todos siempre han dicho. Son como dos gotas de agua, sólo que separadas por sesenta años. Es una cualidad que no puedo identificar con precisión, una



confianza en el modo en que se desenvuelven, con naturalidad. Pero debe de saltarse algunos de los genes de la familia, porque mi madre carece de ella, y yo también.

La abuela se aparta del abrazo y recorre con la vista la última encarnación de Ryan.

—Dime la verdad, abuela. ¿Qué te parece?

Ella saca su pequeño pecho, cómoda y hasta un poco orgullosa de que se la juzgue.

La abuela la mira de arriba abajo una vez más.

—Sensacional. Me gusta. Excepto por esa cosita en tu nariz. Parece como si necesitaras un pañuelo.

Si cualquier otra persona en el mundo hubiera dicho eso a mi hermana, la habría puesto furiosa. Pero, como es la abuela, Ryan estalla en risas, que llenan la cocina, y nos resulta imposible no unirnos a ella.

Luego la abuela se da la vuelta, rodea la isla central de la cocina, se me acerca y pone una mano, ligera pero endurecida por la jardinería, sobre mi mejilla.

—¿Y cómo estás tú, querida? Veo que también tienes un nuevo aspecto.

Miro mi vestido de playa y las sandalias.

—He ido a la playa —le digo con orgullo.

—¿De cacería? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Bueno, te queda bien —señala, mientras con la mirada analiza mi aspecto hasta llegar a los dedos, que aún tienen arena—. Esto: el sol, la arena y el mar.

—Gracias —respondo, un poco nerviosa.

A diferencia de Ryan, yo no me siento cómoda cuando me miran tan de cerca. Tal vez porque noto que es así como todos lo han hecho desde la muerte de Trent. Y porque justo ahora siento como si la abuela pudiera ver a través de mis quemaduras de sol.

—He ido a montar en kayak —agrego—. He tomado una clase.

«¿Qué estoy diciendo?», pienso.

—¿De veras? —Ryan alza una ceja mientras me entrega una mazorca de maíz.

Me pongo a quitarle las hojas, deseo volver atrás en el tiempo y no haber hecho esta confesión involuntaria.

—Eso es maravilloso, dulzura —dice la abuela, usando un tono mucho más delicado conmigo del que ha usado con mi hermana. Como si yo fuera más frágil que ella. Me da una palmada suave en la mejilla—. Si te ha gustado, debes seguir haciéndolo. Sal a ese océano y disfruta del sol, nada en el mar y respira ese aire puro. Eso es lo que siempre digo.

—Eso es de Emerson, abuela. Estaba en la tarjeta de cumpleaños que te envié el mes pasado —dice Ryan, esparciendo aceite de oliva sobre la ensalada *caprese*. Sólo ella podría atreverse a desafiar a la abuela.

—Grandes sabios entonces, Emerson y yo —dice la abuela. Abre la nevera, saca una botella de vino blanco y se vuelve hacia mí—. De todos modos, muñeca, estoy encantada de ver que estás haciendo algo así. Creo que merece una pequeña celebración, de verdad.

Pone la botella bajo el sacacorchos y la descorcha con un sonido sordo, en el momento esperado. Luego coge un vaso de la vitrina y lo llena más allá de lo que la mayoría consideraría aceptable.

Ryan se ríe.

—¿Qué? No tiene sentido volver a llenarlo dentro de cinco minutos —dice con un guiño—. Soy vieja. Me he ganado el derecho de sentarme y disfrutar de un vaso de vino con mis dos hermosas nietas.

Es todo lo que necesita Ryan para considerarse invitada. Coge dos vasos más y en el suyo se sirve vino. Se termina la botella. Le lanzo una mirada que hace reír a la abuela.

—¿Qué? —pregunta Ryan—. Es lo que estaría haciendo en Europa ahora mismo.

La abuela levanta su vaso y lo choca contra el de Ryan. Yo cojo una botella de agua mineral de la nevera y lleno mi vaso.

—Por los nuevos inicios —dice mi hermana, y eleva su vaso hacia mí, dándome la clara impresión de que ella no está hablando sólo de sí misma.

—Por los nuevos inicios —repite la abuela.

Una pequeña oleada de culpa recorre mi cuerpo, y no logro decir ni una palabra, pero me las arreglo para brindar con ellas. Entre el suave sonido del cristal al chocar contra los vasos y la luz de la noche que se cuelga por la ventana de la cocina, hay algo reconfortante y esperanzador en esas palabras. Bebo un pequeño sorbo antes de bajar mi vaso.

La abuela me da una palmada en el trasero.

—Ahora ve a arreglarte para la cena. No quiero meterme en problemas con tu madre. Ella ya me echa la culpa por la manera en que ésta ha terminado.

Ryan sólo sonrío y toma otro sorbo de vino, como si estuviera acostumbrada a hacerlo todos los días.

—Bien —digo, tratando de sonar molesta, pero estar con ella me hace feliz—. Por cierto, ¿dónde está mamá?

—Ella me ha dejado aquí y luego se ha ido a ese mercado orgánico para gente con ideas alternativas, donde paga tres veces más que en la tienda común por carne alimentada con hierba, masajeadas, bendecidas y sana del corazón para alimentarnos a todos.

Ryan y yo nos miramos a los ojos: la abuela ha dicho «alternativa».

—Mercados de moda para gente con ideas alternativas —dice Ryan con una sonrisita mientras pone la ensalada en el refrigerador.

—Vaya engaño. —La abuela está de acuerdo.

Termino de quitar las hojas a la última mazorca, la pongo en la bandeja y miro a mi alrededor, en busca de otra tarea que me haga pasar más tiempo en la cocina, con ellas dos, porque me doy cuenta justo ahora, en este momento, de cuánto quiero a mi abuela y cuánto he añorado a mi hermana. Tener a Ryan de regreso es como contar con una cantidad de energía diferente en la casa.

—Vamos. —La abuela llama mi atención—. Necesito hablar con tu hermana sobre su liberación del tropo del hada furiosa. —Me da otra palmada, y yo me dirijo a la escalera, sabiendo que quiere pasar unos momentos a solas con Ryan.

A pesar de toda la bravuconería que cada una de ellas muestra, sé exactamente cómo va a terminar. La abuela querrá asegurarse de que Ryan está haciendo lo correcto, y ella hará que sea directa. Ryan se enfadará con la abuela, si necesita hacerlo, y luego volverán a formar un frente común sólido. Así ha sido desde que los abuelos murieron, cuando yo tenía siete años y Ryan nueve.

Ninguna de las dos había visto antes a la abuela tan completamente perturbada, y mucho menos paralizada y callada. Ella siempre estaba moviéndose, y aún lo está, siempre activa, siempre haciendo algo. Pero cuando mi abuelo murió, ella se detuvo, yo no lo entendí en ese momento; pero ahora he conocido ese sentimiento durante demasiado tiempo.

Cuando le sucedió a la abuela, yo rodeaba cualquier habitación en que ella se encontraba, mientras mi madre se encargaba de todos los detalles necesarios, un día tras otro. Yo no sabía qué otra cosa hacer. Pero, después de unas semanas, un día Ryan se acercó con determinación a la

abuela, que estaba sentada en la silla en que al parecer había permanecido inmóvil desde el funeral, puso las manos en sus caderas y le dio una orden a la abuela:

—¡Levántate!

De alguna manera, estas palabras sacaron a la abuela de su parálisis, inducida por el dolor, y desde entonces las dos han tenido esta comprensión y esta dureza con la otra. Yo deseaba que también lo hubieran probado conmigo. En cambio, cuando Trent murió, todos anduvieron de puntillas a mi alrededor, y me mimaban y actuaban como si estuviera hecha de cristal. Sin embargo, no tenían que preocuparse de que me rompiera, porque ya había quedado destrozada por todo el suelo, como el pequeño polvo que se escapa de la limpieza y vuelve a salir de la nada, igual que cositas invisibles que te sorprenden cuando menos lo esperas.

Me detengo en los primeros escalones, con la esperanza de oír algunas de las palabras que intercambian Ryan y la abuela, pero ellas ahora susurran; de modo que me doy por vencida y voy a ducharme. Con la puerta cerrada y el grifo abierto, me saco el vestido por la cabeza y me quedo en biquini. Me miro en el espejo, que ya está lleno de vapor en las esquinas. Busco aquello en lo que se ha fijado mi abuela y pienso que casi puedo verlo: algo diferente, del aire fresco, el océano y..., y tal vez también Colton Thomas.

Mi oscuro pelo cae en ondas, suelto, sobre hombros y pecho, ambos de un rojo profundo que sé que se desvanecerá mañana, para quedar bronceados. Me acerco al espejo y puedo ver que tengo un nuevo brote de pequeñas pecas sobre la parte superior de las mejillas y la nariz. Le sonrío a mi reflejo antes de que se desvanezca detrás del vaho. He tenido un buen día. Por primera vez en mucho tiempo, lo he tenido de verdad, y es la razón por la que casi no quiero bañarme esta noche. Me gusta la sensación de la sal y la arena sobre mi piel, como un recordatorio de que allí afuera hay un mundo entero que está vivo y sigue adelante. Y que hoy he sido parte de él una vez más.

La mano no puede ejecutar nada más elevado de lo que el corazón puede imaginar.

RALPH WALDO EMERSON

—¿Y qué nos cuentas de tu lección de kayak? —pregunta Ryan alegremente mientras pasa un plato lleno de maíz envuelto en papel aluminio.

Siento que las orejas de mi madre se afilan, y le lanzo a Ryan una mirada de desaprobación.

—¿Qué? —pregunta ella inocentemente. Pero hay un pequeño resplandor en sus ojos que me pide que responda—. Creo que es asombroso que hayas hecho eso.

«Y tú no quieres hablar de Ethan o de por qué estás aquí ahora», pienso.

—¿Cómo dices? —pregunta mi madre como si no hubiera oído bien a Ryan—. ¿Has montado en kayak hoy? —Me mira confundida. Y con razón. Esto es demasiado inesperado—. ¿Tiene algo que ver contigo? —pregunta dirigiéndose a la abuela—. ¿Es algo del Sombrero Rojo? —La abuela niega con la cabeza, y mi madre vuelve a mirarme, todavía más confundida—. ¿Con quién has ido?

Paso el plato de maíz y Ryan me da el de carne del mercado para gente con ideas alternativas. Trato de que todo suene desenfadado:

—He ido sola, con mi alma. La abuela y yo hablamos ayer de hacer algo así, de modo que hoy tan sólo... lo he hecho. Como un capricho —agrego, tratando de decirlo como lo haría Ryan, con la suficiente resolución y confianza para que nadie lo cuestione, sin importar el hecho de que navegar en kayak no es algo en lo que hubiera mostrado interés alguno jamás. Mi madre solía captar esos detalles, pero, desde que tiene miedo de que mi padre sufra un infarto cerebral, ella se ha mostrado poco astuta con ese tipo de cosas.

O funciona o es una historia que todos quieren creer, porque entonces viene una serie de preguntas, como si regresara de dar la vuelta al mundo, y no de una lección de kayak en la costa. Todos hablan al mismo tiempo, se pasan la comida y se sirven. Todos, excepto la abuela, que se sienta con una sonrisa burlona mientras observa el interrogatorio.

Papá: ¿Te lo has pasado bien?

Mamá: No te habrás mojado los puntos, ¿verdad?

Ryan: ¿Tu instructor era un hombre?

Papá: ¿Adónde habéis ido?

Mamá: Se te puede infectar.

Ryan: ¿Era guapo? ¿Soltero?

—Eh —digo, una vez que he contestado a todas sus preguntas—. Sólo ha sido una lección de kayak.

Suena como si estuviera irritada, y sé que estoy enfadada conmigo por estirar la verdad y omitir un detalle extremadamente importante de esta historia. ¿Por qué he tenido que decir algo?

Mi madre alisa su servilleta sobre las piernas.

—Lo siento, cariño. Creo que sólo estamos felices por escuchar que has disfrutado del día. Es excitante —dice con una sonrisa y una ligera elevación de hombros.

Sé que tiene razón y lamento que vestirme y salir de casa sea ahora un motivo de celebración.

—No es gran cosa —declaro, más a mi plato que a ella, como si no supiera que mis padres me observan todos los días para ver cuándo empiezo a salir adelante.

La abuela interviene.

—Lo que tu madre está tratando de decir, dejando la palabrería a un lado, es que estamos felices de ver que estás empezando a...

—¿Superarlo? —termino con la que es su palabra favorita.

—Exacto —dice, dejando el tenedor en la mesa—. Así que mi pregunta para ti, Quinn, ahora que se han terminado las preguntas del público poco conocedor, es si has pensado en ir de nuevo. Creo que deberías hacerlo si sabes lo que te conviene. Soy lo suficientemente vieja como para saberlo. Golpea mientras el hierro está al rojo vivo.

—O el instructor de kayak —agrega Ryan por lo bajo.

—¡Ryan! —la regaña mi madre.

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. No he hecho planes todavía. —Me quedo callada y por un momento me imagino deteniendo el coche enfrente del local de Colton, entrando en la tienda y diciéndole que me gustaría pasar otro día con él—. Tal vez —agrego, y decirlo en voz alta me hace ponerme nerviosa.

—Oh, no me salgas con esa tontería de quizá —dice la abuela. Ella toma un sorbo, con el meñique levantado, de su vaso de vino y asiente mientras se lo pasa—. Hazlo mañana o nunca lo harás.

Mi madre le lanza una mirada a mi padre que significa que ella tiene la misma opinión que la abuela; sin embargo, me gusta. Es como si la abuela pensara que finalmente puedo manejar un poco de amor difícil.

—Tiene razón —dice Ryan—. ¿Por qué no?

«¿Por qué no?», me pregunto.

Oigo a Colton diciendo esas mismas palabras en la cafetería, y puedo pensar en muchas razones por las que definitivamente no debo hacerlo. Pero se está volviendo cada vez más difícil sostenerlas, sobre todo con las reacciones de mi familia.

—¿Qué piensas? —pregunta mi madre—. ¿Por qué no te das otra oportunidad? Todos tenemos cosas que hacer mañana, y será mucho mejor que quedarte en casa, tú sola, pasando horas en el ordenador, buscando...

«Buscando a ese receptor del corazón», pienso.

Todo queda en silencio por un momento, y me pregunto qué pensarían si en realidad lo supieran. Si supieran lo que están animándome a hacer.

—Sería mi regalo —dice mi padre. Eleva su cerveza como si estuviera haciendo un brindis.

Miro a mi familia y reconozco la esperanza en sus rostros. Como si esto fuera lo que finalmente pudiera sacarme de donde he estado. Y, por supuesto, no puedo decir que no.

—Está bien, está bien, lo haré de nuevo —digo, y sueno más convencida de lo que lo estoy.

No estoy segura de que en realidad vaya a navegar en kayak de nuevo, o que vea a Colton; pero, si eso los hace felices, puedo conducir hasta Shelter Cove y pasar el día en la playa; así creerán que he tomado otra clase.

—¿Mañana? —pregunta la abuela. Ella arquea una sola ceja, dando a entender qué respuesta quiere.

—Mañana.

—No hay más que hablar —dice con una autoridad que nadie desafía.

Y, sin decir palabra, continuamos con la cena. A través de la terraza, vemos que se está haciendo de noche. Los grillos chirrían en el fondo, y todas las velas que mi madre ha puesto fuera parpadean y danzan. Después la conversación se desvía hacia Ryan y sus planes para el verano, ahora que está en casa. Hablan de tratar de hacer que le reembolsen los billetes de avión, la posibilidad de pasar un año en la escuela de arte italiana que tanto la emociona y lo peligroso que puede ser viajar sola por Marruecos. La siguiente revisión médica de nuestro padre. Lo último que ha aprendido mi madre sobre la salud. La próxima reunión de la Sociedad del Sombrero Rojo de la abuela.

No digo mucho, y no parecen notarlo, tal vez porque he permanecido callada durante mucho tiempo, desde lo de Trent. Sin embargo, hoy es diferente. Aquí, con mi familia y sus buenas intenciones, no estoy deseando que regrese. No estoy tratando de revivir el pasado. Hoy me dejo llevar, de vuelta al océano y a un kayak, y a la posibilidad de otro día con Colton. Sé que lo que estoy haciendo es peligroso, pero pienso en lo que he sentido al estar hoy con él, y la verdad es que quiero sentirlo de nuevo.

Después se levantan y lavan los platos, se aparta la comida y llevan a la abuela a su casa. Les digo a mis padres que estoy cansada tras mi gran aventura, y los dejo sentados en la terraza, junto a la piscina, mientras una vela parpadea suavemente junto a los dos vasos de vino, en la mesita, y la noche cae, suave y azul, a nuestro alrededor. Cuando ya estoy dentro de casa, hago una pausa y observo sus siluetas a través de la ventana. Están asintiendo y hablando, y mi padre estira la mano por encima de la mesa para apoyarla sobre el brazo de mi madre. Ella se inclina hacia él y ríe. Verlos juntos de esta forma me trae uno de esos momentos que surgen de la nada.

No puedo recordar la última vez que Trent y yo nos sentamos así. No puedo recordar la última vez que estuvo en nuestra casa para la cena del domingo. Venía casi todos los domingos, así que debió de ser menos de una semana antes de morir. Pero no puedo recordarlo. Todas las noches que pasó en nuestra mesa con nosotros se habían vuelto borrosas, se habían desvanecido. Recuerdo la facilidad con que él charlaba con mis padres, alabando las comidas de mi madre u ofreciéndose a ayudar a mi padre con el cuidado del jardín. La manera en que siempre bromeaba con la abuela sobre las damas del Sombrero Rojo y sus antigüedades, y cómo molestaba a Ryan como si fuera su propia hermana. La forma en que permanecíamos en la terraza, afuera, mucho tiempo después que todos los demás. Con su brazo descansando en el respaldo de mi silla, con mi cabeza en su pecho, nos sentábamos a mirar cómo aparecían las estrellas en el cielo.

Puedo recordar todo eso. Pero no puedo recordar la última vez que estuvo en nuestra casa disfrutando de una cena de domingo.

Lo daría todo ahora mismo para regresar, aunque sólo fuera por unos momentos, para que pudiera prestar más atención. Memorizar cada detalle de él, y de los dos juntos, y guardarlos en mi corazón, donde pudiera mantenerlos a salvo para siempre. Donde ni el tiempo pudiera borrarlos.

Siento mi cuerpo pesado cuando subo la escalera hacia mi cuarto, y todo lo que quiero es echarme en la cama y soñar con Trent; pero dudo cuando llego al piso. Ryan ya está en su habitación, y puedo oír el ahogado ritmo de la música que se escapa, junto con una franja de luz, por debajo de la puerta. De pronto, en comparación, mi cuarto parece demasiado oscuro, demasiado callado. Quiero estar bajo la luz, la energía y la música de la habitación de mi

hermana, como una bienvenida ante la quietud que ha imperado en la mía durante los últimos nueve meses, mientras ella estaba en la universidad.

Llamo con cuidado, como a ella le gustaba. No estoy segura de que deba continuar aplicando las mismas reglas. Ella sigue siendo la misma, pero ha cambiado en algunos aspectos. Ryan tiene un nuevo aire, como si estuviera por encima de la vida que llevaba aquí, lo que supongo que es cierto después de estar lejos.

—¡Adelante! —grita desde el otro lado de la puerta.

La abro apenas lo suficiente para asomar la cabeza.

—Eh —digo; me doy cuenta de que en realidad no tengo una razón concreta para estar aquí.

—Eh —repite, lanzándome una mirada divertida—. Pasa. ¿Qué hay de nuevo?

Abro más la puerta, pero permanezco en la entrada, sintiéndome todavía un poco insegura.

—No sé, sólo... —Sonrío. Trato de pensar en algo más que decir—. Me gusta que estés en casa.

—A mí también —dice, y baja el volumen de la música.

Pasa la mirada sobre mí con cuidado hasta que sus ojos descansan sobre los puntos de sutura en mi labio. Junta las cejas.

—¿Cómo estás? Pero de verdad. No como le responderías a mamá, sino cómo estás en realidad.

Da una palmada a la cama, junto a ella, y me doy cuenta de que es exactamente lo que estaba esperando desde que he llamado a su puerta. Doy un paso y cierro la puerta hasta que oigo el golpecito de la cerradura.

Quiero hablarle sobre lo que he hecho hoy, sobre Colton, la cueva y la sensación de estar en el océano. La sensación de estar con él. Pero no sé si debo; ella hará preguntas, demasiadas, y no quiero tener que mentirle para responderlas. No digo ni una palabra.

Ella aparta una pila de revistas que estaban en la cama, para hacerme sitio.

—Siéntate, vamos a hablar.

Me siento.

—Estoy bien —digo, aunque no sueno convencida.

—¿De veras? —pregunta ella llanamente—. Todavía tienes fotos tuyas con Trent en tu cuarto.

Ahí está. Ese tono directo que deseaba antes que usara conmigo. Me echo hacia atrás. Me levanto para irme.

—¿Qué hacías en mi cuarto? —Me sorprendo de lo incómoda que me hace sentir de pronto.

—Espera. —Coloca con firmeza la mano sobre mi hombro—. No te pongas así..., sólo me asomé cuando llegué aquí, y vi que estaban en el armario, eso es todo.

Me vuelvo a sentar en la esquina de la cama, dándole la espalda. La cama se desplaza con su peso, y sus brazos me rodean los hombros.

—Es como una cápsula del tiempo. Una cápsula triste.

No respondo.

—Tal vez —dice con gentileza—, tal vez es hora de...

Las lágrimas afloran en mis ojos, calientes y furiosas, y me doy la vuelta para verla de frente.

—¿De qué? ¿De quitarlas y actuar como si él nunca hubiera existido?

—No —dice, más firme ahora que amable. Estira el brazo para poner una mano sobre la mía, pero yo la aparto—. Eso no es lo que quería decir —suspira—. Sólo que..., ¿no te pone triste mirarlas todo el tiempo?

Me seco los ojos, odiando que todavía, después de tanto tiempo, las lágrimas broten con tanta facilidad.

—No son las fotos lo que me pone triste.

Es que, sin ellas, todos esos pequeños detalles acerca de Trent empezarán a desvanecerse.

—Lo sé. Créeme, Quinn, todos lo queríamos, y todos lo echamos de menos todavía. Sé que lo hacemos de un modo diferente a como lo extrañas tú, pero creo... —Hace una pausa, y me doy cuenta de que está tratando de elegir sus palabras con cuidado—. Creo que tú misma te estás poniendo barreras para superarlo. De veras. Mamá me contó lo de las cartas y las reuniones con los receptores, y que estás buscando al muchacho del corazón. Ella está preocupada de que te hayas apegado demasiado a eso, a encontrarlo, y parece... que tal vez lo que necesitas es dejarlo ir un poco.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza y puedo sentir que mis hombros se hundan. Ella ahora se mueve enfrente de mí, así que tengo que mirarla.

—Encontrar al tipo que tiene el corazón de Trent no lo va a traer de regreso. Y tampoco actuar como si estuvieras muerta.

La rabia me invade, caliente y punzante.

—¿Crees que no lo sé? —Ella no responde, sólo aprieta los labios, como si no supiera qué decirme. Como si ahora yo también fuera diferente—. Lo sé —digo con más suavidad, sintiéndome de pronto insegura porque veo a Colton parado allí, en el escalón de la entrada, con el girasol en la mano. Pienso en lo fácil y cómodo que es estar con él, y de repente me hace poner en duda mis propios sentimientos. Me hace preguntarme por qué me siento tan atraída hacia él.

Miro mis manos que se retuercen sobre las piernas.

—No estoy tratando de hacer que regrese. Sólo trato de...

Miro las revistas dispersas por la cama y pienso en cómo explicar lo que quiero decir, lo que en realidad estaba tratando de hacer al ponerme en contacto con la gente a la que Trent ayudó, aunque no estoy segura de que lo sepa aún. Pensaba que era para poner un punto final. Pero esto, con Colton, es diferente.

Hago a un lado la idea y veo una fotografía de una playa de arena blanca.

—¿Qué es todo esto? —Señalo el montón de revistas sobre su cama, como un modo de cambiar el tema.

Hay páginas arrancadas: fotos de playas, ciudades de aspecto exótico, un jardín japonés, un museo de arte, un lago como un espejo que refleja las montañas y el cielo que lo rodean. Hay palabras recortadas, de todos los tamaños y tipos de letra: «Crea, sé audaz, vive libre...».

—Es para un tablero de visión —dice, tal vez tan aliviada como yo de cambiar el tema.

—¿Qué es un tablero de visión? —pregunto, secando la humedad de mis ojos—. ¿Tiene algo que ver con esa cosa del hada maníaca?

Ryan se ríe.

—No, para nada. —Lo piensa bien—. Bueno, tal vez un poco. Es una herramienta *inspiracional*. Una manera de visualizar lo que quieres, de modo que te sea más fácil concentrarte en ello. —Busca entre una pila de recortes—. Tú eliges imágenes o palabras de cosas que quieres hacer, o ser, o tener, o cosas que te inspiran, y las pones donde las puedas ver todos los días, para que te lo recuerden y para que sigas avanzando hasta que lo logres.

Se queda callada, y estoy segura de que está pensando en las fotos que tengo en mi cuarto, las fotos de Trent que miro todos los días. Fotografías de cosas que ya no puedo tener porque sólo existen en mi pasado.

—¿También aprendiste eso en tus clases de Estudio de las Mujeres? —pregunto, sin querer que regresemos a nuestra conversación anterior.

Ella se ríe.



—No. De mi compañera de cuarto, que adora el New Age. Ella en realidad está metida hasta el fondo en esas cosas. Mira —dice, y me entrega una revista con una portada de un paisaje bañado por el sol—. Deberías hacer uno. Empieza con éste. Viajar es más fácil. Encuentra un lugar hermoso al que te gustaría ir y recórtalo.

Cuando lo dice, lo primero en lo que pienso es en el interior de la cueva de hoy, con el reflejo del agua bailando a nuestro alrededor. Y Colton sentado a mi lado. Quiero regresar allí. Dudo que pueda encontrar una fotografía que llegue a ser tan hermosa; pero, de todos modos, cojo la revista y Ryan se echa hacia atrás con las suyas, y hojeamos nuestras revistas sin decir nada más.

Ella coge un bote de helado con galletas, come un poco y me lo pasa.

—Come. Te has quedado muy delgada, y el pastel sin gluten y sin azúcar que hace mamá ya no puede tomarse como un postre.

Me río.

—Por Dios, no tienes ni idea de las cosas que hemos comido desde que te fuiste —digo, escarbando en el centro, donde están todas las galletas.

—Bueno, come. —Sonríe. Ella coge otra revista—. Y luego me lo devuelves.

No puedo recordar la última vez que nos sentamos juntas así. Me gusta estar en su cuarto, compartiendo la cuchara y un bote de helado, y hojear revistas. Me siento normal.

Veo de reojo a Ryan, que está ocupada recortando fotos y palabras, segura de sí misma como siempre. Concentrada en ver su futuro en lugar de su pasado. Justo entonces deseo hacerle una fotografía y ponerla como inspiración para hacer lo mismo.

Paso las páginas de la primera revista distraídamente, sin saber por dónde empezar. En realidad, no he pensado mucho en el futuro durante los últimos cuatrocientos dos días. Y, de todos modos, las cosas que solía querer parecen insignificantes y lejanas ahora. De haber estado aquí antes, sentada en la cama de Ryan, probablemente habría arrancado fotografías de cómo quería que fuera mi vestido de graduación, de la universidad a la que Trent y yo queríamos ir juntos, de un anillo que imaginaba que me daría en algún momento o de la casa que habríamos tenido. Habría hecho un *collage* de la vida que tendríamos juntos. Eso es lo que haces cuando piensas que has encontrado a tu verdadero amor.

Todavía no sé qué se hace cuando lo pierdes. Dejé de correr, no quería ir a la graduación, me aparté de todos nuestros amigos, hasta que me dejaron de llamar. Mis padres me obligaron a ir a la graduación, pero me fui cuando empezó la presentación con diapositivas que hicieron como tributo a Trent. No cumplí con las fechas de presentación de las solicitudes a la universidad, y no me importó. Pasé la mejor parte de los últimos trece meses sola y estancada, una viuda de dieciocho años de edad, y no deseaba hacer planes o esperar el futuro, no me importaba cuánto trataron los demás de sacarme de allí.

Paso las hojas de más revistas, una tras otra. Paso palabras que no me dicen nada y fotografías que no llaman mi atención, o que no considero siquiera como una posibilidad. Hasta que llego a una que hace que me detenga. Observo la imagen, atrapo todos los detalles: agua limpia y luz de un atardecer dorado, arena que parece terciopelo y una botella solitaria en la orilla. El contenido de la botella es lo que me llama la atención. A través de su claro cristal se ve un corazón de color rojo intenso, soplado en vidrio. El sol pasa, brillante, a través de él, de modo que lanza una sombra roja sobre la arena. Nunca he visto algo así. El corazón es hermoso y frágil, y está seguro dentro de la botella, como las viejas notas que supuestamente viajan en la distancia y el tiempo, a través de calmas y tempestades, para finalmente encontrar la orilla. Y para que alguien las encuentre.

El corazón, de media, late ochenta veces por minuto, lo que significa que, en un día, tu corazón latirá aproximadamente cien mil veces. En un año, habrá latido cuarenta y dos millones de veces. Y, en toda una vida, latirá casi tres mil millones de veces. Mientras tanto, está recibiendo sangre y expulsándola a los pulmones y a todo el cuerpo... No descansa. No se cansa. Es persistente en su impulso y su objetivo.

DOCTORA KATHY MAGLIATO

*El corazón importa: recuerdos de una cirujana cardíaca*

—Levántate.

No necesito abrir los ojos para saber que Ryan está junto a mi cama. Me quita las sábanas, y me revuelvo para recuperarlas.

—¿Estás loca? ¿Qué hora es?

—Las seis —dice—. Hoy hará calor temprano, así que levántate. Vamos a salir a correr.

Bizqueo para verla, ya con su ropa deportiva, bajo la pálida luz de la mañana.

—¿En serio?

—En serio.

—No tengo zapatillas para correr —digo, estirando la mano para buscar las sábanas.

—¿De veras? —Ryan cruza mi cuarto, abre la puerta del armario y se pone de puntillas para llegar al fondo, donde están apiladas todas las zapatillas deportivas de marca Saucony que he tenido. Los zapatos empiezan a volar, uno tras otro, aterrizando en la alfombra con un golpe seco.

—Estoy segura de que un par de éstos te irán bien —dice.

Luego saca unos shorts, una camiseta y un sujetador deportivo. Enseguida, mi hermana cruza la habitación, aparta las cortinas y abre la ventana, dejando entrar el aire frío de la mañana. Hace una pausa para respirar y luego me sonrío.

—Vamos. Levántate..., te sentará bien. Papá está esperando.

Luego sale del cuarto: su manera favorita de terminar una discusión.

«¿Papá está esperando?», me pregunto. Él lleva más tiempo sin correr que yo. Más de cuatrocientos tres días. El número surge en mi mente automáticamente, pero no sin su peso habitual. Hoy se siente diferente porque ayer fue diferente.

Estiro los brazos por encima de mi cabeza, haciendo una pequeña mueca ante el inesperado dolor en los hombros. Y luego todo regresa a mí: el kayak con Colton, la luz del sol, el agua, el saludo con la mano cuando se aleja hacia su furgoneta. La sensación de vacío que ese adiós dejó en mí. Y después la charla durante la cena con mi familia acerca de que regresara hoy.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche, y el sonido me asusta. Estiro la mano para cogerlo, esperando que sea él y diciéndome al mismo tiempo que no lo espere, que no sea ridícula. Pero, cuando miro la pantalla, es un mensaje de un número que reconozco. Me congelo. Lo observo hasta que vuelve a vibrar en mi mano y entonces lo abro.

Estaba pensando. Ayer fue un día estupendo, pero te apuesto a que hoy podría ser mejor. ¿Qué te parece?

Sonríó, y mi primera idea es que ya lo es. Llega otro mensaje:

Voy a trabajar en la tienda por la mañana, pero tal vez podríamos vernos más tarde.

Leo las palabras una y otra vez, tratando de pensar en una respuesta.

—¡Quinn! —Ryan asoma la cabeza por mi puerta, y salto de nuevo, sin saber qué hacer con el teléfono en la mano—. ¿Qué estás haciendo? Vámonos.

Pongo el teléfono de nuevo en la mesita.

—Nada. Sólo estaba apagando la alarma.

—Bueno, vamos, levántate. Te estamos esperando.

Sé que no se va a ir hasta que yo salga de la cama, así que lo hago. La respuesta a los mensajes de Colton tendrá que esperar, porque mi hermana no lo hará.

Cuando bajo la escalera, veo a mi madre en la cocina, vestida para el trabajo.

—Buenos días —dice alegremente, dejando su zumo verde y estirando los brazos hacia mí.

—Buenos días —respondo.

Me muevo un poco y le doy un rápido abrazo. Ella me besa en la parte superior de la cabeza.

—Me gusta verte levantada. Y vestida. Tu papá se va a poner contento. Será su primera carrera en años. —Puedo ver el esfuerzo para contenerse de lo complacida que esto la hace sentir. Nunca fue una corredora, sino una animadora, y se la ve alegre, de vuelta a su antiguo papel—. Te están esperando afuera —dice—. Yo entro a trabajar temprano y regresaré alrededor de las cinco. Que tengáis un buen día, ¡y divertíos corriendo y montando en kayak! —Me da otro beso en la cabeza y me aprieta el brazo. Puedo sentir esperanza en esto.

—¡Quinn! —grita Ryan desde fuera—. ¿Vienes o no?

No respondo, sólo me dirijo al pórtico, donde mi hermana y mi padre están esperando. Ella tiene una pierna subida en la baranda y se estira, tocando la punta de la zapatilla con facilidad.

Mi padre se ríe cuando me ve.

—Buenos días, cariño. Parece que los poderes de persuasión de tu hermana también funcionaron contigo, ¿eh? —Le da un tirón a mi cola de caballo.

—Algo así. —Sacudo las piernas y me estiro un poco.

Mi padre me mira, luego a Ryan y entonces pasa un brazo sobre cada una de nosotras, acercándonos a él para darnos un fuerte abrazo, como solía hacerlo cuando éramos más pequeñas, juntando tanto nuestras mejillas hasta que casi se aplastan.

—Esto es un regalo para mí, ¿sabéis? Como en los viejos tiempos. Excepto que ahora las dos me tendréis que esperar. He salido a caminar con mamá, pero ni siquiera quiero pensar en el tiempo que ha pasado desde la última vez que corrí.

Yo sé exactamente cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que corrí, pero no quiero pensar en eso. En cambio, regreso más atrás, a antes de conocer a Trent, hasta cuando Ryan y yo empezamos a correr con nuestro padre. Ella tenía quince años y yo trece, y esas carreras con él eran especiales. Las hacíamos en verano y los fines de semana, cuando él aún tenía tiempo. Nos levantaba y nos hacía salir temprano, sin decirnos nunca adónde íbamos ni cuánto correríamos, pero siempre se aseguraba de que hubiera un destino atractivo. Algo que mostrarnos, como la cima de una colina desde donde podíamos ver todo el océano, un túnel hecho de robles y musgo español colgando, viñedos que se extendían por kilómetros con pequeñas uvas ácidas que arrancábamos al pasar, un camino fuera de ruta donde veríamos venados, pavos salvajes y conejos. Ryan y yo siempre nos enfadábamos por tener que levantarnos tan pronto, pero ambas

adorábamos esas carreras con él y las cosas que nos mostraba.

—No sé, a Quinn le falta un poco de práctica. —Ryan me mira, con una chispa de reto detrás de su sonrisa—. Creo que los dos podríamos finalmente patearle el trasero.

Siento que un viejo fuego empieza a parpadear. Uno competitivo. Ryan y yo corríamos a campo través y en pista, pero yo había integrado el equipo de la escuela como novata, siempre había sido un poco más rápida. La volvía loca, y era una de las cosas que más adoraba de correr. Que era mío. Mi lugar donde brillar cuando ella lo hacía en todo lo demás.

Mi padre niega con la cabeza.

—No necesitamos competir. Sólo iremos despacio y recuperaremos lo que sentíamos. —Me mira a los ojos—. Con algo así, te será más fácil regresar.

Por la manera en que me observa, sé que no se refiere a un regreso físico.

Más de una vez, después de la muerte de Trent, me preguntó si quería salir a correr con él, aunque él ya tampoco corría. Siempre había sido nuestro momento especial, y creo que estaba buscando una manera de reencontrarlo, de saber que yo me sentía bien, porque no habíamos hablado siquiera de esa mañana después del suceso. Él había sido a quien me entregaron los paramédicos y quien me había llevado al hospital, siguiendo a la ambulancia de luces giratorias. Pero, después de ese día, yo me encontraba tan perdida que no podía hablar con él, de la misma manera en que no podía pasar corriendo por ese tramo del camino.

—Está bien, corramos con calma —dice Ryan—. Pero yo escojo la ruta.

—Trato hecho —responde mi padre.

—Bueno. Tengo una idea de adónde quiero ir. —Ella me mira con una sonrisa—. Es un poco difícil pero nada que no puedas hacer.

Respiro profundamente. Espero estar a la altura del reto. Ella baja la escalera deprisa, y mi padre y yo la seguimos. No estoy segura de que mi hermana tenga razón y que yo pueda hacerlo, pero espero que sí. Respiro otra vez mientras mis zapatillas aplastan las hojas en el camino de la entrada. Ryan empieza a trotar de inmediato, igual que mi padre, y entonces no me queda otra opción. Nos movemos con un paso lento de calentamiento que siento torpe, como si mi cuerpo no recordara ya cómo hacerlo.

Ryan hace una pausa, y, por un segundo, me aterroriza la idea de correr por ese tramo del camino, pero ella lo sabe bien y da la vuelta en dirección opuesta. Trotamos en fila india por el estrecho camino, con Ryan al frente, nuestro padre en medio y yo en la retaguardia. Me concentro en poner un pie enfrente del otro, no sólo porque lo necesito para mantener el paso, sino porque, en cuanto empezamos a correr, lo primero en lo que pienso es en Trent. Yo fui la que lo hizo correr. Él era nadador y jugador de polo, no un corredor. Al principio, a veces él iba en bicicleta junto a mí, acompañándome y forzándome a acelerar el paso. No fue hasta el segundo curso que empezó a correr conmigo los fines de semana, porque su entrenador le dijo que necesitaba estar en una mejor condición física, y también porque era otra forma de pasar el tiempo juntos, con los horarios tan apretados que teníamos. Nos veíamos a primera hora, entre nuestras casas, para correr por el pueblo, desayunábamos abundantemente en Lucille's y luego regresábamos caminando a casa, hablando y riendo como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Me detengo porque de pronto me duele el pecho y me quedo sin respiración.

—No creo que pueda.

Mi padre se da la vuelta.

—¿Estás bien?

—No. Yo... creo que necesito regresar.

Ryan se detiene y se da la vuelta. Tiene las mejillas encendidas y está respirando con

dificultad mientras camina de regreso hacia donde estoy. Espero que me dé una orden para seguir corriendo, pero sus ojos se suavizan cuando me ve.

—¿Te encuentras bien? —pregunta—. Sólo es la primera vez que lo vuelves a hacer. No es necesario que regreses.

Mi padre también parece entenderlo.

—Vamos. Hagamos esto juntos. Vamos despacio.

—Sólo concéntrate en respirar —dice Ryan—. Deja que tus piernas hagan el resto.

Ella se vuelve y empieza de nuevo, y esta vez mi padre me hace una señal para que yo vaya delante de él. Doy un paso, luego otro y otro, hasta que caigo en algo parecido a un ritmo, aunque es pesado y falto de práctica. Y, después de unos minutos, vamos a un paso lento pero firme. Ryan me impulsa hacia delante, y el ritmo de un pie frente al otro se vuelve un poco más fácil. Respiro con dificultad, aspiro y espiro, aspiro y espiro, y mi corazón late con fuerza, desacostumbrado a trabajar así. Las piernas me queman al principio, y luego empiezan a cosquillearme mientras la sangre llena y expande los capilares de una manera en que no lo ha hecho durante mucho tiempo. Mi cuerpo empieza a recordar, empieza a regresar. Empieza a despertar de nuevo, como ayer.

Ryan da la vuelta en un sendero de tierra de un solo carril, y de inmediato sé adónde vamos. Miro a mi padre, que viene detrás, y su sonrisa me dice que él también lo ha adivinado.

—¿El riesgo?! —le grito a Ryan—. ¿En la primera carrera que hacemos de vuelta?

—¡Claro! —chilla ella por encima de su hombro—. ¡No tiene sentido dar pasos a medias!

—¿Estás tratando de matarme?! —grito.

—Estoy tratando de hacer lo opuesto —dice—. Ya lo lograste antes.

Los tres recorremos el sendero ondulado entre los robles, en la falda de la colina, donde la sombra crea un ambiente más frío, y hago todo lo que puedo para mantener el paso. A pesar de la dificultad, empiezo a relajarme un poco, dejo de pensar tanto. La mañana tiene el aroma de las plantas, el polvo enfriado por la noche se eleva a nuestro alrededor, y lo aspiro.

Después de un kilómetro, o algo así, de colinas onduladas, el camino da una vuelta abrupta y se convierte en una pendiente inclinada con una serie de zigzags, y lo único en que pienso entonces es en llegar a la cima sin caminar, porque, como todos solíamos decir en el equipo, no se camina cuando se corre. Ryan se mantiene una vuelta delante de mí, así que sólo veo atisbos de su cuerpo mientras asciende por la colina. Detrás de mí, la respiración de mi padre se vuelve más dificultosa, al igual que la mía, y sigo mirando hacia atrás, para ver que esté bien.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto.

—Ahí, más o menos. —Apenas puede respirar—. ¿Y tú?

—Igual.

No decimos nada más porque nuestra atención se centra en subir la colina. Justo cuando pienso que estoy a punto de romper la regla principal del corredor, el camino empieza a nivelarse. Y los árboles se abren para mostrarnos el cielo sin nubes, primero, luego la cima de las otras colinas y finalmente el océano.

Ryan ya está sentada en la roca gigante que es nuestro destino, sonrojada y con aspecto de triunfo. Se para cuando nos ve, se lleva las manos a la boca y lanza un grito triunfal. Mi padre me alcanza y levanta los brazos, como si estuviera cruzando la línea de meta. Yo también lo hago, porque en realidad me parece que es todo un logro.

—Bien hecho —dice Ryan, estirando una mano hacia abajo para ayudarme a trepar a la roca—. Sabía que podríais llegar hasta la cima.

—Yo no —digo, impulsándome para subir.

Mi padre busca una esquina de la roca y se impulsa a sí mismo hacia arriba, y todos estamos

allí en la cima del risco, mirando por encima de los kilómetros que separan nuestras colinas doradas de los azules jaspeados del océano y el cielo.

—Mira —señala mi hermana mientras tratamos de recuperar el aliento—. Parece que está tan lejos, pero en realidad está allí cerca. —Me habla a mí—. Tienes que ver lo que se encuentra enfrente de ti. El bosque y los árboles, y el océano sobre las colinas.

—Dinos más, oh, sabia Ryan —exclama mi padre, aún sin aliento, pero claramente sorprendido—. ¿Cuándo te volviste tan filosófica?

Ryan entorna los ojos y lo empuja con el codo.

—El último trimestre, en filosofía. —Luego se da la vuelta hacia los dos—. O... —Hace una pausa y se mira los pies por un momento, y luego a nuestro padre—. Eso, o hace unos días, cuando Ethan rompió conmigo, en el aeropuerto —dice sin énfasis.

—¿Qué? —No puedo contener la impresión.

—Oh —dice mi padre, haciendo una mueca por ella—. Lo siento, cariño. Eso debe de doler.

—Sí. Pero sólo un día o dos. —Patea una piedra para alejarla de la roca, y la miramos mientras da tumbos por el risco—. Ya lo he asimilado.

—¿De veras? —pregunta él.

—Estoy trabajando en eso.

Yo sigo tratando de entender que alguien haya roto con mi hermana. Nadie nunca había roto con ella.

—Ésa es mi chica —dice mi padre—. Eso es todo lo que puedes hacer. —Le pasa un brazo por los hombros—. De todos modos, nunca me gustó ese muchacho. Era un poco odioso.

Eso la hace reír.

Mi padre le pone una mano en la espalda a Ryan.

—¿Quieres que lo encuentre? ¿Que le baje los humos?

—No, creo que ya lo hice yo. —Una sonrisa se extiende lentamente por su cara.

Él eleva las cejas.

—¿Sí? ¿Qué hiciste?

Puedo ver a mi hermana, furiosa, en medio de un aeropuerto, y las posibilidades son interminables.

—Los detalles en realidad no importan. Basta con decir que algunos hombres amables, con *walkie-talkies*, me escoltaron fuera del área de embarque, y parecían muy preocupados por saber dónde estaba uno de mis zapatos, pero no lo suficiente como para dejar que lo fuera a recoger.

—¿Le lanzaste tu zapato? —pregunto, aunque estoy segura de que lo hizo.

—Entre otras cosas. Mi café del Starbucks, el teléfono móvil... —Se encoge de hombros. Deja escapar el aire—. Prefiero haber descubierto ahora que era un imbécil, antes de llegar a Europa.

—Hiciste bien —dice mi padre—. Vive y aprende.

—Exactamente —dice Ryan, me mira, y sé en cuanto dice las palabras que ya no está hablando de sí misma—. Y entonces lo superas.

Escribe en tu corazón que cada día es el mejor del año. Ningún hombre habrá aprendido correctamente algo hasta que sepa que cada día es el del Juicio Final.

RALPH WALDO EMERSON

No sé cómo responder a los mensajes de Colton. Recorro mi habitación, tengo más energía de la que he tenido en mucho tiempo. Luego cojo el teléfono, me siento en el suelo y los leo de nuevo. ¿Qué le digo? ¿Era en realidad una invitación a salir? ¿Qué hora es «después»?

Necesito ayuda con esto, así que me vuelvo a levantar y cruzo el pasillo hacia el dormitorio de Ryan. Cuando asomo la cabeza, puedo oír el ruido de la ducha, de modo que entro de puntillas. Miro a mi alrededor, a lo que fue una habitación limpia y ordenada hasta hace unos días. Ahora sus bolsas están en el rincón, y de ellas se derraman vestidos y maquillaje. Libros y revistas llenan ambos lados de la cama, y hasta ha sacado todos sus viejos lienzos y los ha apoyado contra la pared, como si fuera una pequeña galería. En cuanto los veo, sé que en realidad está preparando un portfolio para esa escuela de arte.

Miro el ropero, el único lugar limpio, donde ahora descansa contra el espejo el tablero de visión ya completado de Ryan, un *collage* ingenioso, lleno de color, de sus deseos y objetivos. De sus planes para salir adelante. Debió de permanecer despierta toda la noche para terminarlo. Ella tiene ese tipo de concentración maniaca, como si con sólo mantenerse en movimiento, las cosas que le molestan no pudieran alcanzarla. Lo opuesto a mí. Hace que me pregunte si, de no haber estado lejos en la escuela este último año, las cosas habrían sido diferentes para mí. Más parecidas a este día.

En letras grandes, y en negrita, cruzando el tablero de Ryan, están las palabras «nuevos inicios», y debajo de ellas, hay dispersas varias fotografías de lugares a los que ella quiere ir, incluida Italia. Sobre todas esas imágenes hay palabras que suenan como cosas que mi hermana diría: «Piérdete gloriosamente, encuéntrate a ti misma, confía, ama, contén el aliento y salta». Todas las cosas que creo que ella puede hacer de manera natural.

Me acuerdo de la fotografía que encontré, la del corazón en la botella. Metí la revista debajo de la cama, esperando que ella no la encontrara y la recortara. Cuando me agacho y miro, aún está allí. La ducha se cierra, y paso las hojas con rapidez. Veo la página que doblé, opuesta a la imagen del corazón en la botella, y, con la revista en la mano, salgo del cuarto de Ryan. No es que a ella le importe. Probablemente me enviaría con la pila de revistas a terminar mi propio tablero. Pero algo de esta imagen en particular hace que la quiera conservar para mí sola.

En mi cuarto me siento sobre la alfombra. Abro la revista por aquella página y recorto la imagen con cuidado, manteniéndola allí un momento. No estoy segura de lo que representa para mí..., sólo que es algo que necesito.

Voy al espejo de mi armario, donde las fotografías mías con Trent están metidas en los bordes, y el girasol seco del día que nos conocimos cuelga de la esquina superior. No quito nada

de eso, como Ryan pretende que haga. No estoy lista para hacerlo, todavía no.

En cambio, deslizo la fotografía entre el espejo y su marco. Al frente y al centro. Y luego dejo que mis ojos caigan sobre el girasol que Colton me dio hace apenas dos días. Está arriba de mi ropero; todavía tiene los pétalos de color dorado, sólo un poco marchitos en las puntas por no ponerle agua. Lo levanto y le doy la vuelta al tallo entre el pulgar y el índice, haciendo girar la flor en un remolino borroso y brillante. Después, voy a buscar el jarrón de cristal que quedó de los centros de mesa de la graduación de Ryan, con sus pétalos de flores y velas flotantes.

Llevo el recipiente al lavabo del baño, lo limpio y lo lleno, y luego regreso al armario, donde está la flor. El tallo es grueso y necesito hacer varios intentos para cortarlo con las tijeras; pero lo recorto cerca de la base de la flor, y una vez que ésta queda libre, la pongo en el pequeño tazón lleno de agua. Flota, brillante, vivo y valiente en su propio y pequeño mar, debajo de las fotografías. Como me sentí en el océano. Como quiero sentirme de nuevo.

Antes de pensarlo mejor, estoy en el coche. En el asiento del acompañante se encuentra mi bolsa, con todo lo que necesito para un día en la playa, y de nuevo es una simulación. En el bolsillo llevo dinero que me ha dado mi padre para el almuerzo y mi clase de kayak. He tratado de salir sin cogerlo, porque hacerlo era como una mentira, pero no me dejaría cruzar la puerta sin él. Al igual que mi madre y Ryan, parece compartir la esperanza de que esto sea algo mágico para mí, y ahora siento la responsabilidad de fingir por lo menos que lo es.

Aún es temprano, relativamente hablando, cuando dejo el camino de la entrada y salgo a la carretera. Bajo las ventanillas y respiro el aire y el calor pesado que vienen de las colinas. En cuanto llego a la autopista, el aire pasa con rapidez, agradable y más frío, y siento como si estuviera hundiendo de nuevo un dedo del pie en el flujo de la vida, que ha estado pasando sin mí todo este tiempo. No tengo un plan, y no sé qué voy a decir cuando llegue allí, pero hago lo que Colton me dijo ayer y conduzco sin pensar en ello.

El impulso es suficiente como para llevarme por el sinuoso camino a Shelter Cove, pasar el acantilado en el que Colton y yo estuvimos ayer y llegar a la pequeña avenida principal, donde justo ahora mis ojos encuentran la furgoneta de color turquesa estacionada enfrente del local de su familia. Esta vez no hay un lugar vacío junto a ella, así que conduzco hasta el aparcamiento que está en la base del muelle y estaciono allí. Sólo cuando apago el motor y me quedo en silencio por un momento, realmente empiezo a pensar en lo que estoy haciendo aquí.

El torrente de energía que sentí cuando dejé la casa se desvanece igual que el final de una canción, y en su lugar queda una culpa que me carcome. Sé lo que estoy haciendo. Estoy usando mi media verdad acerca de la clase de kayak, y los mensajes de Colton, como razones para regresar aquí. Pero sirven más como excusas: para olvidar mis propias reglas, para ignorar el tirón de mi conciencia, para verlo de nuevo. Todas esas cosas que quiero son mucho más fuertes que mis reglas y mis razones. Lo bastante fuertes como para traerme de regreso a su local, donde puedo ver todos los kayaks alineados en los estantes y algunas siluetas moviéndose detrás de la ventana.

Siento un revoloteo en el estómago y me detengo a medio camino, casi me doy la vuelta, pero entonces veo su perfil. Está cargando una pila de chalecos salvavidas, pero, en cuanto sus ojos recorren la calle a través de la ventana, se detiene. Sé que me ha visto, porque me sonrío directamente. Y ahora es demasiado tarde para darme la vuelta. Contengo todas las mariposas que han alzado el vuelo en mi estómago y obligo a mis pies a moverse.

Sale a la puerta en menos de un segundo, agitando la cabeza como si no pudiera creer que yo esté allí.

—¡Has venido! —dice, incapaz de evitar que se le extienda una sonrisa por toda la cara,



justo hasta el verde de sus ojos—. Aquí está, otro día y... —hace una pausa—, aquí estás tú.

La brisa levanta unos mechones de pelo sueltos alrededor de mi cara, y noto unos escalofríos por la nuca. Colton da un paso hacia mí y levanta la mano como si quisiera apartarlos, pero hace una pausa, sólo un segundo y, en cambio, pasa la mano por las ondas de su propio cabello castaño.

—Eso es inesperado —dice.

—Espero que te parezca bien, yo...

Antes de que pueda terminar, una chica de pelo rubio que tiene un aspecto vagamente familiar sale de la tienda.

—Eh, Colt, ¿puedes...?

Se detiene cuando me ve. Mira a Colton y después de nuevo a mí.

—Oh, hola. Lo siento. No sabía que hubiera alguien más aquí. ¿Puedo ayudarte en algo? —Su tono es amigable y atento, como si yo fuera una clienta.

Mi estómago se hunde, y me quedo allí sin decir nada por un momento. Es Shelby. La Shelby cuyas palabras e ideas he leído. Cuyas alegrías y temores he visto. A quien siento que conozco, tal vez mejor que a Colton.

Mi conciencia regresa precipitadamente, el peso completo de todas mis reglas y las razones por las que las he roto.

—En realidad sólo pasaba por aquí... —digo rápidamente.

Conocer a Colton era una cosa, pero ésta es una línea que ni siquiera anticipé que cruzaría.

—Espera. ¿Qué hay acerca de navegar en kayak? —pregunta Colton, como si fuera algo de lo que estábamos charlando. Sus ojos me miran y algo parpadea en ellos.

—Yo, he... he cambiado de opinión. —Se me seca la boca, y doy un paso atrás—. Tal vez otro día. No pretendía molestarte en tu trabajo.

—Espera —dice Colton de nuevo—. Tú no... Está bien. He salido de trabajar hace media hora.

Shelby se ríe de esto.

—Espera. ¿Estar caminando de un lado a otro era trabajar?

Colton le lanza una mirada asesina, luego vuelve a mirarme.

—Quinn, ésta es mi pequeña gran hermana, Shelby. Shelby, mi amiga Quinn. Ella tuvo su primera experiencia en kayak ayer y ahora ha regresado a por más. Creo que podríamos ir a la cueva de nuevo.

Shelby alza una ceja en dirección a Colton, luego sonrío y me ofrece la mano.

—Siempre es un placer conocer a una amiga de Colton —dice, con un atisbo de algo en su voz. Es el mismo tono que oí a las enfermeras del hospital, y lo merezco. Ella me lanza una rápida sonrisa y luego se da la vuelta hacia Colton.

»Eso es asombroso, pero ya estás apartado, Colt.

Puedo oírlo en la voz de Shelby. Ella no quiere que vaya a ningún lado conmigo.

—¿Apartado? —Colton se ríe—. No estoy apartado. No tengo ni siquiera permitido...

Shelby le lanza una mirada llena de significados.

—Exactamente.

—Vamos —dice él, dando un paso hacia ella.

En sus ojos hay una súplica, y algo en su voz hace que suene como si tuviera que ver con algo más que sólo conmigo.

Ella levanta una mano.

—No. Mamá y papá me matarían. Lo sabes. —El rostro de Shelby permanece serio.

Colton suspira, exasperado, luego parece recordarme y lanza una sonrisa, pero esta vez es

más forzada, más como una demostración.

—Papá no está aquí, Shel. Y, además, ella no es una clienta, es una amiga.

—Colton, no puedo porque ellos no están aquí. Y él me dejó al cargo. Y si algo pasara...

—Nada va a pasar. No cogeremos un kayak de la tienda. Me llevaré el de papá. Está en la parte de atrás.

Shelby lanza un profundo suspiro y se muerde el labio inferior, debatiéndose claramente.

—Eso no es lo que importa.

—Entonces ¿qué es? —dice Colton, con más fuerza en la voz—. Estaré bien. Me encuentro bien.

Se lleva la mano al pecho por un instante, lo que no sería algo notorio para cualquier otro, pero yo lo comprendo, y ella también.

—Colton... —Hay vacilación en la voz de su hermana, como si estuviera quebrada.

—Di que sí —dice él, lanzando una sonrisa con hoyuelos en las mejillas—. Por favor. Quinn quiere navegar en kayak. Ella es principiante, y no sería correcto dejarla sola. Papá se molestaría si lo hiciéramos y se enterara de eso.

Shelby mira a Colton durante un largo momento, y puedo ver que su renuncia se vuelve resignación, y me hace pensar en la publicación que escribió acerca de la primera vez que Colton regresó al agua, y lo orgulloso y feliz que él se sentía por volver a hacer lo que amaba, aunque pusiera nerviosa a toda su familia.

—Está bien —dice después de varios segundos—. Pero debes regresar dentro de unas horas. Tengo un recorrido de cuatro personas a las tres de la tarde, y tú en realidad tienes una cita. — Ella lo mira a los ojos—. No olvides tu...

—Ya lo he entendido —la corta Colton.

—Y asegúrate de llevar tu teléfono —añade—, y si algo pasa...

Él coloca un brazo sobre los hombros de su hermana y le da un apretón.

—Estaremos bien, te lo prometo. ¿De acuerdo?

Colton me mira, y de pronto siento la gran responsabilidad que supone. Es su hermana con la que estoy hablando, la que ha estado junto a él, lo ha sostenido y ha ayudado a cuidarlo todo el tiempo. Aquella que se preocupa por él más como una madre que como una hermana.

Miro a Shelby, pidiendo una especie de aprobación, pero la sonrisa que me lanza no parece otorgarla.

—De acuerdo —digo al final, y las palabras me pesan en la lengua. Están cargadas, de alguna manera, con la responsabilidad y el conocimiento de que me acabo de hundir más.

Colton aplaude.

—Bien. Voy a la parte de atrás a cargar el bote, y nos encontramos delante dentro de un minuto.

—Está bien. —Afirmo con la cabeza—. Yo sólo... Voy a por mi bolsa.

Me doy la vuelta para regresar a mi coche, porque no quiero quedarme allí con Shelby, pero ella me detiene, me pone una mano en el brazo.

Mira los puntos en mi labio.

—¿Tú eres la chica a la que Colton llevó al hospital el otro día?

El corazón me golpea en el pecho debajo de esa mirada tan directa.

—Sí.

—Ten cuidado —dice, mirándome a los ojos—. Se supone que no se deben mojar.

Sé que está hablando de los puntos de sutura, pero no puedo dejar de oír el eco del «ten cuidado» de la enfermera cuando dijo aquellas palabras. Yo afirmo con la cabeza, como lo haría

con mi madre si me pidiera algo.

—Lo haré. —Doy un paso atrás—. Ha sido un placer conocerte.

—Para mí también.

Ella sonrío, pero no regresa al local.

Yo me doy la vuelta y cruzo la calle, tratando de no mostrar que tengo prisa, e imaginando que me observa todo el trayecto. Cuando llego a mi coche, me arriesgo y echo una pequeña mirada hacia atrás, y ella agita la mano para saludarme. Mensaje recibido. Fuerte y claro. Abro la puerta y me viene a la cabeza toda la conversación: su preocupación, su insistencia en que él esté bien, lo que no tiene permitido hacer..., y me pongo nerviosa. ¿Él no se encuentra bien? Shelby no ha publicado en el blog desde hace mucho tiempo, así que no sé si hay algo preocupante, en el aspecto médico...

«¿Qué estoy haciendo?, ¿qué estoy haciendo?, ¿qué estoy...?», me pregunto.

Oigo un motor que se detiene a mis espaldas y sé que es Colton en su furgoneta, con el kayak cargado en la parte de arriba y la preocupación de su hermana y mi promesa de ser cuidadosa detrás de él.

—Has ido muy rápido —digo.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que ella cambie de opinión —contesta, sonriendo a través de la ventanilla abierta—. Entra.

Y, una vez más, a pesar de todas las voces en mi mente que dicen no, que hay mucho en juego, que no es justo para Colton, y que no sé lo que estoy haciendo, oigo la voz débil y suave que viene de alguna parte muy profunda, la que insiste en que tal vez debo hacerlo.

Nunca nadie ha medido, ni siquiera los poetas, cuánto puede aguantar un corazón.

ZELDA FITZGERALD

Nos paramos a la orilla del acantilado, mirando las olas que se precipitan contra las rocas, con una fuerza que puedo sentir en el pecho.

—Uf. Yo no...

Niego con la cabeza, esta vez eligiendo la voz de la lógica y mi espíritu de supervivencia.

—Tal vez montar en kayak no está en las cartas, después de todo —dice Colton. Miramos mientras otra ola choca y se arremolina sobre las rocas, que parecían tan pacíficas ayer, y no puedo estar más de acuerdo—. Tengo una idea mejor —indica—. Ven.

Volvemos a meternos en la furgoneta, y me instalo en el cuero agrietado del asiento, acostumbrándome a aquella textura debajo de mis piernas. Colton se vuelve para mirar por encima de su hombro, pone un brazo detrás de mi respaldo, y sus dedos me tocan ligeramente el hombro. Envían un escalofrío por todo mi cuerpo, que él ve cuando nuestros ojos se encuentran. Se da la vuelta y aparta el brazo.

El calor se agolpa en mis mejillas, y me río.

—¿Qué? —pregunta Colton.

—Nada.

Sacudo la cabeza y miro por el parabrisas, al tablero, detrás de nosotros, al lugar donde una tabla de surf descansa sobre una cama colocada en el suelo, a las alfombras llenas de arena de debajo de mis pies, cualquier cosa para no mirarlo a él, porque tengo miedo de lo que podría ver en mi cara. Cuando miro abajo, algo me llama la atención. Es una caja transparente de pastillas, como la que mi madre le pone a mi padre todas las mañanas con sus medicamentos y un montón de vitaminas. La caja tiene dos filas, y cada compartimento incluye por lo menos una pastilla; pero, en lugar de las letras para los días de la semana, en ellos hay horas escritas con un rotulador.

La pregunta está en la punta de mi lengua cuando Colton ve lo que estoy mirando. Se estira, levanta la caja y la mete en la bolsa de su puerta, con una sonrisa tensa.

—Vitaminas —dice—. Mi hermana insiste mucho en que las tome. Las tengo que llevar conmigo a todos lados.

Algo en su tono, y la manera en que mira hacia atrás justo ahora, me advierte que no haga preguntas, pero no necesito saber que no son vitaminas.

Viajamos rápido por la carretera de la costa, con las ventanillas bajadas para que nuestro cabello vuele suelto, y con la música a todo volumen, de modo que no se necesitan palabras, y nos sentimos bien. Dejamos el momento tenso atrás.

—¿Adónde vamos? —pregunto por encima de la música.

La carretera traza un amplio arco hacia el interior, y tomamos la salida. Colton baja un poco el volumen de la música.

—Otro de mis lugares favoritos —dice—. Pero primero necesitamos algunas provisiones.

Nos detenemos en el aparcamiento de tierra de la Riley Family Fruit Barn, un lugar que mi familia y yo solíamos visitar cada otoño para recoger manzanas y tomar fotos de las montañas de calabazas pintadas con todos los tonos diferentes de naranja imaginables. Nunca he estado aquí en verano, pero resulta claro que es algo fantástico que me he perdido. El estacionamiento está lleno de familias, entrando y saliendo de los coches, cargando cestas llenas de comida en los maleteros. Un tractor que remolca una plataforma pasa rodando, lleno de niños y padres, algunos sosteniendo melones redondos y otros mordiendo rebanadas recién cortadas.

Sigo a Colton mientras se abre paso entre la gente y se dirige a la sombra del puesto de frutas. Pasa los dedos sobre el arco iris de frutas mientras avanza.

—El mejor lugar que conozco para iniciar un día de campo —dice, y me lanza un melocotón, que apenas atrapo—. ¿Qué te gusta? —pregunta Colton, deteniéndose enfrente de un puesto que tiene varias pilas de frutas perfectas.

Lo miro y veo una cajita de frambuesas tan rojas que no parecen reales. Colton las coge.

—¿Qué más? ¿Sándwiches? ¿Patatas fritas? ¿Todo?

—Sí. —Río—. Todo. ¿Por qué no?

Él está tan feliz con todo eso que es contagioso.

Cargamos una cesta llena de provisiones para un día de campo: un par de sándwiches, patatas fritas, refrescos en botellas de vidrio, fruta y luego lo completamos todo con barritas de miel, aquellas que se encuentran en botes cerca de la caja. Dos de cada sabor.

Afuera, tres amistosas cabras enanas caminan detrás de nosotros, con ojos hambrientos y gruñidos tontos, mientras avanzamos. Al estar junto a Colton de esta manera, bajo la luz del sol y el aire de la costa, siento la claridad del día. Fácil. Como si dejáramos lejos nuestros mundos reales. Encontramos un banco a la sombra y nos sentamos, juntos, compartiendo las frambuesas directamente de la cajita y lanzándoles unas cuantas a las cabras, que ahora están sentadas delante de nosotros, rogando. Él me cuenta alguna historia de cómo se traumatizó de niño con esas mismas cabras, y me río, me apoyo en él y por un segundo me olvido de mí misma y dejo que una mano caiga sobre su pierna, en un gesto familiar.

Él se detiene a media frase y mira abajo, como si fuera a quitarla. Hay un largo momento de silencio. Trato de pensar en algo que decir. Colton mira su reloj. Se aclara la garganta.

—Hay un lugar que quiero mostrarte, pero necesitamos irnos pronto para que regrese a tiempo e impida que mi hermana se ponga nerviosa —dice, levantándose—. Tal vez quieras ir al baño antes de irnos..., no hay ninguno en el lugar al que vamos.

—Está bien. —Me paro rápidamente, agradecida por contar con una excusa para tener un momento que me permita recuperarme. Él señala un letrero con la silueta de una granjera, y cojo ese camino—. Vuelvo enseguida.

—Aquí te espero —dice, abriendo una botella de agua.

Cruzo el aparcamiento para ir al baño y miro atrás, sólo por un segundo, pero es suficiente para ver que abre la puerta de la furgoneta, saca el estuche de pastillas, coge unas cuantas y las engulle con un trago de agua.

Lo lamento por él, siento que tenga que tomar cualquier medicamento que sea, y lo siento también porque es algo que él cree que necesita ocultar..., que haya cualquier cosa que piense que necesita ocultar. Pero yo también estoy ocultando cosas. Entonces entiendo por qué es tan fácil estar junto a él, y por qué tal vez sea igual para él conmigo: no tenemos que reconocer esas cosas que deseamos mantener ocultas. Esas cosas que definen quiénes somos. Nos podemos rehacer, sin

pérdida o enfermedad alguna. Somos nuevos para el otro y para nosotros mismos.

Cuando regreso del baño, Colton está dejando a un lado el teléfono.

—¿Lista?

En cuanto digo que sí, ya estamos de nuevo en la furgoneta. Sale de la granja de frutas y entra en el camino, pero no nos dirigimos de regreso a la carretera. En cambio, seguimos el camino mientras serpentea entre los robles y los olmos que se elevan y se inclinan hasta que se juntan sobre nosotros. Seguimos la curva de las colinas y, cuando podemos oler el océano en el aire, damos una rápida vuelta para subir por un camino inclinado y sinuoso, en un ángulo casi imposible.

—¿Adónde vamos? —pregunto de nuevo.

—Ya lo verás —dice Colton—. Casi hemos llegado.

Cuando finalmente alcanzamos la cima de la colina, me doy cuenta de que estamos en una punta, muy por encima del océano que nos rodea, de un color azul profundo y que lanza chispas, como si el sol se derramara y se rompiera en fragmentos sobre su superficie. Aparcamos en una pequeña zona de tierra al lado del camino, y Colton me mira los pies y ve que voy con sandalias.

—¿Puedes andar con este calzado? No está muy lejos.

—Sí.

—Bueno. —Sonríe—. Porque creo que te gustará este lugar.

Miro a mi alrededor y de pronto sé dónde estamos.

—¿Es Pirate's Cove? ¿Esa playa nudista?

Había oído hablar de ella, que estaba llena de hombres viejos, con sobrepeso y desnudos, que en ocasiones jugaban al voleibol, y siempre se tumbaban y se bronceaban.

—Nosotros... No vamos a ir allí, ¿verdad?

Colton se ríe tan fuerte que escupe el sorbo de agua que acaba de tomar. Cuando finalmente recobra la compostura, me sonrío.

—No, no vamos de día de campo a Pirate's Cove, a menos, por supuesto, que realmente quieras ir. El lugar al que vamos tiene una vista mucho mejor que ésta. Sígueme.

Coge la bolsa con todas nuestras provisiones para el día de campo, se pasa las asas por el hombro y se dirige a un pequeño sendero de tierra que yo no he visto en el momento en que hemos estacionado. Estoy de pie en el mismo lugar cuando Colton se da la vuelta.

—¿Vienes?

Lo sigo por el sendero estrecho que da vueltas entre arbustos tan altos que siento como si fuera un túnel, y sólo puedo verlo a él delante de mí. No hablamos, y no puedo evitar preguntarme qué es lo que vamos a ver, pero no lo digo en voz alta. Me gusta la idea de no saberlo, y pensar que a donde sea que me lleve me dará otra perspectiva de él. Después de unos minutos, aminora el paso hasta que se detiene por completo.

—Muy bien, ¿estás lista?

—¿Para qué?

—Para ver mi lugar favorito para almorzar.

—Lista.

Da un paso a un lado, y enfrente de nosotros aparece una cueva que se abre al océano como una ventana. A través de ella, puedo ver el azul profundo del agua y toda la amplitud del horizonte, y me doy cuenta de que es uno de los lugares de los que me había hablado cuando estábamos recostados en la playa. Y nos encontramos aquí, justo como él lo dijo.

—Vamos —dice, cogiéndome de la mano—. Sólo ten cuidado con los vidrios en la cueva. La

gente deja mucha basura.

Dentro de la roca el ambiente es mucho más frío, pero lo que siento más que nada es el calor de la mano de Colton, sujetándome la mía, mientras nos abrimos paso entre los restos de las fiestas secretas y las fogatas ocultas de las noches de verano. Cuando llegamos al otro lado, donde la luz del sol y los sonidos del océano se vierten, me suelta la mano.

—¿Qué te parece? No es una mala vista, ¿verdad?

—Para nada —logro decir.

La orilla del acantilado en que estamos es como el extremo del mundo, con su abrupta caída debajo de nosotros. Colton se agacha y se acomoda como si estuviera sentado en cualquier silla o banco de cualquier otro lugar. Yo me agacho hasta tocar el suelo y hago lo mismo, aunque hace que mi corazón dé más de un latido. Él limpia un pequeño espacio entre nosotros, saca nuestro almuerzo, y enseguida ponemos nuestras espaldas apoyadas contra la roca. Una brisa sopla sobre nosotros mientras admiramos la vista. Colton come su sándwich, pero en lugar de darle mordiscos, mira el agua como si estuviera pensando alguna cosa.

—¿Sabes lo que es realmente extraño? —pregunta, después de que una ola choque y retroceda.

—¿Qué?

—Es extraño que no sepa nada de ti, en realidad. —Hace una pausa—. Pero que sepa mucho acerca de ti.

Prefiero que no me mire, porque estoy segura de que me vería palidecer. Si tan sólo supiera lo extraño que es... Lo mucho que sé acerca de él sin conocerlo tampoco. Cuántas fotografías he visto, cuántos momentos de su vida, grandes, felices, dolorosos y atemorizantes. Momentos que me conmovieron hasta hacerme llorar, que hicieron que quisiera conocerlo, que justificaron mi búsqueda.

Y entonces pienso en lo bien que conozco el corazón que late en su pecho justo ahora. Cómo conocerlo me hace sentir como si lo conociera en otro ámbito también. Cómo una pequeña parte de mí se pregunta si el corazón de Trent en su pecho es lo que hace que me resulte fácil estar con Colton. Si es lo que nos da esa sensación, como si a pesar de que no nos conozcamos muy bien, nuestros corazones sí se conocieran.

—Uf —es todo lo que digo, es todo lo que puedo decir.

Le doy un bocado a mi sándwich, para no tener que añadir nada, aunque no tengo apetito en este momento. Algo en su tono hace que me dé miedo seguir el hilo de la conversación, pero no logro evitarlo.

—¿Qué... sabes? —pregunto, a pesar de mi temor a su respuesta.

—Bueno, para empezar, sé que no eres la mejor conductora del mundo —dice con una sonrisa.

—Muy gracioso.

—Veamos —murmura, como si pensara—. Sé que vives en el campo, con una familia unida.

Afirmo con la cabeza.

—Que se te hace un hoyuelo cuando sonríes, y que deberías sonreír más porque me gusta.

Esto me hace sonreír.

—¿Ves? —pregunta—. Así.

El calor sube de mi pecho hacia el cuello.

—Sé que eres valiente al hacer cosas que te dan miedo. Como el kayak ayer, o sentarte aquí ahora. —Me mira a los ojos—. Eso también me gusta.

Recorre mi cara con una mirada que siento que es demasiado intensa, pero luego se fija en

mis ojos y habla con más suavidad y gentileza.

—Confías con facilidad, pero las preguntas parecen asustarte, lo que significa... —Hace una pausa, al parecer sopesando con cuidado sus siguientes palabras—. Tienes cosas de las que no quieres hablar.

Aparto la mirada, temiendo que si dejo que vea mi cara, sabrá más de lo que ya sabe, que lo verá todo.

—Está bien —responde, leyendo mi reacción de manera incorrecta—. Todos cargamos cosas como éstas, cosas de las que preferiríamos olvidarnos. —Hace una pausa, respira hondo y luego suspira—. El problema es que casi nunca puedes hacerlo. No importa cuánto te esfuerces.

Justo entonces oigo dos cosas en su voz. Dolor y, detrás de eso, culpa. Conozco tan bien esos sentimientos, que no son difíciles de reconocer, y creo que puedo descubrir por qué nunca contestó mi carta. Debe de haber representado todo lo que él no quiere: una conexión con su pasado, el reconocimiento de la muerte de un extraño y el dolor de los familiares del fallecido. La culpa debe de acompañar a eso.

Lo que siento en este momento es empatía. Porque las cosas con las que cargamos, de las que no hablamos, son las mismas.

Una ola choca contra las rocas, y el agua las engulle, ocultándolas momentáneamente debajo de la espuma blanca que se arremolina. Miro a Colton, y él acerca la mano a mi rostro, pasa el pulgar lentamente sobre mi mejilla, y me doy cuenta de que está de nuevo humedecida por las lágrimas.

—Lo siento —dice—. Por cualquier cosa por la que hayas atravesado.

—No tienes por qué sentirlo —respondo. La voz me sale con más fuerza y emoción de la que pretendo. Quiero alejar el peso de su culpa—. Por favor, nunca lo sientas. —Quiero hacer que comprenda lo que en realidad deseo decir. Lo miro, y digo algo que la madre de Trent me dijo y que yo no creí. Justo ahora quiero, más que nada, que Colton lo crea por sí mismo—. No puedes sentirlo por algo que no puedes controlar.

Mira hacia abajo, a sus piernas, luego vuelve a fijar los ojos en los míos, buscando como si supiera que hay algo allí, algo entre nosotros que corre más a fondo que la conversación, pero que no puede verlo, y yo no lo muestro. Estamos sentados a la orilla de un precipicio con una larga caída y sin red de seguridad.

—Entonces no hay que sentirlo —dice, alejándonos de esto—. Sólo permanezcamos aquí ahora.

—¿Esto es como tu mantra?

—Algo así. —Se encoge de hombros.

Está a punto de decir algo más, pero su teléfono suena en el bolsillo. Lo sujeta y lo pone en silencio.

—¿No necesitas contestar?

—No, es mi hermana.

—Deberías contestar. Antes parecía un poco preocupada.

—Ella siempre es así conmigo —dice—. Protectora. —Agita una mano como si no fuera gran cosa, pero su mirada se desvía hacia el agua, evitando mis ojos—. Ella tiene buenas intenciones, pero a veces exagera. A veces creo que todavía me ve un poco desvalido.

Nos quedamos callados, y pienso en la fotografía que vi de cuando él entró en el hospital: pálido, pero sonriente, flexionando sus delgados brazos, con Shelby a un lado haciendo lo mismo. Lo miro de reojo, el mismo pelo oscuro y los mismos ojos verdes que destacan contra el bronceado profundo de su rostro.



—Eso no es lo que veo —digo.

—¿No? —pregunta con una sonrisa.

—No.

Se inclina para acercarse.

—Entonces ¿qué ves?

Soy consciente de la inestabilidad de mi respiración, y de la suya, mientras lo miro. Todas las fotografías en mi mente desaparecen, las de él antes y las de Trent; estoy aquí con Colton ahora.

—Veo... —Hago una pausa y me echo un poco hacia atrás, poniendo más espacio entre nosotros—. Veo a alguien fuerte. Que ya sabe mucho sobre la vida. Alguien que comprende lo que significa tomarse un día y lograr que sea un buen día. —Hago otra pausa, mirando al agua, abajo, y luego vuelvo a mirarlo—. Alguien que me está enseñando a hacer lo mismo. —Sonrío—. Me gusta. —Esto lo hace sonreír—. Entonces, tal vez podamos seguir haciéndolo —digo, sorprendiéndome a mí misma—. Haciendo que cada día sea mejor que el anterior, y estar aquí ahora, y todo eso.

—¿Mañana?

—O pasado mañana.

—Los dos días.

Su teléfono suena de nuevo.

—Maldita sea —dice—. Tenemos que irnos.

Otra ola se estrella contra las rocas, enviando sus remolinos hacia arriba y rodeándonos, haciendo borrosos nuestros pasados y las cosas en que no queremos pensar. Nos quedamos allí unos minutos más, en el presente y las posibilidades que ofrece, y luego recogemos las cosas y regresamos a nuestros mundos separados.

Necesitarás tomar medicamentos inmunosupresores de por vida para tu trasplante [de corazón]. Es vital que nunca dejes de tomar estos medicamentos, ni que cambies la dosis, a menos que tu médico o enfermera de trasplante te diga que lo hagas. Si dejas de tomar tus medicamentos inmunosupresores, permitirás con el tiempo que tu cuerpo rechace el órgano.

Guía para el cuidado del paciente del hospital de la Universidad de Chicago,  
«Vida después de tu trasplante»

Cuando regreso a casa, el coche de Ryan es el único en el camino de la entrada. Al subir los escalones del pórtico, la veo tendida junto a la piscina, en una de esas sillas tumbonas, con una de las revistas de cocina de nuestra madre extendida sobre la cara. Me acerco a ella, sin saber si está despierta, y levanta ligeramente una esquina cuando me oye.

—Eh, ¿cómo ha ido la clase de kayak?

Es una pregunta normal, pero puedo oír la sonrisa en su voz, como si estuviera bromeando al preguntarlo. Probándome.

Me siento en la silla junto a ella.

—Las olas eran demasiado grandes como para salir hoy.

—¿Y qué has hecho entonces?

—Regresar aquí.

Ella se aparta la revista de la cara, luego estira las manos hacia atrás y, antes de sentarse, se vuelve a atar la parte superior del biquini.

—Sí, pero te has ido todo el día. ¿Qué has hecho antes de regresar?

—Nosotros..., yo... —Me corrijo demasiado tarde.

—Ah. Lo sabía. —Eleva una ceja y sonrío—. ¿Y quién es él?

—¿Y si he estado con uno de mis amigos?

Ryan se baja las gafas de sol y pone sus ojos a la altura de los míos.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con uno de tus amigos?

Me encojo de hombros. En realidad, no puedo recordarlo.

—Bueno. Entonces ¿quién es el hombre?

—¿Cómo sabes que hay uno?

—Es una suposición —dice—. Eso, y que sé cuándo no me estás diciendo algo. Así que habla. ¿Quién es él?

No respondo de inmediato. Quiero hablarle sobre Colton y el día que hemos pasado juntos. Quiero contarle lo que he sentido al sentarme junto a él en ese acantilado. Que me siento preocupada y atraída al mismo tiempo. Quiero que me aconseje, como lo hizo la primera vez que le pregunté sobre besar a Trent, y después de la primera pelea que tuvimos, y si debía ser la primera en decir «te amo», o si en realidad estaba lista para dormir con él. Ryan siempre tenía las respuestas a todas mis preguntas.

Quiero saber lo que pensaría si supiera la verdad, pero también me siento aterrada.

—Él es... —digo, eligiendo las palabras y los detalles con todo cuidado—, es el instructor

de kayak que me dio la clase el otro día. Sólo hemos almorzado hoy, porque no hemos podido sacar el kayak.

Verdades a medias, omisiones.

—Y... —Ella se inclina, esperando.

—Y luego he regresado a casa.

La última edición de *Coma bien* viene volando hacia mí y tengo que agacharme.

—Oh, vamos. Dime algo.

—Eso he hecho.

Ella me lanza una mirada seria.

—Se llama Colton.

Ryan hace un movimiento con la mano como diciendo «vamos, sigue», pero yo no quiero decir más.

En cambio, me encojo de hombros.

—No lo sé, él es..., es realmente dulce, y sólo salimos por ahí.

—Eso es estupendo —dice, estirando una mano hacia mi pierna. Me da una palmada en ella—. De veras. Es bueno salir adelante.

Salir adelante suena mejor que superarlo, pero aún siento una punzada de culpa ante la idea, lo que de alguna manera mi rostro debe de mostrar, porque Ryan cambia de tema.

—De todos modos, es mejor de lo que puedo decir de mí misma por ahora. —Ella hace un gesto en dirección a las revistas y las envolturas de dulces dispersas a nuestro alrededor—. ¿No tendrá un hermano mayor que también sea dulce?

—Sólo una hermana —digo antes de que pueda impedirlo y hago una rápida pregunta para evitar hablar de ese tema—. ¿Estás bien? Pareces...

Ryan se encoge de hombros.

—¿Aburrida? Lo estoy. Se supone que ahora mismo debería estar al otro lado del mundo, pero me encuentro aquí. En casa. Descansando junto a la piscina, leyendo las revistas de mamá, saliendo con la abuela y sus damas del Sombrero Rojo. Las adoro, pero sus vidas son más excitantes que la mía ahora, lo cual es... triste.

—¿Y qué hay de todo ese tablero de visión y tu portfolio de arte? ¿Qué hay de la carrera de hoy? Pensaba que estabas lista para nuevos inicios y para conquistar el mundo.

Ryan entorna los ojos.

—Lo sé. Eso supone que hay que fingirlo hasta que lo logras. —Deja de hablar durante un segundo—. Claramente aún no lo he logrado.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que Ethan me dejó en medio del aeropuerto y voló a Europa solo, y yo soy tan... —Sacude la cabeza, y sé que está volviendo a revivir en su mente alguna situación que ha pasado, y estoy segura de que se encuentra a punto de enfadarse de nuevo, pero mira al suelo y sólo hunde un poco los hombros—. Estoy tan triste...

Es lo que aparece en su cara ahora que lo ha dicho, y no puedo creer que no lo haya visto hasta este segundo.

—Estaba tan enamorada de él... —Baja la mirada a su regazo—. Estoy tan enamorada de él... —Sacude la cabeza de nuevo—. Y odio eso, porque cogió mi corazón y lo pisoteó. No debería seguir amándolo. Y, ahora..., es como si estuviera paralizada. Como si mi mundo se estuviera desmoronando justo enfrente de mí, como bien sabes.

Digo que sí con la cabeza. Lo sé, más que nadie.

—Oh, Dios, lo siento. Ha sido estúpido decirlo.

—No, no lo ha sido —digo—. No sólo... No es como si sólo sucediera. Tú no tienes que ser tan cuidadosa conmigo. En realidad, me ha gustado lo de ese método de «fingirlo hasta lograrlo». Esa carrera dolió, pero también me sentí bien, me gustó salir de nuevo.

—Vaya que sí. —Ryan está de acuerdo, pero aún parece un poco perdida—. Así que tal vez podemos fingirlo juntas por un rato. Seguir corriendo.

Ryan lo piensa y la chispa regresa a sus ojos.

—Claro, me gusta eso. Pero primero necesitamos salir de esta casa. Y conseguir más chocolate. Y tal vez alguna ropa nueva para correr si lo vamos a fingir bien. Tus shorts viejos y raídos no van a atraer a nadie.

Le lanzo la revista.

—Ésos son mis favoritos. Los he tenido desde siempre.

—Claro, y, con el fin de salir adelante, es hora de que encuentres un nuevo short favorito.

Vamos al pueblo, con Ryan al volante, lo que siempre resulta divertido y aterrador al mismo tiempo. La música está a todo volumen, y mi hermana canta junto a mí. Parece que hayamos vuelto a como solía ser, pero mejor, de un modo más cercano, estamos en esto juntas. Llegamos a Target, la tienda principal del pueblo, tal como solíamos hacer antes de que Ryan se fuera a la universidad. Compramos un café en Starbucks y cruzamos los pasillos con aire acondicionado en busca de las cosas que necesitamos y no necesitamos. Cuando llego a casa, tengo un guardarropa completamente nuevo, cortesía de Ryan y el dinero que no llegó a gastar en su viaje.

En mi cuarto, saco las prendas de las bolsas y me tiro sobre la cama, sintiéndome motivada por mi nueva ropa, tal como Ryan dijo que pasaría. Reviso el teléfono por quincuagésima vez, pero no hay mensajes de Colton. Todavía no es hora de cenar y tengo un poco de tiempo libre, así que cruzo el dormitorio en dirección al escritorio, abro la tapa del portátil y me conecto al blog de Shelby, esperando que haya algo nuevo, alguna nueva fotografía de Colton, o una pequeña cita o historia relacionada con él, pero es la misma publicación que ha estado desde su revisión de un año:

A todos nuestros amigos y familiares, les estamos agradecidos por todo su apoyo. Ha sido un año largo, pero la revisión de Colton salió estupenda y finalmente se está ajustando a sus medicamentos...

Recuerdo la caja de pastillas y a Colton engulléndolas cuando pensaba que no podía verlo. Me siento allí por un momento, luego escribo en el cuadro de búsqueda: medicamentos posteriores al trasplante de corazón.

Surgen millones de resultados, muchas revistas y artículos médicos que no logro comprender, pero debajo de la página de resultados, una línea de algún tipo de tablero de mensajes de trasplantes me llama la atención.

Has intercambiado la muerte por un tratamiento médico de por vida...

Hago clic en el vínculo de la cita, que viene de un paciente de trasplante de corazón de cuarenta y dos años de edad. Continúa así:

No me malinterpreten. Haría ese intercambio de nuevo sin pensarlo. Y, a mi edad, eso es algo que puedo manejar. Hay limitaciones. Limitaciones médicas y también físicas. Riesgos que podías correr cuando eras joven y no tenías un problema médico. Por más que quieras, no es algo que puedas olvidar. No te lo puedes permitir. No importa si estás cansado o no quieres tomar los medicamentos porque odias cómo te hacen sentir. No importa si hay efectos secundarios importantes. Eso es una parte de tu vida ahora, como lo son las revisiones médicas, las biopsias, el control

de tu peso, presión arterial, ritmo cardíaco. Es un regalo, pero una enorme responsabilidad que cargas sobre los hombros. Y, si no puedes encontrar una forma de salir adelante con todo eso, entonces te arriesgas a ti mismo y a tu trasplante. Tienes que ser cuidadoso y honesto acerca de tus límites.

Pienso en Colton. En lo sano y fuerte que se ve. Pero tal vez hay limitaciones que no puedo ver o que no conozco. Quiero ser cuidadosa con él, como dijo la enfermera, como dijo Shelby sin pronunciar en realidad esas palabras. Me hace sentir responsable de su corazón, en más de un sentido.

Los ritmos que cuentan (los de la vida, los del espíritu) son los que bailan y fluyen en la propia vida. El movimiento en gestación desde la concepción hasta el nacimiento; la diástole y la sístole del corazón; cada sucesiva respiración, el surgimiento y el flujo de las mareas como respuesta a la atracción de la Luna y el Sol; el recorrido de las estaciones, de un equinoccio o un solsticio a otro..., éstos, y no los segundos que pasan eternamente y se registran en relojes de mesa y de pulsera, y no los días y meses y años que imponen el calendario, son los que definen el tiempo... moramos en su interior hasta el final de nuestros días.

ALLEN LACY

*El jardín invitador: jardinería para los sentidos, la mente y el espíritu*

Después de esa primera carrera matutina, Ryan y yo alternamos la elección de nuestra ruta. Hay mucho trabajo en la oficina, más que el que mi madre puede hacer sola, así que mi padre ha regresado a su rutina normal y corremos las dos. Vamos por caminos flanqueados por filas de viñedos, por senderos de un solo carril que ocultan barrancos debajo de helechos y hiedras venenosas. En ocasiones hablamos, pero la mayor parte del tiempo sólo somos nosotras y la mañana, el ritmo de nuestros pies y respiraciones, los latidos, y el ardor de mis músculos y pulmones que me recuerdan que estoy viva.

Después de nuestras carreras, Ryan va a casa de la abuela para pintar y trabajar en su portfolio, y yo conduzco hacia la costa. En algún punto del camino que da vueltas entre los árboles, me convierto en la persona que Colton conoce.

Empezamos a vernos todos los días en el acantilado adonde fuimos con el kayak el primer día. Y me pregunto si es para evitar a Shelby. Si me está ocultando un secreto como el que yo guardo. Trato de no pensar en eso, y es fácil cuando estamos juntos. Él me muestra todos los sitios a los que solía ir, cavernas ocultas y caminos costeros, lugares que contienen recuerdos de su infancia. Así es como empiezo a conocerlo. No tengo que hacer ninguna pregunta, porque él me muestra su pasado de esta manera: el pasado que quiere que yo conozca, sin camas de hospital, tubos de oxígeno o cajas de plástico llenas de pastillas.

Empiezo a reconocer el ritmo de nuestros días, cómo parecen ventanas del tiempo por las que podemos salir al agua o bajo el sol. Trato de ser cuidadosa, de ver cualquier limitación que él pudiera tener. La única parece ser cuando necesita tomar sus medicamentos. Trato de anticiparlo. Cuando creo que ha llegado el momento en que él debe tomar una dosis, me aseguro de distraerme con cualquier cosa que encuentre: girasoles que crecen a lo largo de un camino, una fila de pelícanos que se deslizan cerca de la superficie del océano, la búsqueda de conchas en la arena. Trato de darle unos momentos para aquello que él no quiere que vea.

Aprendo de él todas las cosas que sí quiere que vea en los detalles que señala y las cosas que dice. Aprendo que admira a su padre, pero que está más cerca de su abuelo, de quien heredó su amor por el mar y todas las viejas leyendas de marinero. Conoce casi todas las constelaciones del cielo y las historias que hay detrás de cada una de ellas. En realidad, cree que cada día puede ser mejor que el anterior.

Creo que aprende de mí, también. Dejo que las cosas salgan sin que él tenga que preguntar.

Le hablo sobre las carreras con Ryan, y acerca de la abuela y sus damas del Sombrero Rojo. Le cuento que no estoy segura de lo que pasará conmigo. Que me gusta lo que estoy haciendo ahora. Que quiero seguir haciendo esto.

Y hay esta corriente entre nosotros, que se forma y crece en los momentos de silencio, y en los que reímos a carcajadas, también. Lo veo cuando nuestros ojos se fijan en el otro y éste sonrío, escucho la manera en que dice mi nombre. Lo siento cada vez que nuestras manos, hombros o piernas se frotan contra el otro. Creo que él también lo siente, pero hay algo que lo hace contenerse. No sé si es por mí o por él, pero bailamos alrededor del otro, Colton y yo, a pesar de los imanes en nuestros centros, que laten llenos de vida y nos acercan cada vez más.

Un día, después de haber remado en el kayak y haber almorzado, le digo que quiero aprender a surfear, así que esa misma tarde empezamos con lo básico. Me empuja en una ola tras otra, gritando para que me levante y aplaudiendo cada vez que lo hago, aunque me caiga de inmediato. Hacemos esto una y otra vez hasta que finalmente lo consigo. Braceo hasta alcanzar una ola, con todas las fuerzas posibles, y sólo siento un pequeño empujón de él, lo suficiente para que entre. Esta vez cuando grita para que me pare, lo hago, y encuentro mi equilibrio y monto la ola hasta el final. Es la sensación más asombrosa del mundo y ni siquiera quiero detenerme o salir del agua, así que nos quedamos, en las últimas horas de la tarde, braceando y surfeando hasta que me tiemblan los brazos y apenas puedo levantarlos.

Luego nos sentamos más allá de donde rompen las olas, con nuestras tablas flotando cerca una de la otra en la superficie cristalina del agua. El viento de la tarde se ha apagado, y los visitantes de la playa han empezado a marcharse, con excepción de los que se quedan para ver la puesta de sol. Hoy está bajo y pesado sobre el agua. Puedo sentir los ojos de Colton sobre mí mientras miro el sol, y luego me doy la vuelta para verlo a él.

—¿Qué? —pregunto cohibida.

Colton sonrío y gira el pie en el agua.

—Nada, sólo que... —Su rostro se pone más serio—. ¿Sabes cuántos días pasé deseando poder hacer esto? Es...

Dice algo más, pero no lo escucho, porque una frase se queda pegada en mi mente. «Cuántos días, cuántos días...»

De pronto me siento intranquila. No tengo idea de cuántos días han pasado desde que Trent murió. No sé cuándo dejé de contar. No sé cuándo me alejé de esa costumbre que me ataba a mi dolor, que me lo recordaba cada día. Como penitencia, por no ir con él esa mañana, por no estar con él en ese camino, por no haberlo podido salvar o decir adiós. Y ahora ni siquiera sé cuántos días han pasado.

He perdido la cuenta. Le he fallado de nuevo.

—¿Podemos entrar? —digo de pronto—. Por favor.

Me duele el pecho. Siento esa vieja y familiar rigidez, y no puedo respirar.

—¿No quieres esperarte a saber si lo podemos ver? —pregunta Colton.

—¿Ver qué? —pregunto.

He perdido el hilo de la conversación. No puedo atrapar suficiente aire en mis pulmones: están olvidando cómo respirar.

—El resplandor verde —dice Colton, señalando al sol que ahora ha desaparecido hasta la mitad y que se hunde rápidamente debajo del agua.

—¿El qué?

—El resplandor verde —dice—. En el último segundo cuando el sol se desliza en el agua, si se dan las condiciones adecuadas, puedes verlo. Se supone. —Sonríe—. Mi abuelo solía hacer

que lo viéramos, y cada vez nos decía esta vieja frase acerca de que, si ves el resplandor verde, puedes ver en el corazón de la gente. —Hace unos trazos con el dedo en la superficie del agua y se ríe con suavidad—. Él jura que lo ha visto, y así es como siempre sabe lo que todos están pensando.

«Ver en el corazón de la gente», pienso.

Mi corazón se agita con toda la verdad, las mentiras y las omisiones que hay en él. Todas las cosas que no quiero que Colton vea. Todas las cosas que me he ocultado a mí misma. Ni siquiera sé ya lo que hay en mi corazón.

—Mira —dice Colton de nuevo, señalando al horizonte—. Pasa rápido.

Los dos nos volvemos hacia el sol, una brillante bola anaranjada que se hunde en el agua, que adquiere brillos dorados con su luz. El sol parece acelerarse, desapareciendo más rápido cada segundo. Me invade el pánico. Quiero mirar a otro lado; quiero que Colton aparte la vista. Sé que sólo es una historia, pero contengo la respiración mientras el sol se desliza hacia abajo y, en el último segundo, miro a Colton. Él está quieto, con la mirada fija en el horizonte.

Y entonces el sol desaparece.

Él suspira.

—No ha habido resplandor verde hoy.

Lo miro a los ojos por un instante, luego observo a lo lejos el parche vacío de cielo donde el sol casi expone mis secretos, y es todo lo que puedo hacer para no llorar.

En mi dormitorio, con la puerta cerrada, no soy capaz de esperar más. Mis manos tiemblan cuando cojo el calendario de la pared y me siento en el suelo con él. ¿Cómo pude dejar de llevar la cuenta? ¿Qué mañana desperté y no pensé en el número? ¿Qué noche fui a dormir sin que Trent estuviera en mi último pensamiento?

Recorro las páginas de los meses del calendario, hasta el día trescientos sesenta y cinco, que es la fecha que nunca podré olvidar. Pongo el dedo en un pequeño cuadro que viene después de éste, pero un sollozo me sacude, y se me escapan las lágrimas que he logrado contener durante todo el camino a casa. La culpa se acumula en mi estómago.

«¿Cómo perdí la cuenta?», me pregunto.

Me seco los ojos y trato de concentrarme en la cuadrícula de celdas vacías, que fueron días vacíos de Trent, días a los que les seguí la pista porque era una pequeña manera de aferrarme a él, de saber siempre cuánto había pasado, y necesito saberlo de nuevo...

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ryan. Ni siquiera la he oído entrar, pero, en cuanto ella me ve, se pone de rodillas enfrente de mí—. ¿Qué ha salido mal?

Dejo caer el calendario, pongo la cabeza entre las manos y sollozo.

—Quinn, eh, ¿qué pasa? —Su voz es de simpatía, lo que empeora las cosas.

Levanto la cabeza y la miro.

—Yo no... —Las lágrimas brotan con fuerza—. No sé cuántos días han pasado desde que él murió. Perdí la cuenta, y ahora no puedo recordar, y necesito... —Trago aire antes de que otro sollozo me sacuda y pongo la cabeza de nuevo entre las manos.

Ryan me abraza, y siento que su mentón descansa sobre mi cabeza.

—Chsss. Está bien. Está bien —repite, y quiero creerlo, pero ella no tiene ni idea—. No necesitas llevar la cuenta —dice con suavidad.

Lloro en el pecho de mi hermana, la única respuesta que le puedo dar.

—Tú no... —dice, retirándose despacio para poder mirarme—. Eso no lo hace menos importante, ni significa que lo extrañas menos.



Aprieto los labios, niego con la cabeza. Hay tantas cosas que ella no sabe...

—No es así —responde, con más firmeza ahora—. Tenía que suceder, y se supone que pasa de esta manera. Tienes derecho a sentir menos dolor y tienes derecho a sentirte feliz de nuevo. — Hace una pausa—. Tienes derecho a empezar a vivir de nuevo... No es una traición a Trent. Él querría que fueras feliz.

Otra oleada de lágrimas surge al oír su nombre.

—¿De qué trata todo esto? —pregunta—. ¿Es porque has olvidado el número de días o es por Colton? Porque habéis pasado todos los días juntos durante las últimas dos semanas, y, ¿sabes una cosa?, has sido feliz. No necesitas sentirte culpable por eso.

—Pero es...

—Es algo bueno —dice Ryan.

Quiero creerla. Y parte de mí la cree. Parte de mí sabe que ella tiene razón, porque yo no puedo negar en absoluto la manera en que me siento al estar con Colton. Pero tampoco puedo negar la culpa que se esconde debajo de la superficie cada vez que estoy con él. Sentirse de esa manera parece una traición a Trent. Y sé que ocultarle todo eso a Colton es una traición aún mayor. Miro el calendario, que sigue en mis piernas. Cada cuadro en blanco es un día que estuvo igualmente en blanco hasta que lo conocí.

—Eh —dice Ryan, apretándome el hombro—. Vas a tener días y momentos como éstos, cuando todo regrese precipitándose en ti, y no pasa nada. Pero también vas a tener días, muchos de ellos, en que te sentirás bien, y eso es bueno. —Ella me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja—. Lo creas o no, incluso tendrás un día en que te volverás a enamorar; pero debes estar abierta a esa posibilidad.

Sé que está tratando de mirarme a los ojos, pero yo mantengo la vista fija en el calendario.

—Vosotros dos os amasteis mucho, pero a ti aún te queda toda una vida por vivir. Tienes que saber que Trent querría eso para ti.

Muevo la cabeza afirmativamente, como si tuviera razón. Me limpio las lágrimas de las mejillas y la miro a los ojos.

—Lo sé —digo, pero no es porque la crea. Es porque necesito estar sola. Porque, si Trent me viera ahora, no sé si querría que yo estuviera haciendo esto.

Tu visión sólo se aclarará cuando puedas buscar en tu propio corazón... Quien busca en su interior despierta.

CARL JUNG

Ya estoy despierta cuando mi teléfono vibra en la mesita de noche. Sé que es Colton que llama para darme los buenos días y hacer planes para hoy, pero no sé si cogerlo. Ayer no me expliqué a mí misma por qué deseaba irme tan abruptamente, y él no me lo preguntó; pero sé que esto no puede seguir así mucho tiempo... No puedo desmoronarme y que él tenga que fingir que no pasa nada. Con el tiempo, me pedirá algún tipo de explicación, y no sé lo que haré entonces. El teléfono deja de vibrar y, un momento después, suena el pitido que indica que tengo un mensaje de voz.

—¿Quinn? —Llaman a la puerta—. ¿Ya estás despierta?

Es la voz de mi padre.

—Estoy despierta —digo, con el tono suficientemente alto para que me oiga—. Pasa.

Me incorporo, y él abre la puerta pero no entra. Sólo se queda parado allí, con su ropa deportiva, lo que resulta una sorpresa porque es un día laborable.

—Buenos días, querida. Es hora de correr.

—¿Dónde está Ryan? —pregunto. Después del episodio de la noche anterior con mi calendario, también estoy un poco preocupada por ella.

—Se ha ido a pintar —dice mi padre, y siento un alivio—. Sólo tiene unos días más para la fecha límite en que tiene que enviar su portfolio. Parece tomárselo en serio. Ha cogido todas sus cosas y ha dicho que regresaría por la noche. —Se encoge de hombros—. De todos modos, me ha dejado órdenes estrictas para que fuéramos a correr juntos.

—¿Y el trabajo?

—Me he cogido el día libre... Uno de los privilegios de ser tu propio jefe. —Da unas palmadas—. Vámonos.

Afirmo con la cabeza, pero no me muevo. El calendario sigue en el suelo, junto a la cama, y todavía no sé cuántos días han pasado. Después de que Ryan se fuera anoche, me quedé inmóvil en la cama, incapaz de hacer nada, y mucho menos contar los días.

—No saltes de la cama tan rápido —murmura, mostrando un poco de decepción.

De inmediato lo lamento.

—Lo siento, yo sólo... —Todavía estaba agotada después de anoche. Pesada y hueca al mismo tiempo—. En realidad, no me siento bien como para correr hoy.

Mi padre entra ahora y se sienta a la esquina de la cama.

—¿Y qué tal la carrera al desayuno? Ahora es nuestra oportunidad. Vamos, no has estado mucho conmigo últimamente. Quiero escuchar qué hay de nuevo. Mientras comemos beicon. Y huevos. Y galletas y salsa de carne.

—No puedes comer eso, lo tienes prohibido...

—Salsa light. Beicon de pavo. —Me coge por el pie a través de las sábanas—. Vamos,

alegra al viejo con tu compañía.

Sonrí y cedo. Tengo un poco de hambre. Y ha pasado mucho tiempo.

Nos sentamos a la misma mesa que cuando veníamos a comer aquí antes. Desayunar con mi padre en Lucille's era otra de esas cosas, como correr, que empezaron como parte de nuestra rutina habitual; luego, a medida que el negocio comenzó a despegar, se volvió un lugar para las ocasiones especiales y, al final, dejamos de venir. No puedo recordar la última vez que estuvimos aquí, pero no ha cambiado nada del desayuno de campo. Mi padre se inclina sobre su taza de café, cierra los ojos y aspira el aroma como si fuera el mejor olor del mundo.

—¿Y cómo va todo? —Toma un sorbo. Lo saborea—. Te has vuelto una adicta a la playa estos días.

Afirmo con la cabeza.

—Me divierto allí.

—Y Ryan dice que estás cogiendo velocidad de nuevo. Dice que ya eres tan buena como ella. —Toma otro sorbo de su café.

—¿Eso dice? —Me hace sonreír, porque ella preferiría aguantar la respiración hasta desmayarse antes que admitirlo delante de mí—. Es divertido, porque lo que me dice a mí es que puedo hacerlo mejor.

Mi padre se ríe.

—Eso suena bien. Probablemente puedes. Tu hermana dice las cosas como las ve. Siempre ha sido así. —Hace una pausa y deja el café en la mesa para coger el menú.

Pienso en las cosas que Ryan me dijo anoche, acerca de no contar los días, o sentirme mal por pasar el tiempo con Colton, y quiero creerlas de veras, pero es difícil, sabiendo que lo que ella ve no es el cuadro completo.

Mi padre cierra el menú, dobla las manos encima de él y me doy cuenta de que hay algo más en este viaje a desayunar. Me pongo tensa, esperando a ver de qué se trata y deseo que ella no le haya contado nada acerca de Colton, de la última noche u otra cosa.

—Estaba pensando —dice, tratando de sonar desenfadado, sin lograrlo—. Tal vez quieras inscribirte para recibir algunas clases en la universidad de la ciudad. Para que puedas unirse al equipo de campo traviesa. Al entrenador le encantaría tenerte. Dijo que estaría feliz de admitirte, aunque no compitieras por la universidad.

—¿Qué? —La sorpresa oculta mi alivio—. ¿Tú hablaste con él?

—Ryan lo hizo.

—Oh, ¿soy algo así como su proyecto de ayuda para este verano?

—No —dice mi padre—, ella sólo quiere verte feliz. Y correr de nuevo parece ser una de las cosas que hace por ti. —Se queda callado un momento—. ¿Sabes? Junto con la playa y quien sea que esté allí. Tal vez el chico de la playa que no es poco atractivo.

Bajo la vista para ver el menú, completamente nerviosa de nuevo.

—¿Ryan también te contó eso?

—No es necesario que lo haga. Tu madre y yo nos damos cuenta. Y es bueno, Quinn, es...

—¡Dios mío! —Ve un perfil que me resulta familiar y que se pone de pie unas dos mesas detrás de mi padre.

—Cariño, realmente está bien...

Niego con la cabeza, haciendo un movimiento con la mano para señalar detrás de él, porque no puedo decir ni una palabra.

Se da la vuelta y también la ve, sólo que él no se queda paralizado como yo en ese momento.

En cambio, pone su servilleta sobre la mesa, se levanta y va a saludar a la madre de Trent. Se abrazan, y no puedo oír lo que dicen, pero veo que él me señala con la mano antes de que se acerquen caminando. Me pongo de pie, sintiéndome culpable de pronto de que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que fui a visitarla.

—Quinn, querida —dice, abriendo los brazos—. ¡Me alegro de verte!

—Yo también —respondo, y, aparte de la sorpresa, es verdad.

Me da un abrazo tan largo y apretado que resulta un poco incómodo. Luego, finalmente me coge de los hombros y se aparta.

—¡Mírate! ¡Estás asombrosa!

—Gracias —digo—. Usted también.

Y es verdad. Las ojeras que parecían permanentes han desaparecido, su cabello tiene color de nuevo y hasta se ha puesto maquillaje. Casi parece la versión de sí misma que solía bromear con nosotros si nos descubría dándonos un beso, y que se preocupaba por mis tiempos en las carreras tanto como Trent. Como la misma de antes. Casi.

—Gracias —dice—. He tratado de salir estos días, ofreciéndome como voluntaria por aquí y por allá... Manteniéndome ocupada, tú sabes —agrega, y hay una pizca de tristeza en ello.

Mi padre se las ingenia para que la conversación siga siendo ligera.

—Quinn también ha estado ocupada —dice—. Está corriendo de nuevo, ha estado tomando clases de kayak.

Me deja espacio para intervenir. No lo hago. «Mantenerse ocupada» parece el código para «salir adelante», lo que me resulta poco sensible de admitir delante de la madre de Trent, aunque ella lo ha dicho primero.

Ella inclina la cabeza a un lado, estira la mano y la pasa sobre mi mejilla.

—Es fabuloso oírlo, cariño, de veras. ¿Y qué hay de la escuela?

Mi padre se aclara la garganta, y me sorprende a mí misma elevando la voz; no quiero que tenga que responder de nuevo por mí.

—Todavía lo estoy pensando, pero podría tomar unas cuantas clases en la universidad de la ciudad en otoño... Lo suficiente como para correr con ellos.

Puedo sentir que mi padre sonrío junto a mí.

La madre de Trent lanza los brazos adelante para abrazarme de nuevo.

—¡Oh, Quinn, eso es maravilloso! —Me aprieta con fuerza y habla en un tono bajo, cerca de mi oído—. Trent se sentiría feliz de que te esté yendo bien. Tan feliz...

Pienso cómo pasé los cuatrocientos días siguientes a su muerte. Por primera vez, en realidad trato de imaginar lo que él pensaría si pudiera verme. No sé si es este cambio de enfoque o la sinceridad en la voz de su madre, pero la creo. Pienso: «Si él pudiera verme ahora, tal vez querría que me mantuviera ocupada y que hiciera planes y... que lo superara».

—Perdonad —dice de pronto—. Tengo una cita, así que debo irme, pero me alegro mucho de haberos visto a los dos.

Me da otro abrazo, luego abraza también a mi padre. Y, antes de darse la vuelta para irse, nos dice adiós; pero oigo algo más en la despedida. De alguna manera, la noto más final y definitiva que las anteriores. Más como dejándolo ir. Aunque me hace sentir un poco triste, lo entiendo. Siempre estaremos conectados por Trent y nuestro pasado, pero el tiempo ha estirado esa conexión de modo que ahora es débil, algo que parece inevitable.

Mi padre me mira cuando ella ya ha salido por la puerta.

—¿Estás bien? Eso ha sido... inesperado.

—Estoy bien —respondo con honestidad.

—Bueno —dice, pasando los brazos alrededor de mis hombros—. ¿Podemos terminar el desayuno?

Nos volvemos a sentar a la mesa, y algo en mí se relaja, tanto que le cuento algunas cosas sobre Colton: que su familia posee un local de renta de kayaks; sobre la cueva y lo asustada que estaba al entrar en ella remando, y el acantilado donde tuvimos un día de campo. Me sienta bien hablar de él en voz alta. No mantenerlo tan secreto y separado de esta parte de mi vida. Sigo compartiendo con entusiasmo los pequeños detalles de todo eso cuando me doy cuenta de que mi padre sólo está sonriendo y escuchando.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome de pronto un poco apenada.

—Nada —dice, negando con la cabeza—. Suena como si fuera alguien con quien vale la pena estar. Te sentará bien estar cerca de él.

Sonrío.

—Lo es.

Extraño a Colton justo en ese momento, y me doy cuenta de que hoy es el primer día, en quién sabe cuánto tiempo, que no lo he visto. Ni siquiera he tenido oportunidad de escuchar su mensaje.

Cuando llego a casa, cierro la puerta de mi cuarto y pulso el botón del buzón de voz, esperando que surja la voz de Colton, con el tono de siempre, como si estuviera sonriendo mientras habla.

—Eh, buenos días. Probablemente ya estás levantada y corriendo por las colinas con tu hermana. Tal vez querías ir a conducir por la costa pero yo, uf, olvidé que me tengo que ir al norte todo el día. Algo para la tienda, así que lo reservaremos para otra ocasión. La buena noticia es que regreso mañana por la noche, así que definitivamente debes venir para los fuegos artificiales, si puedes..., si quieres. —Hace una pausa—. Yo quiero que vengas. —Hay otra pausa y luego se ríe un poco—. De todas formas, llámame cuando puedas. Y que tengas buen día, ¿de acuerdo? Espero verte mañana por la noche.

Vuelvo a reproducir el mensaje y a escuchar su voz por segunda vez, y luego una tercera; y, cuando pienso en verlo de nuevo, espero también que cualquier cosa que tengamos pueda crecer. Que podamos crecer.

No hay instinto como el del corazón.

LORD BYRON

A pesar de todos los días que hemos pasado juntos, aún no he estado en la casa de Colton, pero me pide que lo vaya a recoger hoy allí. No tengo que buscar la dirección para saber cuál es la suya, porque, en cuanto doy la vuelta a la esquina, veo la furgoneta estacionada en el garaje abierto. En el tramo del camino al acantilado que está flanqueado por casas blancas, de estilo moderno, la de Colton destaca, y mi primer pensamiento es: «por supuesto, ésta es su casa». Está construida más atrás en la propiedad que las otras, y la fachada con tejas la hace parecer más cálida y hospitalaria que las de su alrededor, de líneas elegantes y exteriores fríos. Brillantes flores tropicales están alineadas en el jardín, y una fila de toallas y trajes de neopreno cuelga sobre la baranda del segundo piso.

Aminorando la velocidad y aparco en la cuneta, al otro lado de la calle. Me embarga una pequeña ola de nerviosismo cuando veo que Colton pasa por la puerta del garaje y lanza un par de toallas a la furgoneta. Está a punto de darse la vuelta y regresar cuando me ve y empieza a andar en mi dirección. Yo respiro a fondo antes de salir, ahora incluso más ansiosa porque ha pasado un día desde que nos vimos y nunca he estado antes en su casa. O tal vez es porque Ryan insistió en que me pusiera su vestido. O porque suele ser la hora en que me dirijo a casa. Es una sensación diferente llegar de noche.

—¡Oh! —exclama Colton, cuando nos encontramos a la mitad de la calle—. Estás...

—Gracias... Creo... —respondo, dando las gracias en silencio a Ryan.

—Lo siento, sí. Eso ha sido definitivamente un halago. —Baja la vista, y veo un destello de pena en sus ojos que me hace sonreír.

—Tú también estás genial —digo, haciendo un gesto a su ahora familiar uniforme de camiseta de surfear y shorts. Se ríe al oírlo, pero es verdad. El jersey le queda un poco ancho, y su color verde oscuro hace destacar el bronceado y el tono de sus ojos.

—Gracias —contesta—. Hago lo que puedo.

Nos quedamos allí en medio de la calle, disfrutando del aire de la noche, hasta que un coche dobla la esquina y luego disminuye la velocidad, y nos despierta de nuestro pequeño momento.

Colton señala su garaje.

—Sólo voy a cargar el kayak y ya podremos irnos. —Me mira mientras avanzamos hacia el camino de la entrada—. Has traído el traje de baño, ¿verdad?

—Claro, está en el coche. ¿Debo ir a por él?

—Sí. Tal vez quieras ponértelo aquí para que no tengas que hacerlo en el aparcamiento.

Aunque tengo mucha práctica en cambiarme detrás de una toalla cuidadosamente sostenida, es agradable no tener que hacerlo, así que voy al coche y cojo el biquini. Cuando regreso al garaje, Colton está colocando el kayak en el techo de la furgoneta.

—¿Dónde...?

—Puedes usar mi baño —responde, mientras empuja el kayak hacia delante, sobre el soporte, por encima de su cabeza—. Está al final del pasillo, la última puerta a la izquierda.

—Está bien —digo distraídamente, pero no voy a ninguna parte.

Mis ojos han encontrado una delgada franja de piel expuesta, entre la cintura de los shorts de Colton y su camiseta, mientras se estiraba para sujetar el kayak sobre el soporte. Esa piel es mucho más clara que la de su cara o sus brazos, y sé por qué. Nunca se ha quitado el jersey. Nunca le he visto el torso desnudo, sólo he adivinado sus cicatrices y el aspecto que deben de tener ahora, siempre ocultas debajo de un traje, una camiseta de algodón o de neopreno.

Me descubre cuando lo estoy observando y sonrío antes de bajar los brazos, ocultando las partes que no está listo para que yo las vea.

—¿Necesitas que te muestre el camino?

«Sí», pienso.

—No —digo—, puedo encontrarlo.

Paso por la puerta rumbo al corredor. Suspiro.

Doy la vuelta a la izquierda y camino por el pasillo, que está casi a oscuras, excepto por una luz que surge de una puerta a la derecha. Estoy a punto de pasar por delante, pero, justo cuando llego a la franja de luz que sale del cuarto, algo en el armario me llama la atención.

Me detengo enfrente de la puerta a medio abrir, esperando no hacer ruido, y luego miro por encima de mi hombro para asegurarme de que Colton no viene, lo que me hace sentir todavía más culpable. Pero, cuando no veo más que la puerta cerrada que lleva al garaje, la curiosidad me gana y empujo esta puerta con suavidad.

Jadeo.

En todas las paredes de la habitación, hay repisas que sostienen botellas de todo tipo y tamaño, y cada una de ellas contiene un barco, flotando dentro del vidrio. El que vi desde el pasillo es el más grande, como un enorme jarrón puesto de lado, con uno de esos barcos de mástil alto y la vela hinchada por el viento invisible. En las demás botellas hay barcos más pequeños, botes de vela y otras embarcaciones cuyos nombres desconozco. Algunas botellas son redondas y perfectamente claras; otras son cuadradas, o están hechas de cristal grueso, con nubes de burbujas, de modo que las naves de dentro tienen una calidad más suave, casi de ensueño.

No puedo evitarlo. Doy un paso hacia dentro del dormitorio y cojo una de las botellas más pequeñas. Dentro hay un barco que parece pirata, con velas oscuras raídas que se ven como si el viento las estuviera azotando. Le doy la vuelta a la botella, luego la levanto por encima de mi cabeza, inspeccionando la parte de abajo para ver si puedo entender cómo metió el objeto.

—Ésa es el *Essex* —dice Colton desde detrás.

Su voz me asusta. Abro la boca para decir algo, no sé qué hacer con la botella en mis manos y luego la pongo de nuevo en el estante rápidamente, sintiéndome culpable, culpable, culpable. Él la coge con cuidado y la sostiene entre nosotros.

—Lo siento —murmuro—. No estaba tratando de espiar. Iba al baño, pero entonces he visto los barcos a través de la puerta abierta y no he podido... ¿Es tu cuarto?

Colton se ríe, luego coloca la botella en su lugar y mira las paredes, con todos sus barcos y botellas.

—Sí —afirma.

Miro a mi alrededor también, no sólo a las paredes llenas de barcos, sino al escritorio, limpio, excepto por algunas fotografías enmarcadas de su familia y una de esas lámparas flexo. Junto a él, la cama está hecha con cuidado, cubierta con un simple edredón azul. Encima de la

cabecera, pintada en la pared con letra manuscrita de tipo antiguo, hay una cita que me resulta vagamente familiar: «Un barco está seguro en el puerto, pero los barcos no se construyen para quedarse allí».

Mis ojos viajan hacia abajo, al escritorio, en el que se encuentra una botella de agua, una pila de libros y dos filas de frascos de medicamentos. Aparto la vista de ellos, sabiendo que a él no le gustaría que los viera, y la vuelvo hacia las paredes llenas de barcos.

—¿Tú los coleccionas?

Colton se aclara la garganta, nervioso, o tal vez apenado; no lo sé.

—Algo así. Quiero decir que yo los hice.

—¿Los hiciste tú? —Debe de haber cientos, apilados en cuatro niveles en las cuatro paredes de su cuarto—. ¿Todos éstos?

—Sí. Por lo general, no le cuento eso a la gente. —Sonríe, pero sus ojos no buscan los míos—. Es una especie de pasatiempo de viejos.

No puedo evitar reírme.

—No es un pasatiempo de viejos —digo, pero no suena convincente.

Colton se vuelve hacia mí.

—No, en realidad lo es. Mi abuelo me enseñó a hacerlos hace algunos años. —Guarda silencio durante un momento, mira las paredes llenas de barcos guardados en cristal—. Las llamaba botellas de la paciencia. Los viejos marineros solían hacerlos de cualquier cosa que encontraban en sus barcos cuando estaban en el mar varios meses seguidos. Una forma de pasar los días.

Lo estudio mientras los mira, observo la sonrisa que se escapa ligeramente de su rostro, y las cosas que dice empiezan a conectarse en mi mente: hace unos años, botellas de la paciencia.

—Solía tener mucho tiempo libre. —Llena el silencio—. Y supongo que él imaginaba que era una buena manera de pasarlo. Me trajo un juego un día, lo puso en mi escritorio y trabajamos juntos hasta que estuvo terminado. —Se mira una mano y luego vuelve a sonreír—. Tú has cogido el primero que hice.

—¿Puedo? —pregunto, estirando de nuevo la mano hacia la botella.

Me lo entrega, y miro de cerca el barco con sus pequeñas velas.

—¿Cómo lo metes?

—Magia —dice.

Golpeo su hombro con el mío. Y el contacto provoca un aleteo en mi interior.

—No, de verdad. —Trato de sonar seria—. ¿Cómo lo haces?

Colton se da la vuelta para verme de frente y, con gentileza, pone las manos sobre las mías en la botella para que la sujetemos juntos. Me mira por encima de la curva del cristal, con sus cálidas manos en contacto con las mías.

—Construyes el barco fuera de la botella, de modo que esté plano y contraído. Luego lo metes dentro de la botella. Esperas haberlo hecho todo correctamente y, cuando tiras de la cuerda para levantar el mástil y las velas, si tienes suerte, hay magia: se levantan y cobran vida.

Hace una pausa y contempla el barco a través del grueso cristal, pero no puedo dejar de mirarlo a los ojos. Puedo imaginarlo sentado en este cuarto con su abuelo. Estaría pálido y delgado como en las fotografías, construyendo pacientemente cada pequeño barco mientras espera su propia dosis de magia. La que lo haría levantarse y cobrar vida de nuevo.

—No es complicado —dice, después de un largo momento—. Sólo frágil.

«Frágil», pienso.

La palabra me atrapa, me trae de regreso a lo que la enfermera de urgencias me dijo acerca



del corazón de Colton.

—Son muy bonitos —digo—. ¿Todavía los haces?

Parpadea y luego sonrío.

—En realidad no. Eso fue... —Hace una pausa, parece encerrarse en sí mismo—. No tiene sentido construir pequeños barcos que nunca verán el océano cuando en realidad puedes estar en él todos los días.

Sonríe, un interruptor se enciende y se apaga, y me doy cuenta de que la conversación ha terminado. Ha terminado aquí en este cuarto.

—Hablando de estar en el océano —dice—, debemos irnos ya si no queremos perdernos los fuegos artificiales.

—Está bien —contesto, aunque no estoy lista para acabar con esto—. Sólo necesito un minuto para cambiarme.

Sin embargo, en lugar de irme, hago una pausa, estiro la mano hacia él, hacia su pecho. Ligeramente. Con mucho cuidado.

«Fragil», pienso.

Pero no lo percibo así debajo de mi mano. Para nada. A través de todas las capas que hay entre nosotros: la camiseta, la cicatriz que oculta y la sólida curva de su pecho, casi puedo sentir el firme e inconfundible latido de su corazón.

El mío está desbocado, y una fuerza repentina y gravitacional me atrae un paso más hacia él. Nos quedamos en la puerta durante un largo momento, que se percibe frágil. Él mira mi mano en su pecho, y, aunque quiero mantenerla allí para seguir sintiendo esto, la bajo y paso junto a él para ir al pasillo, dejando los barcos, esa cercanía y los ritmos de nuestros latidos arremolinándose en el aire.

Rompe la luz donde ningún sol brilla; donde ningún mar corre, las aguas del corazón empujan con sus mareas.

DYLAN THOMAS

Al principio creo que el color rojizo del agua es un truco a causa de la luz. Empujamos juntos el kayak cuando el sol está a punto de desaparecer en el horizonte, dejando atrás un cielo anaranjado que rápidamente se desvanece para dejar paso a un color azul. El aire aún es cálido, y la superficie del agua está tan tranquila que parece más un lago que un océano.

—Oh —susurro mientras ayudo a Colton a empujar el kayak en el agua, que le llega hasta las rodillas—. Está tan bonito esta noche...

Colton mantiene la vista en el horizonte.

—Podría verlo todos los días y nunca me cansaría.

—Yo también —digo.

«Así», pienso. Aquí, con los dedos de los pies hundidos en la arena, el agua formando remolinos fríos y suaves alrededor de mis piernas. «Contigo...», pienso.

—¿Lista? —dice Colton, sosteniendo el kayak con firmeza para que yo entre en él.

Doy un paso hacia dentro, y Colton lo hace un segundo más tarde. Nos acomodamos y hundimos los remos en el agua, oscura. Lo hacemos con facilidad sobre una pequeña ola y luego otra. Miro el remo mientras empuja sobre la superficie, dejando pequeños remolinos del color del óxido.

—¿Por qué el agua se ve así? —pregunto.

—Es una marea roja —responde Colton.

—¿Una marea roja? —Miro abajo de nuevo, sin que me haya gustado cómo suena, sobre todo después de que dejara que me convenciera de remar hasta el muelle en la oscuridad, para ver los fuegos artificiales desde el agua. Me vuelvo para verlo—. Me da miedo preguntar qué es.

—No es nada de lo que haya que espantarse. Se debe a un tipo especial de alga que florece de pronto, por toda la costa. Es maravilloso cuando sucede.

—¿De veras? —Mantengo la vista sobre el agua mientras nos deslizamos lentamente por encima de ella. Parece más sucia que maravillosa.

—Sí. Es cosa del azar... En realidad nadie puede predecirla o controlarla, supongo, porque nadie realmente sabe siquiera qué la causa, pero de noche...

Se queda callado y, cuando me doy la vuelta, su cara está iluminada de una manera que se ha vuelto familiar para mí. Me hace sonreír.

—¿De noche qué? —pregunto.

Mira el agua, como si se estuviera debatiendo por decidir si debe contestar o no; luego me lanza una sonrisa y dice:

—Sólo espera. Ya verás.

—Ahora realmente me da miedo preguntar.

Colton se ríe.

—No hay nada que temer, te lo prometo. —Señala con el remo la silueta del muelle, a lo lejos—.Vamos. Tenemos que avanzar más rápido si queremos llegar allí a tiempo para ver el inicio de los fuegos artificiales.

Miro el muelle que sobresale del océano contra un cielo que se oscurece rápidamente.

—Parece estar lejos... ¿Estás seguro de que podremos regresar? ¿No nos vamos a perder en el mar? ¿Ni se nos va a tragar la marea roja nocturna o algo así?

—No te puedo prometer nada —dice Colton encogiéndose de hombros—. Ésos son los riesgos que estoy deseando correr esta noche.

Sonríe, tranquilo y confiado, sintiéndose como en casa en el agua, y puedo sentir de nuevo ese zumbido entre nosotros en el aire.

—Riesgos que desees correr, ¿eh?

Asiente lentamente y trata de parecer serio.

—Para tu beneficio, por supuesto.

—Está bien —digo, incapaz de evitar esbozar una sonrisa—. En ese caso, supongo que yo también los deseo.

—Qué bien —dice Colton, y estoy muy segura de que esta vez es la respuesta que quería escuchar. No aparta los ojos de los míos mientras sonrío—. No te arrepentirás.

El cielo se vuelve de un color añil, y surgen las primeras estrellas, pequeñas y brillantes, sobre el océano. Mis golpes de remo son fuertes, tan llenos de energía al principio que estoy segura de que puedo remar hasta el horizonte y regresar sin agotarme. Pero, después de unos momentos en silencio, nos deslizamos a nuestro ritmo, sin palabras. Me relajo y encuentro mi camino de regreso al lugar que hace que todo desaparezca, excepto el océano, el cielo y nosotros; deslizándonos juntos por ese lugar invisible donde uno termina y el otro empieza.

Mis ojos se ajustan gradualmente a la oscuridad, casi al mismo ritmo en que ésta nos rodea. Los cierro por un momento para dejar que el aire, el agua y la noche se adentren en mí. Todo es eléctrico. Vibrante, vivo y cargado de posibilidades. Navegando sobre el agua, a través de la oscuridad, yo también me siento así. Es un sentimiento que empieza en lo profundo de mi pecho y me recorre todo el cuerpo. Casi demasiado como para contenerlo. Recuerdo por un instante la fotografía de mi armario, el corazón de cristal rojo asegurado dentro de una botella, y luego todos los barcos de Colton en las suyas; y es cuando me doy cuenta de la verdad en las palabras garabateadas en la pared de su dormitorio: «Un barco está seguro en el puerto, pero los barcos no se construyen para quedarse allí».

Se construyen para esto, para que vivan esta experiencia. Y tal vez..., tal vez también es para eso para lo que sirve el corazón.

Todavía tengo los ojos cerrados cuando siento que el ritmo de Colton se salta un golpe, y sé que ha levantado su remo del agua.

—Aquí está —dice detrás de mí, con una voz llena de entusiasmo—. Quinn..., ¿lo ves?

Abro los ojos y él se inclina hacia delante todo lo que puede. Me acerca su remo a través del agua. Por un segundo, creo que mis ojos me están engañando. La noche ha caído por completo, las luces del muelle brillan a cierta distancia y las estrellas llenan de puntos el cielo; pero, en el lugar en que su remo corta la superficie del agua, emerge un brillo de un color azul pálido. Parpadea, y se va.

—¿Lo has visto? —pregunta Colton. Y, antes de que pueda responder, desliza su remo por el agua de nuevo.

Una vez más, aparece un brillo de un color azul tenue y desaparece casi tan rápido como

surge.

—¿Qué es eso? —pregunto. Miro el agua, esperando a que pase de nuevo.

—Es el agua —dice Colton.

Se ríe suavemente mientras hunde un extremo del remo, le da una vuelta rápida y enciende otro resplandor azul, más brillante esta vez que la última.

—Pero... —No termino.

Después, hago ese gesto con mi propio remo y me sorprende cuando aparece el mismo resplandor azul a su alrededor. Me río con ganas. No hay una explicación lógica para este..., este... Ni siquiera sé cómo llamarlo.

Puedo sentir la mirada de Colton.

—Esperaba que pudiéramos verlo —dice.

—¿Qué es? —Sigo dando vueltas al remo, sin creerlo.

—Se llama bioluminiscencia —aclara—. Son todas esas algas de las que te hablaba.

Usa su remo para atrapar agua como si fuera una cuchara, la deja caer por el borde y, cuando las gotas golpean la superficie, crean una luz azul, pequeña, apenas discernible. No puedo ver el rostro de Colton ahora, a causa de la oscuridad, pero sé, por su voz, que está sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cómo lo hacen...?

Barro el agua con mi remo de nuevo, tratando aún de comprender cómo algo así puede ser real.

—Es su mecanismo de defensa —dice—. Como un reflejo. Cuando algo las toca, responden con luz.

Ahora barre el agua con su remo, trazando un amplio arco, y aparece de nuevo el brillo de color azul suave, de alguna manera más especial ahora que sé la razón por la que sucede. Porque cuando estas pequeñas cosas tienen miedo brillan.

—Esto es... es mágico —digo.

Hago girar de nuevo mi remo suavemente. Me siento mareada, por la noche, el agua y el brillo. Y por Colton, que me muestra todo esto. Por dármelo, en realidad.

—¿Cómo sabes tanto sobre tantas cosas? —pregunto.

Colton se ríe.

—¿Es una pregunta capciosa?

—No, de verdad.

Me muerdo un labio, deseando no haber hecho la pregunta, porque me asusta la intención que tenía. A lo que me refería es a cómo, de alguna manera, puede mostrarme cosas que no sabía que necesitaba ver, o me lleva a lugares a los que no había adivinado que necesitaba ir. Cuando Trent murió, fue como si hubiera retrocedido un paso por completo en la vida, porque vi lo frágil que en realidad es. Pero Colton..., él me está empujando al frente de nuevo, desde el momento en que nos conocimos. Mostrándome el lado hermoso de la misma verdad.

—No importa —digo después de un momento—. No sé lo que he querido decir.

Se oye un estallido a lo lejos, y agradezco que Colton aparte la atención de mí por un instante.

—El primero de la noche —dice, levantando la barbilla hacia el cielo.

Me doy la vuelta a tiempo para ver el rastro de una raya blanca que sube por el cielo y luego explota en fragmentos brillantes y centelleantes de luz, que forman arcos al caer sobre el agua, como un candelabro gigante. Colton coge el remo que descansaba en sus piernas.

—Vamos —sugiere.

—Ni siquiera necesito ver los fuegos artificiales con esto en el agua —digo, mientras giro mi remo.

El efecto de la luz de color azul claro no me ha cansado.

—Es el 4 de julio, día de la Independencia de Estados Unidos; todos necesitan fuegos artificiales —dice Colton—. Vamos.

Hunde su remo en el agua y nos hace avanzar. Me uno a él, sólo que ahora mantengo los ojos bien abiertos, absorbo todo lo que puedo mientras nos dirigimos al muelle, abriendo un suave y brillante camino azul a través de la noche y su oscuridad.

Remamos hacia los estallidos y las luces que explotan. Después de unos minutos estamos tan cerca que puedo oler el azufre del humo y sentir cada fuego artificial en el fondo de mi pecho. La gente que está en la playa aplaude mientras observa cómo uno de color rojo, blanco y azul, los colores de la bandera estadounidense, ilumina la noche y luego cae crepitando. Remamos para acercarnos más al muelle. Y, bajo el estallido de color y luz del cielo, puedo ver cómo el agua golpea suavemente los pilotes cubiertos de mejillones. Colton levanta el remo del agua y lo deja dentro del kayak, así que yo hago lo mismo y luego me vuelvo.

—Está bien —dice—. ¿Los quieres ver desde el mejor asiento?

—¿No es donde estamos justo ahora? —pregunto, sin quitar la vista del cielo.

—Casi. Espera.

Otro estallido hace eco en mi pecho, y me echo a temblar por el aire frío. El kayak se mece, y Colton lanza algo que aterriza en el agua con un golpe pesado y que lo salpica todo.

—Es el ancla —dice—. Para que no vayamos a la deriva.

Afirmo con la cabeza mientras se inclina hacia delante, al fondo de mi asiento, y desengancha el cojín. No puedo ver mucho, pero sus manos conocen el camino.

—Pon esto donde estaban tus pies, como una almohada. Yo haré que mantengamos el equilibrio.

Me levanto lo suficiente para tirar del cojín sobre el que estoy sentada y me las arreglo para colocarlo bien en los pies. Entonces Colton me entrega tres toallas dobladas.

—Ten —dice—. Usa esto como almohada. Así podrás echarte de espaldas y subir las piernas sobre la parte del medio, justo aquí. —Da unas palmadas a la división plana que separa nuestros asientos.

—¿Y tú?

—Yo haré lo mismo.

—Está bien.

Por un momento nos movemos a tientos mientras cada uno trata de ajustarse al movimiento del otro, sin saber muy bien dónde poner las piernas en ese pequeño espacio. Acomodo las toallas lo mejor que puedo sobre la almohadilla, y luego me dejo caer encima de ellas cuidadosamente como él ha dicho.

Una vez que estoy sentada, Colton hace el cambio con su asiento; baja lentamente y estira las piernas cerca de las mías, en la parte elevada que hay entre nosotros. El kayak se balancea con suavidad mientras nos acomodamos allí, recostados, con nuestras piernas rozándose. El calor sube por las mías, a pesar de la frialdad del aire.

—Ahora tenemos los mejores asientos posibles —dice Colton.

Unas luces rojas explotan sobre nosotros, haciendo que nos veamos sonrojados.

Me cuesta trabajo apartar los ojos de él, pero me echo hacia atrás todo lo que puedo y miro hacia arriba. El siguiente fuego artificial sube muy alto: una franja blanca vertical en el cielo. Y, después de la más pequeña de las demoras, cuando me pregunto si quizá no se encenderá, una luz

azul brillante explota sobre nosotros y luego cae, suave y lentamente, antes de desvanecerse en el aire que nos rodea.

Permanecemos recostados, mirando cómo explotan los fuegos artificiales. Puedo sentir los estallidos y las crepitaciones en mi pecho, y el calor de sus piernas entrelazadas con las mías. Con cada momento que me hormigean, algo más crece con mayor fuerza. Una cosa que no había previsto y que ahora es algo que no puedo controlar o explicar. Es un impulso contra el que no quiero combatir.

El bote se mece suavemente mientras me levanto, y no me sorprende cuando veo que Colton también está erguido. Sé que él también lo siente. Nos quedamos sentados allí, sin hablar, cara a cara entre el resplandor del agua y el cielo. Tanta luz después de tanta oscuridad.

Él eleva una mano para acercarla a mi mejilla, enredando los dedos de nuevo en mi cabello, y luego mueve el pulgar, suave como una pluma, sobre la pequeña cicatriz en mi labio superior.

Ese momento en que lo vi por primera vez y nuestros mundos chocaron regresa a mí precipitadamente. Envía escalofríos por todo mi interior. Me inclino hacia la calidez de su mano, espiro temblorosa mientras acerco la punta de mis dedos a su pecho.

—Quinn, yo... —Susurra las palabras, sin terminarlas, cerca de mi boca mientras el espacio entre nosotros desaparece y nuestros labios finalmente se tocan.

Mil fuegos artificiales explotan en mi interior, y los siento en él también, en sus labios contra los míos. Y sus manos en mi pelo, y la manera en que nos acercamos.

Todo lo demás se desvanece y, en este momento, cuando nos tocamos, somos luz.

Una de las cosas más difíciles en la vida es tener palabras en tu corazón que no puedes pronunciar.

JAMES EARL JONES

Mientras remamos de regreso en la oscuridad, lo único que puedo ver enfrente de mí es la línea que he cruzado y que resulta cegadora. Todavía puedo sentir los labios de Colton en los míos, y el deseo en su tacto, fuerte y suave al mismo tiempo. Y puedo oír el sonido de mi nombre, susurrado en sus labios. Pero lo que puedo ver cuando cierro los ojos es su cara, en ese momento justo antes del beso. Abierta, confiada, ignorante de las verdades con las que he bailado alrededor, verdades que ahora siento como si hubieran crecido y se hubieran convertido en mentiras, porque no he hablado de ellas todo este tiempo.

Remamos en silencio, y lo noto más tenso que cómodo. Mientras nos abrimos paso sobre el agua, me pregunto si Colton también lo siente de esta manera.

Cuando llegamos a la orilla, estoy segura de que es así. No dice una palabra, pero me lanza una rápida sonrisa mientras levantamos juntos el kayak y lo cargamos, goteando y frío, sobre nuestras cabezas hasta su furgoneta. Después, él coge su mochila y me da una toalla seca.

—Aquí tienes —dice—. Yo voy a..., dejaré que te cambies.

—Gracias —contesto, y él desaparece junto al asiento del conductor para darme espacio.

Mientras me quedo allí sola, el aire es más frío que cuando hemos salido del agua. Aun con la toalla envuelta a mi alrededor, tiemblo mientras me quito el traje de baño y busco a tientas, con manos temblorosas, mi vestido. A través de las ventanillas, puedo ver la silueta de Colton, que se está quitando la camiseta de neopreno y estira la mano hacia su asiento para coger una camisa. Trato de concentrarme en abrochar el vestido de Ryan, pero la puerta se abre y veo un atisbo de Colton bajo la suave luz: cabello revuelto por la brisa salada, mejillas sonrojadas por el frío de la noche, labios que sabían a ambas cosas cuando me besó. Una ligera sensación de aleteo me crece en el pecho y envía un torrente de calor por todo mi cuerpo mientras la puerta se cierra y la furgoneta se vuelve a oscurecer. Respiro hondo, y luego espiro larga y lentamente. No tengo más opción que contárselo todo.

Termino de vestirme de manera lenta pero deliberada. Envuelvo el biquini mojado en la toalla. Respiro lentamente de nuevo, cierro los ojos y, antes de alcanzar la manija de la puerta, recuerdo de nuevo el beso. Cuando la abro, Colton me mira, luego gira la llave y enciende la calefacción.

—Lo siento... Debería haber puesto la calefacción antes. Parece que tienes frío.

Afirmo con la cabeza mientras entro, uniendo las manos y llevándolas a la boca como si el frío tuviera la culpa y no lo que estoy a punto de decir. Luego cierro la puerta y trago saliva con fuerza. «Limítate a decirlo. Cuéntaselo», me ordeno.

—Colton, hay algo...

—¿Quieres ir a visitar algún *spa*?

Hablamos al mismo tiempo, nuestras palabras se superponen, interceptándose entre sí.

Él se ríe.

—Lo siento, tú primero.

—Yo... —Dudo, y los nervios que había contenido se me escapan cuando una sonrisa aparece en la comisura de sus labios—. ¿Ir a qué? —pregunto.

—Ir a un *spa* —dice, con los ojos chispeantes por el brillo del tablero—. El Sandcastle Inn tiene uno bueno en el ático, y conozco el código. Podríamos entrar y pasar allí un rato. Calentarnos.

Suena tan esperanzado que me permito imaginarnos, por un segundo, sentados en un *spa*, mientras el vapor asciende en el aire nocturno, el agua caliente forma remolinos a nuestro alrededor, y...

—No puedo —digo demasiado rápido—. Yo... necesito ir a casa.

Cojo el cinturón de seguridad por encima de mi hombro y lo abrocho como una decisión final.

—Entiendo —dice Colton.

La sonrisa se ha ido de su voz.

Sus ojos buscan alguna razón por la que he pasado de ir demasiado cerca a demasiado lejos, flotando en la oscuridad. Pongo las manos sobre las piernas y no digo ni una palabra más. No puedo decir nada.

Una alarma suena en su teléfono, lo coge y lo silencia sin siquiera mirar, pero sé que es un recordatorio de sus medicinas.

Colton se aclara la garganta, enderezándose en su asiento.

—Antes en el agua, eso ha sido...

Vuelvo a mirarlo, mientras cada fragmento de mi ser espera oír el resto de la frase. Confiando en saber lo que él cree que ha sido. Pero sólo mira hacia abajo y tamborilea con los dedos sobre el volante, y los observa durante un largo momento.

—Lo siento —dice—. Pensaba que tú sentías... —Niega con la cabeza y mueve el cambio de marchas para empezar a conducir—. No importa. Te llevaré a tu coche.

Da una vuelta al volante, y avanzamos lentamente por el camino que lleva a su casa y a que él no sepa la verdad acerca de Trent, de su corazón o de lo que he sentido allí también.

—Detente —pido con suavidad.

Colton pisa el freno, se vuelve hacia mí y veo una abierta esperanza.

—Yo sí me he sentido así —digo.

Se lo ve aliviado, y trato de ser valiente y honesta como él lo ha sido hace un momento.

—Allí en el agua ha sido... —Hago una pausa, reuniendo valor—. Ha sido la primera vez que me he sentido así desde hace mucho tiempo. Desde... —está tan cerca, la verdad sale a la superficie de nuevo—, desde que perdí a alguien que realmente era muy cercano a mí —digo, encontrando mi voz—. Alguien a quien amé.

Hay una pequeña muestra de alivio en el fragmento de verdad, pero es momentánea.

—Lo sé —dice Colton, mirando el volante.

Todo en mí, respiración, pulso, pensamiento, se detiene.

—¿Lo sabes?

Me mira, y no veo nada de lo que esperaba: dolor, furia, nada de eso. Lo único que puedo percibir en él es simpatía.

—Lo pensaba —dice con tranquilidad—. Tú te contienes de la manera en que a veces lo hace la gente que ha perdido a alguien. —Se queda callado un momento—. O cuando piensa que



lo va a perder. Tuve una novia hace un par de años que se portó así cuando las cosas... —Se aclara la garganta—. Se contenía conmigo así. De la manera en que tú lo haces.

Mi corazón salta de nuevo a la acción, golpeando alternativamente con culpa, preocupación y alivio contra mis costillas. Él no sabe que está hablando de Trent, pero puede ver más de lo que pensaba.

—Lo siento —digo—. Debería habértelo dicho antes, pero he estado...

«Conteniéndome por más razones que tan sólo por sentirme culpable con Trent. Conteniéndome porque tengo miedo de lo que sucedería si supieras la verdad. Lo que perderé», pienso.

Se me hace un nudo en la garganta, y las lágrimas se acumulan, listas para aflorar con lo que sé que necesito decir a continuación.

—No lo sientas —dice Colton, inclinándose mientras se acerca.

Acerca los labios, muy suavemente, a mi frente en un beso que no pide nada a cambio. Cierro los ojos y dejo que la sensación se adentre en mí, y desearía que todo fuera tan simple.

Sus labios avanzan por mis sienes, bajan por la mejilla y se quedan allí, a un suspiro de los míos.

—Tú me dijiste —susurra— que no lo sintiera por algo que no puedo controlar.

Nuestros labios se rozan, y siento que no hay nada por lo que quiera contenerme. Casi me hundo en él, en otro beso, pero Colton se aparta, justo lo suficiente para mirarnos a los ojos en la oscuridad.

—Por favor —susurra—. No lo sientas por nada. Especialmente por esto.

Nada está menos en nuestro poder que el corazón y, lejos de ordenarle, estamos obligados a obedecerlo.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Conduzco a casa en silencio. En un silencio oscuro y pesado, sólo roto por un fugaz juego de faros. Veo fragmentos de esta noche: la puesta de sol, el brillo del agua, los fuegos artificiales, ese beso. Y destellos de otra noche y otro beso.

La primera vez que Trent me besó, estábamos nadando de noche en mi piscina. Tarde, después de que todos se hubieran ido a dormir. Había pasado nadando junto a él debajo del agua, sintiendo que el pelo formaba ondas detrás de mí, bajo la luz, y esperando que mi silueta se viera tan bonita como me sentía entonces. Cuando salí, él estaba enfrente de mí. Sus manos apenas rozaron mi cintura, y nos equilibramos allí en ese instante, preguntando y sabiendo al mismo tiempo lo que iba a suceder. Nuestro primer beso fue suave, dulce. Una pregunta en mis labios. Él sabía al chicle de sandía que siempre mascaba, y a la noche robada al verano. El recuerdo me produce un pequeño dolor alrededor del corazón, un tipo de añoranza que percibo distante y nostálgica.

La sensación de sus labios en los míos es como un susurro de un recuerdo. Pero el recuerdo de Colton es vivo y palpitante. Así como el primer beso de Trent fue tímido, una pregunta, besar a Colton fue como conocer la respuesta. Sabiendo que la respuesta era el otro.

Hay tantas cosas enmarañadas en nosotros y a nuestro alrededor... Pérdida y culpa. Secretos y mentiras. Tantas cosas que él no sabe, cosas por las que lo siento porque yo sí las puedo controlar. O pensaba que podía hacerlo hasta esta noche. Pensaba que lo podía controlar hasta que reconocí esa sensación que había olvidado hace mucho tiempo y que no sabía que sentiría de nuevo. No sabía que podía sentirla de nuevo.

Cuando me detengo en el camino de la entrada, la casa está a oscuras. Me quedo sentada un momento y miro por la ventanilla al cielo tan lleno de estrellas que parece inexistente. Como algo tan perfecto y frágil que en realidad no puede ser cierto. Y entonces se enciende la luz de la habitación de Ryan, y todo lo que quiero es que me diga que sí puede serlo.

Ella se sobresalta un poco cuando entro en su dormitorio deprisa y sin llamar.

—Eh, ¿cómo te ha ido en tu...? —Su sonrisa desaparece al verme—. ¿Qué ha salido mal?

Eso es todo lo que necesito. Ando los pocos pasos que faltan hasta su cama, la abrazo y todo lo que he estado conteniendo se libera.

—Eh, eh, eh —exclama, abrazándome—. ¿Qué ha pasado?

Cierro los ojos con fuerza y me hago un ovillo mientras los hombros me tiemblan entre sus brazos.

—Quinn —dice, apartándome lo suficiente para verme—. ¿Qué pasa?

Lo veo de nuevo, nuestro beso.

—Yo..., él... —Entonces oigo sus palabras: «Por favor, no lo sientas por nada. Especialmente por esto». Me muerdo el labio inferior y me paso las manos por la cara, que está caliente y húmeda por las lágrimas.

—¿Él qué?

Se incorpora, con la preocupación grabada más profundamente en su expresión.

Sacudo la cabeza.

—Nos hemos besado, en el agua, y él ha sido tan..., y yo... —Me tiembla la voz, y otro sollozo me lleva la barbilla hasta el pecho.

La voz de Ryan se vuelve suave de nuevo.

—Ya hablamos de eso, de que está bien sentir...

—No —digo, levantando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Quinn, sí. Tienes que creerme. Trent y tú...

—¡No es eso!

La firmeza de mi voz nos sorprende a ambas, y ella se queda callada mientras me mira, fijándose en mis ojos hinchados y en mi barbilla temblorosa.

—Entonces..., ¿qué es? —pregunta lentamente, como si tuviera miedo de conocer la respuesta.

Trago saliva por las lágrimas que tengo acumuladas en la garganta y por el miedo de lo que ella pensará.

—Hice algo horrible —susurro; miro abajo, lejos de los ojos de mi hermana, a mis manos retorciéndose sobre las piernas—. Algo que nunca debí hacer, y ahora...

Me tapo la boca para contener el sollozo que está surgiendo y las palabras que sé que necesito decir en voz alta.

Puedo sentir que mi hermana me está observando, pero no la miro.

—¿Qué? Sólo dímelo. Lo que sea.

Dudo por un instante y luego hago lo que ella dice. Se lo cuento todo, empezando con la carta que escribí. Le hablo sobre los días que esperé una respuesta y las noches en que realicé búsquedas en internet para encontrarlo. Acerca del blog de Shelby y cómo finalmente lo hallé. Que nunca quise encontrarme con él, pero que, una vez que lo hice, quise conocerlo. Y cómo ahora que lo conocía lo último que quería era hacerle daño. También le cuento el beso de esta noche. Cómo lo he vivido y lo que ha dicho después, acerca de contenerse y sentirlo. Y, finalmente, cuando se lo he contado todo y ya no me quedaban palabras para lo que he hecho, miro a mi hermana.

Ella se queda callada. Me siento en su cama, rodeada de pañuelos desechables, con los ojos hinchados y esperando a que ella me diga que todo va a ir bien, o que él lo comprenderá, o que no es tan malo como parece, pero no lo hace. Respira a fondo. Me mira como si sintiera lo que está a punto de decir.

—Tienes que contárselo.

—Lo sé —digo, y reconocerlo hace que broten más lágrimas en mis ojos, pero Ryan no se contiene.

—No sólo porque él merece saber la verdad —dice—. Necesitas decírselo porque es la única oportunidad que tienes para que cualquier cosa que haya entre los dos sea real, si es lo que quieres. —Me mira con una expresión seria—. Pero, primero, tienes que decidir qué es lo que quieres. Estás indecisa, creo, pero... —Hace una pausa, aprieta los labios y luego dice algo más que, en un lugar profundo y oculto de mi ser, yo ya sabía—. Si quieres abrirte a Colton, antes

tienes que dejar ir a Trent. Permitir que él sea parte de lo que eres: tu primer amor, tus recuerdos, tu pasado. Pero dejarlo ir. Tienes que hacerlo —dice con voz suave— para que puedas estar aquí ahora.

Y aceptarás las estaciones de tu corazón, tal como has aceptado siempre las estaciones que pasan por tus campos. Y mirarás con serenidad a través del invierno de tu dolor.

KAHLIL GIBRAN

Termino de atarme los zapatos y me levanto. Miro mi reflejo en el espejo. Respiro. Y luego dejo que mis ojos vaguen por las fotografías en que estamos Trent y yo. Las sigo, por todo el espejo, hasta el girasol que él me dio, que continúa pálido y seco junto a ellas. Respiro hondo una vez más, y luego lo cojo y lo acuno en mis manos, con la mayor suavidad que puedo.

Miro la fotografía que recorté de la revista de Ryan. El corazón, varado en la orilla de una playa vacía, metido en una botella. Lo contemplo y pienso en lo que Colton dijo acerca de todos los barcos en las botellas: no quería construirlos más si nunca iban a ver el océano, y lo comprendo.

Me siento de la misma forma. Salgo de casa lo más rápido que puedo porque necesito hacer esto sola.

Mis piernas me llevan por los escalones, hasta la tierra, y empiezo a respirar de nuevo. El corazón me empieza a funcionar de nuevo.

Siento que mis pies golpean el suelo, uno delante del otro, hasta que llego al final del camino de la entrada. Y luego me detengo. Respiro. Y comienzo de nuevo, por el tramo del camino que he estado evitando desde hace tanto tiempo. El camino que fue nuestro inicio, hasta el lugar que pensaba que era mi final.

Han pasado tantos meses desde que no corro por este camino que al principio me parece poco familiar. Los árboles están más llenos, los viñedos más gruesos. Pero conozco este camino, sus colinas que suben y bajan, y sus giros. Conozco el tramo donde los girasoles crecían silvestres en el campo y a lo largo de la reja. Donde todavía lo hacen.

Brillan contra el cielo del verano, agitándose suavemente entre la brisa. Me detengo a escuchar y casi puedo oír su voz.

—¡Eh! ¡Espera!

Cierro los ojos y puedo verlo allí, sonriendo y sosteniendo el girasol en la mano. Pero entonces otro recuerdo lo hace a un lado. La reja hecha astillas, las luces que giran, pétalos y sangre dispersos por el suelo.

Abro los ojos y estoy de nuevo aquí, donde el suelo no muestra cicatrices, la reja está reparada, y los girasoles crecen altos y hermosos a su alrededor.

Fijo los ojos en el campo dorado mientras elevo por encima de la cabeza el girasol seco que he cogido de mi habitación. Miro los altos tallos doblados que se agitan cuando paso los pétalos que parecen papel entre los dedos, y libero cada pequeña pizca en la brisa. Todos nuestros primeros y últimos momentos, y todos los que están entre ellos. Se arremolinan y bailan en las corrientes invisibles, y luego uno por uno desaparecen para ir a un lugar del que siempre formarán

parte.

El miedo puede paralizar a la gente. Una razón por la que los receptores no escriben es porque temen que herirán o dañarán de alguna manera a la familia al «hacer presente algo en lo que no quieren pensar»: la pérdida de su ser amado. Por supuesto, de lo que no se dan cuenta es de que ésta es una pérdida con la que cargas todos los días... Otra cosa que los disuade de escribir es el tiempo que ocupa el receptor para sanar física y psicológicamente tras el trasplante. Un receptor tiene que tomar una gran cantidad de medicamentos para evitar cualquier posibilidad de rechazo. Este procedimiento de equilibrar las cantidades necesarias de medicamentos puede durar meses o años. El traumatismo corporal y el trauma espiritual son inmensos.

KAREN HANNAH

*Servicios al donante de Intermountain: ¿por qué no escriben?*

El miedo me ha causado un nudo duro y pesado en el estómago. Cuando me detengo delante del local de kayaks, tengo que obligarme a salir del coche. La puerta de la tienda se mantiene abierta con un tanque para buceo, y está el letrero que dice «abierto»; pero, cuando asomo la cabeza por la puerta, no hay ninguna persona detrás del mostrador. Recorro el interior con la vista, pero no veo a nadie dentro ni fuera. Las palabras que me dijo mi hermana regresan a mi mente: «Tienes que contárselo. Merece saberlo».

Lo sabía antes de que ella me lo dijera; era el miedo de perderlo lo que me mantenía callada. Pero parada aquí, ahora, me doy cuenta de que temo más lastimarlo. Me imagino su cara cuando diga las palabras, y mi resolución para decírselas empieza a abandonarme. Junto todas mis fuerzas para seguir en esto. Después de un largo rato, respiro hondo y cruzo el umbral de la tienda. Los estantes con los equipos están limpios y brillantes bajo la luz de las primeras horas de la tarde, y un ventilador oscila lentamente, soplando el ahora familiar olor a plástico y neopreno. Miro a mi alrededor, esperando que Colton salga del cuarto del fondo cargando un tanque completo para buceo o varios chalecos salvavidas y me muestre una amplia sonrisa, pero no aparece. Nadie sale a mi encuentro.

Doy unos pasos hacia la sala del fondo y es cuando oigo una voz, apenas por encima del zumbido del ventilador.

—¿Puedes callarte ya? —Apenas reconozco la voz de Colton, la manera en que se corta entre palabras—. Fue un error —dice—. Olvídalo ya.

Me quedo quieta donde estoy.

—Por favor, no te enfades conmigo, Colton. —La otra voz es la de Shelby, y ella también parece molesta—. Sólo quiero que te des cuenta de que no puedes cometer ese error. No debes hacerlo. En el mismo segundo en que dejes tus medicamentos, corres el riesgo de rechazo. ¿No lo comprendes? Puedes morirte.

No me atrevo a moverme. Trato de no respirar.

Shelby sigue hablando.

—Así que nunca debes cometer ese error, Colton. Ni porque estés cansado, ni porque te sientan mal, o estés... distraído. —Ella suspira.

El nudo en mi estómago se aprieta más.

—¿Distraído? —Colton le recalca la palabra—. ¿Por qué? ¿Por una chica? ¿Por la vida? Ya ha pasado más de un año. ¿Se supone que todavía debería quedarme sentado, tomar mis constantes vitales y mirar el reloj para controlar la dosis siguiente, y pensar que todo eso ocurre en un tiempo prestado? ¿Debo concentrarme en eso?

La voz de Shelby muestra su enojo.

—¿Te das cuenta de lo egoísta que parece ahora mismo? ¿Lo desagradecido?

«No, no, no», pienso.

Si sus palabras me desgarran a mí, no puedo imaginar lo que están haciéndole a Colton. El silencio que sigue es insoportablemente largo, y hago un gran esfuerzo para no acercarme y colocarme entre ellos.

—Uf—dice él finalmente. Su voz es plana. Fría—. En realidad ya lo has dicho. —Se aclara la garganta. Se ríe, pero sin alegría. Furioso—. Ya estoy cansado.

Oigo unos pasos, el rápido movimiento de sus sandalias por el suelo, dirigiéndose hacia la entrada. Mi miedo se convierte en pánico de ser descubierta y miro a mi alrededor en busca de un lugar para ocultarme, no sólo de Colton y Shelby, sino de todas las cosas que he venido a decirle.

—¿Ya estás cansado?! —grita Shelby, y los pasos se detienen—. ¿Y qué hay de esa carta? Ha pasado más de un año desde eso también, Colton. —Su voz ha recobrado la calma, pero es falsa, del tipo de calma a la que recurras cuando sabes que estás lanzando una flecha que te hará ganar la batalla.

Ella no tiene ni idea de lo lejos que llega esa flecha.

El pánico que crece en mi pecho se convierte en algo pesado y grueso que se extiende por todo mi cuerpo, el corazón lo bombea hasta la última célula de mi ser. Se asienta allí, fijando mis pies al pavimento de cemento mientras el local empieza a dar vueltas.

Me hundo contra la pared que hay detrás de mí. «Esa carta», pienso.

—Lo siento —dice Shelby. Su voz es más suave ahora, la culpa se arrastra en su entonación, pero sigue hablando—. Comprendo que es difícil. Y sé que escribirás a sus padres cuando estés listo. Pero, por lo menos, debes responder a la carta que recibiste. Esa pobre chica perdió a su novio y trató de ponerse en contacto contigo, y tú no puedes dejar algo como eso sin respuesta. ¿Sabes cómo se debe de sentir?

«Esa pobre chica», me repito.

Falta el aire en aquella habitación, y también en donde estoy sentada. Me aprieto los ojos para evitar que las lágrimas caigan por mis mejillas. «Esa pobre chica que trató de ponerse en contacto contigo. Que te buscó cuando no contestaste. Que te ha estado mintiendo desde el día que te conoció», pienso.

Hay un silencio que parece durar una eternidad. La tensión crece tanto entre las paredes del local que sé que va a estallar en cualquier momento.

Shelby sigue presionando, aunque suplico en mi mente que se detenga.

—Tal vez te haga sentir mejor si yo le respondo —dice—. Tal vez te recuerde que es un regalo, Colton. No una carga.

Siento que Colton estalla antes de que ella termine.

—¿Crees que necesito un recordatorio? —Con el tono de voz muestra su irritación y sus heridas abiertas—. ¿No crees que el horario de la medicación, la cardioterapia, o las biopsias sean suficientes? ¿O la cicatriz en el pecho? ¿No crees que es suficiente?

—Colton, yo...

—No pasa un día sin que lo recuerde, una y otra vez. Lo afortunado que soy. Que debo estar agradecido. Que debo sentirme feliz tan sólo por estar aquí... —Hace una pausa y se aclara la



garganta—. Que la única razón por la que estoy aquí es por ese tipo muerto..., el novio, hijo, hermano, amigo de alguien.

Esas palabras, y la manera en que dice «ese tipo», como si Trent fuera un total extraño, me derriban, aunque ya estoy tirada, acucillada contra la pared. Ahora una chispa de ira se enciende en algún lugar de mi interior, hacia él, hacia mí. A pesar de todas las reglas que rompí para encontrar a Colton, la de evitar el nombre de Trent en la carta fue la única que en realidad seguí. Ahora desearía no haberla seguido. Desearía haberlo escrito, haber anotado cada detalle de quién era Trent, para que él supiera quién era «ese tipo». Tal vez entonces habría respondido.

Las manos me tiemblan, y ahora una parte de mí quiere salir de las sombras. Hacerle las preguntas para las que, de alguna manera, olvidé que quería una respuesta.

El aire se vuelve denso con la tensión del silencio. Luego Colton sigue hablando.

—¿Sabes cómo me sienta eso, Shelby? ¿Cómo se supone que voy a responder a una carta como ésa? ¿Decirle que lo siento por su novio? ¿Prometerle que voy a cuidar su corazón? ¿Que pensaré en eso todos los días y nunca olvidaré que estoy aquí porque él no está? —La voz de Colton recupera la compostura—. ¿No lo comprendes? Eso es lo que quiero. Quiero olvidar todo eso. ¿Por qué es tan horrible? ¿Querer una vida normal está tan mal?

—Colton, eso no es lo que yo... —Alguien arrastra los pies, tal vez como si Shelby diera un paso hacia su hermano.

—Déjame en paz —dice él—. Déjame solo. —Hace una pausa y, en el silencio, mi corazón atruena en mis oídos—. No necesito más recordatorios.

Me obligo a levantarme. Me concentro en poner un pie delante del otro, rápido, desesperado, en silencio. Necesito salir.

Casi he llegado a la puerta cuando siento el cálido y familiar peso de su mano en mi hombro.

—¿Quinn? —dice Colton—. ¿Qué estás...? —Aún oigo la inflexión en su voz, aunque puedo saber que está tratando de ocultarla por mí.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sé que debo volverme y mirarlo a los ojos, por él. Pero no lo hago. No puedo.

—Hola —dice con suavidad, haciendo que me dé la vuelta para quedar frente a frente.

Nos miramos a los ojos, y puedo percibir la tormenta en los suyos, su color verde brillante habitual nublado por el surco de sus cejas. Se nota que quiere escapar tanto como yo.

Miro por encima de su hombro, hacia el cuarto del fondo, deseando que Shelby no salga y me vea aquí.

—Lo siento. Debería haber llamado primero. Yo...

Los ojos de Colton se giran en dirección a su hermana y todo lo que él no quiere que se le recuerde, y siento una puñalada de culpa cuando vuelve a mirarme sin saber lo que hay justo aquí. Justo enfrente de él.

—No, no, me alegra que hayas venido. Es sólo... —Posa las manos sobre mi hombro, y trato de ignorar la complicada corriente que el contacto envía por mi cuerpo. Trato de no mirarlo a los ojos.

—Espera —dice—. Ven conmigo.

—¿Adónde vamos? —pregunto, dirigiendo la vista hacia él sin querer.

—A cualquier lugar —responde—. No importa. Por favor, sólo... ven conmigo.

La necesidad en su voz me inunda como una ola y se abre paso por pequeñas rendijas hasta los lugares más profundos y alejados. Hace que quiera abrazarlo y que quiera huir; pero no hago ninguna de esas cosas.

Nunca lo he visto lastimado. Perdido. Lo miro de pie allí, enfrente de mí, y puedo sentir

cuánto me necesita.

Cuánto lo necesito yo a él también.

Busco alguna señal de que él conoce la verdad acerca de la chica que escribió esa carta, pero no hay ninguna.

Sin decir una palabra, afirmo con la cabeza, y él me coge de la mano y nos vamos. A cualquier lugar lejos de aquí.

Sólo podemos decir que estamos vivos en esos momentos en que nuestros corazones son conscientes de nuestros tesoros.

THORNTON WILDER

Conducimos con las ventanillas abiertas y el viento arremolinándose con fuerza a nuestro alrededor, llenando el espacio de nuestro silencio con aire salado y frío. Puedo sentir la tensión que brota de Colton mientras se mueve y da vueltas en su asiento. No sé adónde vamos, pero no importa. Avanzamos así, tratando de bloquear el ruido de nuestros pensamientos con el sonido del viento; y sólo cuando salimos del pueblo, en la carretera costera de dos carriles por la que nos dirigimos al norte hacia las colinas onduladas, los hombros de Colton y la forma en que sujeta el volante se relajan un poco.

—¿Alguna vez has ido al Big Sur? —dice, con una voz más pesada de lo normal.

Por su pregunta, queda claro que no tiene intención de reconocer la pelea que acaba de tener con Shelby en el local, pero no puedo dejarla pasar, ya no.

—Colton —digo titubeando.

Me observa de reojo.

—Hay un lugar llamado McWay Falls. Probablemente sea mi lugar favorito, pero no he estado allí desde hace mucho tiempo. Tiene el agua más clara y azul que hayas visto jamás. Algunos días puedes ver el fondo, a siete metros. Y hay una cascada que surge del acantilado, directo a la arena. Tengo muchas ganas de llevarte allí —agrega con una sonrisa. El optimismo ha regresado a su voz, y ahora suena más parecido a él mismo. O más al Colton que me muestra—. Podemos comprar algo de comida por el camino, comer en las cascadas, salir en kayak, tener un día perfecto...

—Colton.

Mi voz es más firme esta vez, y espero que baste para decirle que no podemos ignorar lo que acaba de pasar. Que, por mucho que queramos, no podemos seguir adelante mientras queden tantas cosas sin hablar entre nosotros.

Él suspira. Mira hacia fuera un instante, antes de volver la vista a la carretera.

—Sólo quiero irme de aquí un rato. —Se mueve en el asiento, pasa los dedos sobre el volante como si fuera una guitarra—. Lo que ha pasado allí con mi hermana...

—Está bien —digo rápidamente. Puedo ver lo incómodo que se siente, y debilita mi resolución de hablar sobre eso—. No tienes que explicármelo. La mía se porta igual cuando está preocupada y, de todos modos, es un tema vuestro, y...

Ahora estoy dándole vueltas. De nuevo.

—Así que lo has oído todo... —dice Colton.

Miro por la ventanilla, a las colinas cubiertas por la hierba ondulada y dorada del verano, lejos de las palabras que sigo repitiéndome una y otra vez, las palabras de Shelby y de Colton. Y entonces le digo la verdad.

—Sí. Pero no es asunto mío. Yo...

—Está bien —dice Colton—. No trataba de mantenerlo como un secreto. —Me mira—. Realmente no.

La palabra «secreto» se pega en mis entrañas, y, aunque noto que me está observando, no puedo mirarlo a los ojos. Bajo todavía más la ventanilla, deseando que el viento se arremoline aquí dentro y se lleve todos nuestros secretos.

—De todos modos —dice, moviéndose de nuevo en el asiento—, no hay mucho que decir. —Desliza la vista de nuevo por el camino—. Enfermé gravemente hace unos años..., una infección viral que atacó mi corazón y lo dañó tanto que necesité uno nuevo. Me pusieron en la lista de trasplantes, pasé mucho tiempo esperando, entrando y saliendo del hospital, hasta que el año pasado finalmente tuve un nuevo corazón.

Inspiro profundamente. Ya sé todo esto, pero oírlo de su boca me golpea de una forma diferente.

Colton hace una pausa, y puedo oír todo lo que no me dice. Las cosas que ha dicho a Shelby acerca de Trent y la carta. Las cosas sobre su vida durante ese tiempo, y cómo es ahora. Espero, callada. Me preparo para que él me las diga, pero no lo hace. Sólo mantiene la vista en la curva apretada del camino y sacude ligeramente la cabeza, como si eso fuera todo, como si no hubiera más.

Muevo la cabeza de arriba abajo lentamente a manera de respuesta, como si lo oyera todo por primera vez, como si fuera así de simple; pero necesito esforzarme mucho para que mi respiración siga siendo estable. Tal como lo expone, como si ésa fuera toda la historia, me hace creer que ha dibujado una puerta cerrada para dejarme fuera. Tal vez sea para mantenerme segura y al margen de todo eso, pero es demasiado tarde. Sé demasiado.

Sé que detrás de todas las fotografías en que sonrío en las publicaciones de Shelby, y detrás de los comentarios acerca de lo positivo que era su hermano, había dolor, sufrimiento y culpa. Había enfermedad, debilidad y hospitalizaciones. Pérdida de peso, hinchazón y un procedimiento tras otro. Máquinas, sondas y medicamentos interminables. Esperanzas crecientes y decepciones aplastantes. Recaudación de fondos y vigiliadas de la familia. Grandes sustos y pequeñas victorias.

Había una vida pasada detrás del vidrio del hospital y los confines de su casa mientras sus amigos y su familia sentían el aire del océano en los pulmones, la luz del sol y el agua en la piel. Había un cuarto lleno de barcos que nunca dejarían el puerto de cristal transparente. Pero él siempre sonreía a la cámara. E intercambiaba la muerte por algo más que sólo una vida de cuidado médico. La intercambiaba por un ancla de culpa.

No logro concebir la idea de empeorarlo todo. No ahora, cuando sé que todo esto todavía le hace daño. Me giro hacia la ventanilla para que el aire que entra con fuerza sea una buena excusa para las lágrimas que hacen que me ardan los ojos.

—No importa —dice Colton—. Estoy bien ahora. —Sonríe, tratando de aligerar el tono, y se lleva un puño al pecho—. Fuerte. Y tarde o temprano tenía que saberse. —Se encoge de hombros—. Supongo que tan sólo me gustaba realmente que me conocieras sin todo eso.

—¿Por qué? —pregunto, con la voz apenas algo más que un suspiro.

Él inclina la cabeza, pensándolo; luego abre la boca para decir algo, pero se contiene. Yo miro adelante, trato de darle espacio para que encuentre su respuesta mientras recorremos otra curva apretada. El camino abraza la montaña por encima del océano, y, desde el lado del acompañante, no puedo ver el precipicio, cosa que agradezco.

Lo que puedo ver es el cielo y el océano que se extiende más allá de los acantilados, ancho y brillante bajo la luz de la tarde. Hace que tenga deseos de estar allí en el kayak, flotando en una de

las zonas de color aguamarina que se ven en ese lugar seguro entre el océano y el cielo, donde nada más importa, excepto el momento.

Colton se encoge de hombros.

—Porque no pienso en nada de eso cuando estoy contigo, y es... —Se detiene. Sonríe, pero no con la sonrisa que conozco. Ésta parece vulnerable, como sus ojos—. Ésa fue una época muy oscura de mi vida, y tú... —Me mira de nuevo, con ojos serios—. Tú eres como la luz después de todo aquello.

Me deshago justo allí. Las lágrimas afloran y le cojo la mano mientras lo veo todo: la primera vez en la cafetería, él de pie en el escalón de la puerta con el girasol en la mano, los dos dentro de la roca hueca con el sol derramándose en ella y luego remando sobre la superficie del agua, como una silueta entre el brillante océano y el cielo explotando con fuegos artificiales. No puedo arriesgarme a perderlo todo. Toda esta luz.

Me está mirando, esperando a que diga algo como respuesta, que diga que me siento de la misma manera. El camino llega a una curva tan cerrada que obliga a Colton a volver la vista al frente, lo obliga a reducir la velocidad y, como en tantos momentos, a encerrarse en sí mismo, y esta vez no lucho contra eso.

Inclinada hacia él, veo un atisbo de la orilla del precipicio, el océano y las rocas golpeadas por las olas, muy muy abajo, y siento como si los dedos de mis pies colgaran de la orilla y estuviera decidiendo si saltar o no. Pero entonces me doy cuenta de que ya lo he hecho. Estoy cayendo tan lejos y tan rápido que no he visto cómo ha sucedido, y ahora ya no hay vuelta atrás, nada donde sostenerse, excepto él.

Ocasionalmente, en la vida se presentan esos momentos de realización indecible que no pueden explicarse por completo con esos símbolos llamados palabras. Sus significados sólo pueden articularse con el lenguaje inaudible del corazón.

MARTIN LUTHER KING JR.

Después de varios kilómetros de curvas, precipicios por un lado, y la exuberante ladera verde, con barrancos y pequeñas cascadas por el otro, la carretera finalmente se adentra en un plano y pasamos por delante de un pequeño letrero que dice «Campamento estatal». Colton no da la vuelta en el campamento, sino que gira a la izquierda para entrar en un aparcamiento en el lado de la costa de la carretera. No hay nadie en la taquilla para cobrarnos y, como está desierto, tenemos que estacionar la furgoneta nosotros mismos. Colton detiene el vehículo junto a la reja, bajo un ciprés que extiende sus ramas, verdes, anchas y planas, como un enorme bonsái.

Está callado cuando recorre el lugar con la mirada.

—No puedo creer que estés aquí conmigo. —Se inclina y me da un beso, y yo puedo sentir una sonrisa en sus labios—. Éste es mi lugar favorito, desde siempre. Ven.

Salimos y nos paramos cerca de nuestras puertas abiertas, estirándonos bajo la luz de la tarde. El aire aquí es diferente: más frío y ligero. El olor del agua salada se mezcla con los aromas de los árboles y las flores que crecen y se esparcen por la colina. No podemos ver u oír el océano desde donde estamos, pero lo percibo, igual que puedo percibir cómo se aleja la tensión de Colton.

—Vamos a ver el agua —dice, y, antes de que pueda responder, me coge de la mano y me lleva a una corta escalera de madera, que sube y pasa por la reja, al otro lado, donde un sendero serpentea a través de la alta hierba verde, y luego desaparece a la orilla del acantilado. Subimos y después caminamos, cogidos de la mano, por el sendero. No hablamos, pero no tenemos que hacerlo. La dulzura del aire, el tacto de la mano del otro, el sonido distante del océano... todo es perfecto. Como si fuera lo que necesitábamos y como si estuviéramos donde deberíamos estar.

Cuando llegamos a donde el sendero conduce hasta una empinada serie de escalones, la vista del océano se desdobra ante nosotros. Hace que me detenga en seco.

—Ah. —Respiro—. Esto es precioso.

—Sabía que te encantaría —dice Colton con una sonrisa mientras recorre con la vista la amplia ensenada de agua del color del zafiro. En el extremo sureste, un arco blanco de agua cae sobre el acantilado y se derrama encima de la arena antes de encontrarse con el océano. Colton inspira a fondo y lentamente, como si se estuviera bebiendo todo el aire, comparando cada detalle con la imagen que tiene en su memoria.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que viniste? —pregunto.

Él no aparta los ojos del agua.

—Mucho. Vine con mi padre, tal vez hace diez años. Queríamos acampar solos, en la playa. —Sonríe—. Trajimos el kayak y nuestras tablas de surf y estuvimos en el agua todo el día. Luego

llegamos aquí, hicimos perritos calientes y galletas con bombones y chocolate en la fogata, y miramos las estrellas fugaces sobre el océano.

—Suena perfecto.

—Lo fue. Un día perfecto. Así lo recuerdo, de todos modos. Pensaba mucho en eso cuando estaba enfermo. —Me mira—. Pensaba que tal vez ése habría de ser el mejor día de mi vida.

Vemos que una ola, mucho más grande de las que he visto en Shelter Cove, se eleva, gana velocidad y altura, y luego se estrella y provoca un trueno que puedo oír aun a esta distancia.

Colton me habla con un tono de voz grave:

—¿Eres valiente?

—No mucho —digo mientras la siguiente ola repite lo mismo, disparando agua a las alturas cuando se estrella—. Está mucho más agitado aquí.

Él asiente.

—Sí, en realidad no es muy adecuado para el kayak. —Seguimos mirando las olas—. Pero sí es bueno para surfear.

Lo miro sorprendida porque, cada vez que lo he oído cómo decía eso, pienso que parece aterrador. Todavía prefiero atrapar el agua blanca cerca del muelle.

—Puedes surfear si quieres, no hay problema. Yo miraré.

La plataforma donde estamos parados tiene un banco y un mirador, y sé que le sentará bien meterse en el agua.

—¿De veras? ¿No te molesta?

—No, adelante. No estoy lista todavía para estas olas, pero he visto que puedes hacerlo.

Él se da la vuelta hacia mí y sonrío, luego me acerca para darme un beso rápido y dulce que nos sorprende a ambos.

—Gracias. No será mucho rato.

—Tómame todo el tiempo que quieras.

—Está bien. Voy a cambiarme y a por mi tabla.

Empieza a recorrer el sendero, luego se detiene y regresa para darme otro beso. Éste es más profundo y envía pequeñas olas de calor por todo mi cuerpo.

Se retira un poco, apoya la frente sobre la mía, de modo que quedamos mirándonos a los ojos. Sonríe.

—Está bien. Voy a cambiarme.

—Bueno —repito—. Aquí te espero.

Da unos pasos hacia atrás, y me contempla hasta que tiene que darse la vuelta. Lo observo mientras sube trotando por el sendero rumbo a su furgoneta, esperando a que regrese y me bese de nuevo; sabiendo que, si lo hace, no podré contenerme más.

Cuando regresa con su tabla de surf, he encontrado el camino a otra plataforma de madera, cerca de la escalera, que tiene un banco, una barandilla y una vista perfecta de la cascada.

—Te traigo una sudadera —dice Colton—. Por si acaso.

Se inclina para darme otro beso rápido, luego baja por la escalera con su camiseta de neopreno y los shorts, y la tabla bajo el brazo, y me hace feliz verlo de esa manera. Vuelve a moverse con ligereza.

Me paro junto a la baranda y miro cómo lanza su tabla en el azul profundo del agua, salta en ella y empieza a bracear con la gracia y facilidad de alguien que nunca pasa un solo día lejos de ella. Nunca sabrías que no había sido así para él. Nunca lo sabrías desde el exterior.

Una ola muy alta se dirige hacia él, y me pongo nerviosa, como si fuera yo la que está allí;

pero Colton hunde los brazos y bracea con más fuerza, y luego empuja el extremo de la tabla hacia abajo en el momento en que la ola se lanza hacia delante y empieza a romper. Por el más breve de los momentos puedo ver su silueta frente a ella, la luz brillando a través del agua, y es tan bonito que me dan ganas de llorar ante la imposibilidad de esta situación que he creado.

Una suave brisa se levanta y crea remolinos en el agua, quizá anticipándose a la lluvia. Un escalofrío recorre mi piel y me pongo la sudadera. Veo que Colton se da la vuelta para bracear en busca de otra ola. Hay un destello en el horizonte, pero tan fugaz que me pregunto si realmente lo he visto o ha sido mi imaginación; pero, unos momentos después, oigo el grave y conmovedor trueno que retumba. Las nubes ya se han acercado y cubren el sol, que era tan brillante hasta ahora.

Colton atrapa la siguiente ola justo cuando el destello de otro relámpago corta el cielo en zigzag. Esta vez sólo pasan unos segundos antes de que retumbe el trueno. Puedo ver que se empiezan a formar olas altas con crestas blancas mientras el viento las eleva. Espero que Colton se acerque a la orilla, pero da la vuelta a su tabla y se dirige hacia el mar agitado. Una gruesa gota de lluvia cae en mi mejilla, y me seco. Miro al agua, a Colton impulsando la tabla contra el fondo del cielo tormentoso, y deseo que venga. Los relámpagos destellan de nuevo y él se levanta y se vuelve hacia la orilla. Agita la mano desde el agua, asiente como si estuviera bien y luego eleva un solo dedo, como diciendo que quiere una ola más.

Yo también le respondo agitando la mano. Empiezan a caer gotas de lluvia, que marcan gruesos puntos en la escalera y agregan una nueva capa al aire. Otro destello cruza el cielo, luego el estallido de un trueno parece abrirlo. Me pongo la capucha y entrecierro los ojos, bajo el aguacero, mientras Colton va a por una ola y la atrapa. En cuanto termina de montarla, se impulsa con las manos el resto del camino; y, cuando llega a la playa, se levanta, me hace una señal con la mano y luego se coloca la tabla bajo el brazo.

Colton ya está corriendo por la arena en el momento en que un trueno retumba justo encima de nosotros. Él me grita algo, pero sus palabras se pierden en el viento. La lluvia cae a cántaros, creando pequeñas punzadas de frío por mi cara y mis piernas descubiertas, y la sudadera se empapa rápidamente.

Cuando Colton llega a donde estoy, deja escapar un grito de alegría, y no puedo más que reír por el aspecto que debo de tener, con la lluvia aplastándome el pelo contra las mejillas.

—¡Vamos! —grita, por encima del ruido de la tormenta y el oleaje.

Me coge de la mano y vamos a la escalera. Me indica con un gesto que suba primero, delante de él. Subo los escalones de dos en dos, impulsada por la lluvia, el frío y el hecho de que él está detrás de mí. El destello de otro relámpago me hace gritar, y siento que la explosión del trueno que lo acompaña golpea mi pecho. Colton se ríe a carcajadas.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Cuando llegamos al final de la escalera, el sendero de tierra se ha vuelto un pequeño río, y mis sandalias resbalan a cada paso que doy. La furgoneta de Colton permanece junto a la reja, es una salpicadura de color turquesa brillante entre la bruma gris de la lluvia. Trepo por la pequeña escalera mientras Colton se encuentra justo detrás de mí. La lluvia golpea con fuerza contra el techo de la furgoneta y casi ahoga el sonido de la puerta lateral cuando la deslizo para abrirla. Entramos tropezando, Colton detrás de mí, y empuja la puerta para cerrarla, todo en un solo movimiento.

Por un segundo, parece como si se hubiera bajado el volumen, pero entonces el cielo desencadena otro torrente de lluvia, éste aún más fuerte que el anterior. Me siento para recuperar la respiración, y él se acomoda junto a mí para recuperar la suya. Nos quedamos callados un instante y después nos ponemos a reír. Colton se sacude el agua del pelo y yo escurro el mío.



—Eso ha sido una locura —dice, todavía sin aliento—. Ha salido de la nada.

—No, no ha sido así. Yo la he visto venir un poco antes. Nunca había visto nada parecido. He pensado que te iba a caer un rayo encima.

—Yo también —admite—. Nada como un pequeño roce con la muerte para recordarte que estás vivo.

Sonríe y luego coge dos toallas. Me entrega una.

Se seca el pelo, y yo hago lo mismo antes de quitarme la sudadera mojada y colgarla del respaldo del asiento del conductor. Suena otro trueno, y la lluvia golpea con más fuerza. Me paso la toalla sobre los hombros y tiro con fuerza; luego nos sentamos sobre la cama, con las espaldas apoyadas contra un costado, recuperando el aliento y mirando la lluvia que golpea con fuerza contra las ventanillas.

—Parece que tendremos que acampar aquí, por la manera en que está lloviendo —dice Colton, mientras me observa con una sonrisa—. Y ni siquiera hemos llegado a la cascada.

—Ni estrellas fugaces ni galletas con bombones y chocolate.

—Lo sé —dice Colton, sacudiendo la cabeza—. Todo lo que tengo es... —Se inclina sobre mí y revuelve un compartimento del coche—, la mitad de una botella de agua, cuatro chicles y dos chocolates Rolo. No sé cómo vamos a sobrevivir.

Hace un gran esfuerzo para poner una expresión seria, pero tuerce la comisura de los labios. Tiene un escalofrío.

—Debemos quitarnos esta ropa mojada —digo, consciente ahora del frío.

Una sonrisa inunda el rostro de Colton. Eleva una ceja.

—¿Estás segura?

Me río.

—Lo he dicho mal, ¿verdad? No quería decir eso. Me refiero a que... —Colton sólo sigue sonriendo mientras el calor fluye hasta mis mejillas y trato de explicarme—. Me refiero a que debemos hacerlo por el frío, porque estamos mojados y tú te puedes...

Se ríe suavemente y estira la mano para acomodar un mechón húmedo de cabello detrás de mi oreja. Y, en ese instante en que sus dedos rozan mi piel, hay un inconfundible cambio en el aire entre nosotros. La lluvia cae en un susurro constante, como una cortina de color gris tenue que lo nubla todo, y me apoyo contra él.

Colton me rodea con los brazos y me levanta para colocarme sobre sus piernas, de modo que quedemos de frente. La toalla cae de mis hombros y me recorre un escalofrío, pero no siento frío. Sólo el calor de sus manos mientras recorren mi espalda, el pelo enredado y húmedo, y viajan por el cuello y los hombros, dejando un rastro de pequeñas chispas por todas partes. Lo beso, y sabe a océano y lluvia, y a todo lo que quiero en este momento.

Un trueno retumba, grave y distante, y siento cómo una ola de necesidad crece en ambos cuando nuestros labios se unen con más urgencia. Nuestros cuerpos siguen presionándose entre sí, esperando y necesitando estar más cerca. Colton se deshace de su toalla, y mis labios se mueven por su cuello mientras mis manos acarician su pecho. Las bajo a su estómago, donde siguen el borde de sus shorts.

Me atrae hacia él como un reflejo, y me besa mientras yo encuentro el extremo de mi camiseta. Separo de mi piel la tela húmeda, me la quito por la cabeza, y la frialdad del aire envía otro escalofrío por mi cuerpo mientras paso las manos por detrás y encuentro el gancho del sujetador.

Cuando dejo que se deslice hacia abajo y caiga al suelo, siento cómo Colton inspira de golpe. Sus manos se acercan a mi cara y presiona la frente contra la mía, respirando con

dificultad. Nos miramos a los ojos, con timidez.

Oigo de nuevo la lluvia sobre el techo. Siento cómo mi corazón me golpea en el pecho, y nuestras respiraciones, temblorosas y alteradas.

Colton se echa hacia atrás un poco y pasa el pulgar sobre mi pequeña cicatriz del día que nos conocimos. Cierro los ojos mientras la besa. Respira hondo, luego se inclina hacia abajo, y, cuando abro los ojos, se está quitando la camiseta de neopreno. Hace una pausa, breve, luego la pasa sobre su cabeza, y nos sentamos uno frente al otro.

Desnudos, bajo la tenue luz.

Contengo la respiración mientras mi mirada baja hasta su pecho, a la parte de sí mismo que ha mantenido oculta durante tanto tiempo.

La cicatriz empieza justo encima de donde se unen las clavículas y traza una línea limpia y delgada hacia el centro de su pecho. Puedo sentir cómo me ve en esa situación, cómo él quiere ver lo que haré, y, en ese momento, la necesidad de estirar la mano, de tocarlo, es abrumadora. Levanto la mano, pero dudo, indecisa.

Sin decir una palabra, él me la coge y la apoya en el centro de su pecho. La presiona contra su piel para que pueda sentir el latido que es como un eco del mío.

—Quinn...

Mi nombre es un susurro que me trae de regreso a él, a un lugar donde sólo existimos nosotros y el ahora.

Me dejo caer hacia atrás en la cama, atrayéndolo hacia mí hasta que puedo sentir todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Sus labios recorren mi cuello, acarician con suavidad mi clavícula, luego regresan a mi boca, y nos besamos lejos de nuestros pasados. Nos besamos lejos de todo lo que no seamos nosotros, aquí, ahora. Nuestras cicatrices, nuestros dolores, nuestros secretos y nuestras culpas. Se los damos al otro y los cogemos del otro hasta que se desvanecen en el ritmo de la lluvia.

Y la respiración.

Y los latidos.

Hay momentos en la vida, cuando el corazón está tan lleno de emoción, que, si por suerte es sacudido, o en sus profundidades, como una piedra, cae alguna palabra descuidada, se desborda, y su secreto, derramado sobre el suelo como agua, nunca puede volver a unirse.

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW  
*«El cortejo de Miles Standish»*

Despierto lentamente, de modo que de lo único que soy consciente al principio es de un sonido grave y continuo, y el rítmico movimiento del lugar donde tengo apoyada la cabeza. Estoy envuelta en algo cálido, pero más allá hay una corriente de aire cargado de lluvia que me hace pegarme más a Colton, al calor de su piel y al ritmo de su corazón.

Por un instante la idea me sorprende. Durante mucho tiempo pensé en él como la persona que tenía el corazón de Trent. No puedo decir cuándo sucedió o cómo cambió en mi mente, pero ahora siento esa idea distante, incluso falsa. Este sonido que puedo escuchar y sentir es el corazón de Colton. Abro los ojos y, cuando veo la curva de su barbilla, su bronceado brazo a mi alrededor, regresa una corriente cálida, el recuerdo de sus suaves labios presionándome mientras la lluvia caía insistentemente. Era su corazón y el mío juntos; esos momentos fueron nuestros, a solas.

Una luz pálida se filtra por las ventanas empañadas, y todavía oigo el sonido suave de la llovizna, punteado por el ruido de las gotas más grandes que se desprenden del ciprés debajo del cual estamos, y que golpean el techo de metal de la furgoneta.

Llevo la mano al centro de su pecho, paso un dedo por su cuello, y Colton se agita ante el contacto. Respira hondo y me cubre la mano con la suya como lo ha hecho antes. La lleva a su pecho y sonrío sin abrir los ojos.

—Hola —digo, sintiendo de pronto un poco de vergüenza, con nuestros cuerpos aún enredados bajo una colcha.

Colton abre un ojo y luego el otro, e inclina la barbilla hacia abajo para verme.

—Así que no lo he soñado... —Una sonrisa se extiende por su cara—. Bueno, esta vez no.

Me río y lo empujo jugando, pero los recuerdos de nosotros, con la lluvia alrededor, y la idea de él pensando en mí de esa manera envía una nueva oleada de calor en mi interior. Me estiro para alcanzar sus labios, y él me abraza, y, como si todo estuviera a punto de desaparecer de nuevo, oigo el zumbido de mi teléfono móvil.

Empiezo a estirarme para ver quién es, pero Colton me atrae hacia él y murmura en mis labios mientras me besa:

—No te preocupes por eso ahora.

Le devuelvo el beso mientras el teléfono sigue vibrando, antes de quedar en silencio. Luego se oye el corto sonido de un mensaje de voz. Una pequeña preocupación se instala en un rincón de mi mente. Le dije a Ryan que iba a ver a Colton. Tal vez sólo me esté llamando para confirmar que estoy bien.

Por lo general, no pensaría mucho en ello, pero la tormenta, que no estoy donde dije que estaría y que se está haciendo tarde, hacen que me sienta lo bastante ansiosa como para apartarme de Colton, ponerme la colcha hasta el pecho y alcanzar el teléfono.

Cuando veo la pantalla, mi estómago se hunde.

Doce llamadas perdidas.

Mi madre, Ryan, la abuela.

Una y otra vez.

—Dios mío.

Colton se incorpora, asustado.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué pasa?

—Yo..., no sé, creo que tal vez, tal vez sea... —Me pongo nerviosa y trato de recuperar el primer mensaje de voz.

La voz de Ryan corta mis palabras.

—Quinn, es papá. Tienes que venir al hospital ahora mismo.

La puerta de urgencias se abre de golpe. Junto con un olor acre, antiséptico, el recuerdo de la última vez que estuve en este hospital, hace más de un año, me golpea con una fuerza para la que no estoy preparada. Yo estaba hecha un desastre con mi ropa de correr, todavía cargando las zapatillas de Trent, mi padre en el mostrador de las enfermeras haciendo preguntas, las caras de los padres de Trent cuando me vieron. A él ya lo habían sacado de urgencias. Se habían tomado decisiones. Se habían firmado papeles. Se había ido el capellán. Se habían hecho las despedidas sin mí.

Me detengo, trato de respirar, pero siento el suelo inestable bajo los pies.

—Eh —dice Colton, cogiéndome por el codo—. ¿Estás bien?

Abro la boca para responder, pero cuando veo a mi familia me detengo. Están sentadas en las mismas sillas de color beige en las que nos sentamos mi padre y yo, cuando esperábamos para ver a Trent. Esperando para decirle adiós.

Ahora son la abuela, mi madre y Ryan quienes están sentadas, tensas, sin hablar. Mi madre mira a media distancia, con una mirada afligida en el rostro, como si hubiera fallado, como si estuviera repasando en su mente todas las cosas que pudo hacer de forma diferente. Ryan, vestida con sus ropas de pintar y al borde de las lágrimas, se concentra en algún lugar invisible en el suelo, como si en el caso de que se concentrara lo suficiente, pudiera evitar llorar. Y la abuela, ella se sienta muy derecha, y muy quieta, con el bolso en las piernas, las manos dobladas, la calma en medio de una tormenta silenciosa.

La mano de Colton se desplaza suavemente hacia mi espalda.

—¿Es tu familia?

Yo afirmo con la cabeza, reservando para mí las palabras «infarto cerebral». Y entonces cruzo la sala de urgencias hacia donde están las sillas. Cuando llego, Ryan es la primera en levantar la vista, y sus ojos se agrandan cuando nos ve. Sólo entonces me doy cuenta del aspecto que debo de tener, con el cabello enredado y ondulado, el rostro manchado de rímel. La camiseta de Colton, todavía húmeda, sobre mis hombros.

—¿Qué ha pasado? ¿Papá está bien? —Siento las lágrimas preparadas para cualquier respuesta que pueda tener—. ¿Ha tenido un infarto cerebral?

Mi madre se levanta y me atrae para darme un abrazo tan fuerte que me pregunto si es peor de lo que imaginaba. Después de un largo momento, ella afloja un poco la presión, pero no deja de abrazarme.

—No se sabe todavía. Lo están evaluando ahora, y pronto nos darán más información.

—¿Qué ha pasado? Cómo..., pensaba que él... —No termino la frase porque me doy cuenta de que no he pensado en eso en las últimas semanas: sus medicamentos o sus revisiones médicas, sus síntomas. Sólo suponía que estaba bien, lo daba por cierto.

Me permití olvidar que no era así.

—Me estaba ayudando con uno de mis lienzos —dice Ryan desde su asiento, sin levantar la vista del suelo—. Y él sólo... hizo unos ruiditos, y pensé que estaba bromeando, así que me reí. —Me mira ahora, llorando—. Me reí y entonces sus ojos se pusieron en blanco y tan sólo se cayó. Sólo se cayó. —Retuerce las manos encima de sus piernas.

La abuela pone una mano sobre las de Ryan, con la fuerza suficiente para que deje de moverlas.

—Y entonces llamaste al servicio de emergencias, y eso es todo lo que podías hacer.

Ahora Ryan se incorpora.

—No, debí haberme dado cuenta de inmediato, debí llamar antes.

Mi madre interviene ahora para no permitir que Ryan se culpe.

—Tú hiciste lo que cualquiera de nosotros habría hecho, cariño. El resto estaba más allá de lo que cualquiera podía controlar.

Me parece que mi madre no se cree sus propias palabras. Puedo verla de nuevo, recorriendo todas las medidas preventivas que debió imponer a mi padre, y hace que sienta deseos de acercarme a ella y decirle que no podía hacerlo, que en ocasiones no importa lo mucho que te arrepientas de las cosas, o que desees que sean diferentes, no hay nada que podamos hacer para que sea así.

Colton se aclara la garganta y se mueve inquieto junto a mí. La abuela es la única, aparte de mí, que lo nota.

—Quinn, no nos has presentado a tu amigo. —Ella mueve la cabeza en mi dirección y la preocupación me recorre.

Colton da un paso adelante, con la mano extendida hacia la abuela.

—Me llamo Colton.

La abuela toma aquella mano entre las suyas.

—Encantada de conocerte, Colton. Tú debes de ser la razón por la que Quinn está tan cautivada por el océano. Ya veo por qué —dice con un guiño—. Ésta es mi hija, Susan, y ella es la hermana de Quinn, Ryan.

—Encantado de conocerlas a las dos —dice Colton.

Mi madre asiente y sonrío cortésmente. Ryan se levanta y le estrecha la mano, luego me mira a mí y a él de nuevo.

—He oído hablar mucho de ti —dice.

Le lanzo una mirada que ella no ve, porque parece estar estudiando a Colton.

Luego me observa, y le suplico en silencio que no diga nada más.

—Sólo cosas buenas —dice, comprendiendo—. Gracias por acompañarla.

—Por supuesto —responde Colton.

Nos quedamos allí mucho tiempo, en silencio, hasta que un doctor, de aspecto cansado y bata de color verde menta, se acerca con un dossier en la mano.

—¿Señora Sullivan?

—¿Sí? —dice mi madre, poniéndose de pie.

Contenemos la respiración colectivamente mientras el doctor aborda al grupo que ya está de pie.

—¿Puedo hablar con libertad acerca de su esposo?

Mi madre asiente.

—Bien —dice—. La buena noticia es que su esposo está estable, no ha sufrido un infarto cerebral y no hay daño permanente.

Todos asentimos como si lo comprendiéramos. Luego esperamos la mala noticia.

—La mala noticia es que éste es su segundo ataque isquémico transitorio, y que las exploraciones muestran que se está formando un pequeño coágulo en su arteria carótida, que va al cerebro. Si se deja sin tratamiento, es probable que sí sufra un infarto cerebral, o algo peor, en un futuro cercano. Tenemos varias opciones, pero el tiempo es muy importante, y me gustaría someterlo a cirugía lo antes posible.

Mi madre asiente, asimilando la noticia, como todos.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto —dice el doctor—. Venga conmigo.

Ella nos mira, sólo por un momento, a todos nosotros, y la abuela hace un gesto con la mano para animarla.

—Ve. Aquí te esperamos.

La abuela ni siquiera termina de decirlo cuando mi madre ya se ha dado la vuelta para dirigirse al pasillo con el doctor. Puedo ver que su atención se ha apartado por completo de nosotros y no la culpo. Hemos desaparecido y justo ahora su mundo es mi padre. Pienso en los dos, toda su historia juntos que abarca treinta y seis años, y cómo me sentí al perder a Trent después de sólo una fracción de ese tiempo. Cómo me sentiría si perdiera a Colton ahora. Estoy segura de que es diferente para ella por todo ese tiempo, pero resulta aterrador darse cuenta de lo mucho de tu mundo que gira alrededor del amor por otra persona.

Ryan se echa hacia atrás en el asiento, aliviada, pero no por completo.

—No puedo creer que me haya reído de él. Yo sólo... Sucedió tan rápido que no me di cuenta.

La abuela se vuelve hacia ella, con voz suave.

—Vamos, eso ya pasó, y necesitas olvidarlo. —Le coge la mano—. Tú y yo vamos a dar un paseo.

El brazo de Ryan cuelga sin fuerza de la mano de la abuela, y ella niega con la cabeza y respira como si le diera un escalofrío.

—Levántate —dice la abuela, con un poco de fuerza esta vez.

Eso llama la atención de mi hermana, y un leve momento de comprensión pasa entre las dos, como si Ryan oyera las palabras que le dijo a la abuela hace mucho tiempo e hicieran eco en ella. Traga saliva con dificultad. Asiente y luego obedece. La abuela se vuelve para mirarnos a Colton y a mí.

—Vosotros dos estaréis bien aquí, ¿verdad?

—Sí —digo, aunque no estoy segura de que sea verdad.

—Bien. No tardaremos mucho.

Y luego pasa un brazo por los hombros de Ryan y la dirige por el pasillo hacia la puerta, para salir al crepúsculo nublado.

Por fin espiro.

Colton se sienta junto a mí.

—Eso ha sido aterrador, ¿eh? —Pone una mano en mi rodilla—. Pero suena como si tu padre fuera a ponerse bien.

—Desearía que hubiera una garantía —digo, mirándolo.

Él aprieta los labios.

—Nunca la hay. Para ninguno de nosotros, pero así es la vida.

Nos quedamos callados por un momento.

—¿Tienes hambre? —pregunta Colton—. ¿Sed? ¿Quieres un café, un chocolate caliente o algo? Sé orientarme en un hospital. —Sonríe, y no puedo creer la facilidad con que surgen estas pequeñas referencias a estar enfermo ahora que lo sé. Casi como si él se sintiera aliviado de haber expuesto su secreto.

—Tal vez sólo una botella de agua —digo débilmente.

—Voy a por ella. —Colton se pone de pie rápidamente, feliz de ayudar, aunque antes se inclina frente a mí, me sube la barbilla para que lo mire, se me queda mirando a los ojos y empieza a decir algo, pero entonces sólo me besa con suavidad en la frente.

—Quinn, yo... Regreso enseguida.

Se da la vuelta y va hacia otro pasillo. Me apoyo en el respaldo de la silla, meto las manos en los bolsillos de la sudadera y cierro los ojos para descansar un minuto y respirar. Trato de pensar en lo que le ha pasado a mi padre, lo que el doctor dijo y la probabilidad de que todo esté bien. Pero no veo más que a Colton, allí, bajo la pálida luz de la tormenta, con mi mano sobre su pecho desnudo, sus labios sobre los míos, y la lluvia a nuestro alrededor como en un sueño.

Abro los ojos, y el brillo fluorescente del hospital lo aleja todo. Pasan unos minutos, y juego con algo que hay metido en lo profundo del bolsillo. Después me pregunto qué es y lo saco. Es un trozo de papel, doblado en un rectángulo pequeño y apretado.

Empiezo a desdoblarlo sin pensarlo, pero me quedo paralizada cuando reconozco el papel gastado, de color crema. Mi corazón se hunde hasta el fondo del pecho. Toda mi culpa y mis secretos salen precipitadamente. Como un castigo por lo que he hecho. No tengo que abrir la carta para saber lo que dice. Yo escribí un borrador tras otro, noche tras noche, hasta que sentí que había quedado perfecto. Que decía exactamente lo que quería decir a la persona que tenía el corazón de Trent.

Me mareo mientras la desdoble lentamente, tratando de no romper el papel, que alguna vez fue grueso y que ahora está desgastado por la tormenta y el tiempo. Mis ojos recorren las palabras, la escritura, los dobleces que no son míos, los pliegues por haberse doblado y desdoblado, una y otra vez. Los que Colton debió de hacer para que cupiera en su bolsillo. Para cargarla con él.

Miro las palabras, mis palabras, tan llenas de dolor y tristeza. La persona que escribió esa carta se siente como una extraña. Ella fue alguien que estaba buscando una manera de afianzarse a Trent. Alguien que no creía que pudiera amar a alguien más. Que no sabía que la persona a la que estaba escribiendo sería la que le mostraría que estaba equivocada.

—¿Qué estás haciendo con eso?

La voz de Colton hace que levante la cabeza, sorprendida, y el impacto en su cara debe de ser un espejo del mío.

Sus ojos están pegados a la carta, que aún tengo en las manos.

—Yo... —Trato torpemente de volver a doblarla, pero él coloca las dos tazas de café en el suelo y me la quita antes de que yo pueda hacerlo. Su repentina intensidad me sorprende.

—Lo siento —digo—. No tenía intención... Estaba en el bolsillo, y he pensado que tal vez era...

—No es tuya y no debes leerla —dice Colton, y no sé qué es peor: su tono o la horrible ironía de aquellas palabras.

Lo miro mientras trata de doblarla para que vuelva a ser el pequeño rectángulo que ha estado

en el fondo de ese bolsillo durante quién sabe cuánto tiempo, y no aguanto más. No puedo mantener este secreto por más tiempo. Por fin encuentro las palabras. Las digo cuidadosamente, para que no se malinterpreten.

—Es mía.

Sus manos se congelan en el aire. Me mira confundido.

—¿Qué?

Hay un temblor en su voz que hace que yo no quiera decir lo que sigue, pero tengo que hacerlo.

—Es mi carta. —Trago saliva con dificultad, con la boca repentinamente seca—. Yo la escribí.

—¿Tú qué?

Trato de mantener mi voz uniforme. Deseo que haya más aire en la sala.

—Yo escribí esa carta —digo—. Para ti. Hace meses, después... —Mi voz se quiebra—. Después de que mi novio muriera en un accidente.

Esas palabras, y todo lo que hay de verdad en ellas, están hechas de aire, apenas audibles, pero él las escucha, y cada músculo de su cuerpo se tensa. Sacude la cabeza.

—Antes de conocerte —agrego, con la irrazonable esperanza de que, de alguna manera, eso marque una diferencia; pero en cuanto miro a Colton sé que no es así.

Él se queda en silencio, quieto como una estatua, pero veo que aprieta las mandíbulas con fuerza.

Yo me pongo de pie, doy un paso hacia delante.

—Colton, por favor...

Él retrocede.

—¿Tú lo sabías? —pregunta, con voz fría—. Cuando nos conocimos, ¿tú sabías quién era?

La pregunta lanza un flujo caliente de lágrimas a mis ojos.

—Sí —suspiro.

Colton se da la vuelta para irse.

—Espera —suplico—. ¡Por favor. Sólo deja que te lo explique...!

Se detiene. Se vuelve de golpe para mirarme de frente.

—¿Explicar qué? ¿Que estabas buscando a la persona que tenía el corazón de tu novio? ¿Que me encontraste después de que firmara un papel que decía que no quería que se me buscara? —La ira brilla en su cara como los relámpagos sobre el océano—. ¿O que te sentaste junto a mí hace unas cuantas horas mientras te lo contaba todo y tú no dijiste nada? —Hace una pausa, y algo más destella en su cara. Tal vez el recuerdo de lo que vino después de eso. Pero se va rápidamente, y su voz se vuelve hueca—. ¿Qué parte querías explicarme?

Abro la boca para responder, pero la verdad de lo que he hecho me deja sin palabras. Y entonces doy la única explicación que puedo dar.

—Nunca contestaste.

Se lo digo al suelo, no como una acusación, sino como una explicación de todo, en su forma más simple y honesta.

Colton da un paso hacia mí.

—¿Y por qué lo crees? Nunca quise esto. Nunca quise nada de esto. —Me mira directamente a los ojos, y juro que no lo reconozco—. Hazme un favor —dice—. Olvida que me has conocido. Porque yo nunca debí haberte conocido.

Y luego se va, a través de las puertas automáticas, hacia la noche.



Síndrome del corazón roto. El síndrome del corazón roto es un trastorno en el que la tensión extrema puede llevar a la insuficiencia del músculo cardíaco. La insuficiencia es grave, pero a menudo de corto plazo... La causa del síndrome de corazón roto no se conoce por completo. En casi todos los casos, los síntomas los desencadenan la tensión emocional o física extrema, como el dolor, el enojo o la sorpresa intensos. Los investigadores piensan que la tensión libera hormonas que «aturden» al corazón y afectan su capacidad para bombear sangre al cuerpo.

Instituto Estadounidense de Corazón, Pulmones y Sangre

Me siento en la silla de la sala de espera en una neblina, no me puedo mover. Mi pecho está hundido.

Gente desconocida viene y va cerca de las sillas donde estoy sentada. Voces que suenan confusas hablan por el sistema de intercomunicación. La abuela está a mi lado, con una mano dando golpecitos en el brazo de su asiento y la otra descansando sobre mi rodilla. Ryan se encuentra al otro lado. Ella no me mira, no dice ni una palabra, y no estoy segura de si es porque está preocupada por nuestro padre, o tan sólo porque está tan horrorizada de mí como lo estoy yo.

Soy una persona horrible, egoísta y mentirosa.

Esperamos, juntas en esas sillas, pero en nuestros mundos separados. Un doctor viene a informarnos de que acaban de llevar a mi padre a cirugía. Nos acomodamos. La operación durará unas horas. Mi madre regresa con nosotras, en silencio. Con los labios apretados para mantener el control. Ella se ve pequeña de pie, enfrente de nosotras y tan asustada. Es desgarrador y aterrador al mismo tiempo.

La abuela se levanta y abraza a mi madre.

—Todo va a salir bien.

Ella no puede saberlo con seguridad. Ninguna de nosotras puede, pero todas nos apegamos a la seguridad que hay en la voz de la abuela.

Mi madre asiente y le tiemblan los labios. Sus ojos se humedecen, pero, cuando nos ve a Ryan y a mí, algo cambia en ella. Mira a la abuela a los ojos, y ella deja de abrazarla. Mi madre se seca los ojos, se endereza y abre los brazos para que nos acerquemos a ella. Se vuelve lo más fuerte y segura que puede para nosotras, mientras repite las palabras de la abuela.

—Todo va a salir bien.

Nos sentamos en fila: la abuela, Ryan, mi madre y yo. Estamos calladas mientras esperamos, preocupadas, pero atraídas por la fuerza que extraemos de las demás. Con el tiempo, el cansancio las agota. La abuela se queda dormida con la mejilla hundida en su puño. Ryan se pasa a una fila de sillas vacía, se acomoda encima de ellas y se duerme en cuanto cierra los ojos. La barbilla de mi madre le cae hasta el pecho. Y entonces me quedo sola de nuevo.

Los ojos me arden y el cuerpo me duele por el sueño, pero mi mente no lo permitirá. La escena con Colton se repite una y otra vez en mi mente mientras el reloj va marcando las horas como un latido. Su dolor y su furia, mi culpa y mi vergüenza. Secretos. Mentiras. Heridas que no pueden remediarse o curarse. Daño que es irreversible.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el doctor aparece y se detiene delante de nosotras. Pongo una mano en el hombro de mi madre, y ella se incorpora de inmediato, parpadeando bajo la luz fluorescente. Las líneas que rodean sus ojos son profundas, pero cuando ve al doctor se pone de pie, alerta.

Él sonríe.

—Traigo buenas noticias. —Ryan y la abuela también están ahora de pie y se unen para rodear al doctor—. La cirugía ha salido muy bien, hemos podido retirar el coágulo y le hemos colocado una endoprótesis. Ahora está en reanimación.

Mi madre abraza al doctor.

—Gracias, muchas gracias.

La sonrisa del médico es sincera, pero cansada, y le da una palmada en la espalda a mi madre.

—No está consciente todavía, pero puedo pedirle a una enfermera que la lleve con él para que esté allí cuando su marido se despierte de la anestesia.

Tan pronto como el doctor se va, una enfermera se acerca para acompañar a mi madre hasta donde se encuentra mi padre. La abuela decide que se quedará y esperará, pero Ryan y yo debemos irnos a casa. No discutimos con ella y no decimos una palabra mientras caminamos por el pasillo, pero ambas parecemos lanzar el mismo suspiro de alivio. Sin embargo, para mí sólo dura un segundo. Salimos por las mismas puertas que usó Colton, y ahora hay todavía más espacio en mí para sentir el peso completo de aquello que lo hizo salir por ellas. La culpa entra como el aire cuando respiro, y mi corazón y mis pulmones la llevan a cada parte de mi cuerpo.

Me pregunto dónde estará Colton. «Regresa —pienso—. Quédate aquí.» Pero sé que no lo hará.

El distante aullido de una sirena se vuelve cada vez más alto y cercano mientras cruzamos el aparcamiento hacia el coche de Ryan. Ella aprieta el botón del control remoto y abre las puertas. Miro la ambulancia que entra bajo el letrero de «urgencias». La sirena se detiene, pero las luces siguen girando, azul, rojo, azul, rojo, mientras las puertas laterales se abren y los médicos aparecen por ambos lados.

*Luces azules y rojas girando contra el pálido cielo del amanecer. Las voces entrecortadas de los médicos, la confusión sonora de sus radios en el fondo.*

De pronto me falta el aliento.

—Quinn —dice Ryan, pero su voz suena muy distante.

Estoy en el camino, de rodillas, perdiéndolo todo una vez más.

Las puertas traseras de la ambulancia se abren. Otro médico se sube al vehículo y tira del extremo de una camilla. Llama a los demás.

—¡Llévenlo allí! ¡Vamos, vamos!

—Quinn, vámonos. —La voz de Ryan me devuelve al presente, pero no por eso me duele menos.

Aquí he perdido todavía más.

Acude a tu pecho, toca allí y pregunta a tu corazón lo que sí sabe.

WILLIAM SHAKESPEARE  
*Medida por medida*

Me siento en la cama y miro mi teléfono, que sujeto en la mano. El número de Colton, listo para marcarlo con sólo tocar el botón para llamar. Pero no lo hago. Sé que no contestará. He llamado, una y otra vez, y ahora va directo al buzón de voz, como si hubiera apagado el teléfono o se hubiera deshecho de él. He pensado en ir a buscarlo, he tratado de imaginar las palabras que podrían hacer que él me entendiera, pero no hay ni una sola. Trato de imaginar que volvemos atrás en el tiempo. Trato de vernos juntos en el agua, o en esa ensenada con la cascada, o mirando la puesta de sol desde la playa. Pero ya no puedo hacerlo. Todo lo que veo es su rostro, tan furioso, y oigo las palabras que me dijo, con una voz que sonaba como la de un extraño: «Olvida que me has conocido».

No fue furia lo que oí en esas palabras; fue dolor causado por mí. Nadie puede decirme que fue un accidente, o que estaba más allá de mi control, o que no pude hacer las cosas de forma diferente.

Lo busqué. Lo encontré. Me permití enamorarme de él.

No tenía derecho a hacer ninguna de esas cosas.

Fueron decisiones que tomé; pero, al hacerlo, aparté a un lado las tuyas. Y, como dijo Ryan, anulé cualquier posibilidad de que tuviéramos algo real. Borré todos nuestros momentos, días y experiencias antes de que siquiera existieran. Y ahora soy el pasado que él quiere olvidar. No tengo más opción que dejarlo.

Me retiro al aislamiento de mi propio pasado, donde merezco estar. Donde estoy sola con todas las cosas que desearía que pudieran cambiarse. No duermo. No como. Le cuento a Ryan lo que sucedió cuando fui al local de Colton para explicarle la verdad, y luego lo de la tormenta y el hospital. Después de eso apenas hablo. Ella me deja espacio. Sale a correr sola. No hace preguntas ni me da consejos. No puedo saber si es porque no pido nada de eso o porque ella no tiene ninguno.

Un par de días después, cuando mi padre regresa a casa del hospital, salgo de mi cuarto para hacerle saber lo aliviada que estoy de que él se sienta bien. Cuánto lo quiero. Trato de ayudar para que se cuide, pero sólo estoy allí a medias. Ryan, todavía temblando tras presenciar el ataque, se pasa el día alrededor de mi padre, dándole abrazos y llorando por nada. Mi madre le organiza su recuperación: órdenes del doctor, recetas, trabajo en la oficina. Yo me desvanezco, hundiéndome cada vez más. Perdiéndome de nuevo.

Estoy sentada delante del ordenador, con el mismo pijama que he llevado los últimos dos días, recorriendo arriba y abajo el blog de Shelby, cuando Ryan entra sin llamar. Ve la fotografía de Colton en la pantalla antes de que yo pueda cerrar la ventana.

—¿Todavía no sabes nada?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no lo llamas?

—Lo he hecho. Muchas veces. No responde.

Ella aprieta los labios y asiente.

—Supongo que, si fuera él, yo tampoco lo haría. No después de descubrir algo así.

No me gusta hablar de eso, así que no digo ni una palabra. Ryan suspira hondo y se apoya contra el escritorio, delante de mí.

—Me han aceptado —dice.

—¿Qué?

—En la escuela de arte, en Italia. Les encantó mi portfolio. Al parecer, los corazones rotos producen un arte irresistible.

—Eso es estupendo —digo.

Pero no sueno convincente. La idea de no tenerla aquí me ahoga.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de un par de semanas. —Nos quedamos calladas un momento, y creo que sé qué es lo que ella quiere; parece un poco triste también—. Voy a echarte de menos —dice—. Y estoy preocupada por ti.

—No puedo mantenerme de pie en este momento.

—¿Sabes que dije que él merecía saber la verdad?

Levanto la vista para mirarla.

—Bueno, lo merece, Quinn. Merece saberlo todo. No sólo lo que él cree que sabe.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—Me refiero al resto de la verdad. Que empezó tratándose de Trent, pero que en algún momento eso cambió. Que te enamoraste de él. Que estabas asustada. Que no querías herirlo o perderlo. Esas cosas son toda la verdad también, ¿o no?

Mis ojos se llenan de lágrimas, y miro a mi hermana.

—Él me dijo que me olvidara de que lo había conocido. —Trago saliva a pesar del nudo en mi garganta, y la voz me sale gruesa por las lágrimas—. Él no quiere oír nada que yo tenga que decir.

—¿Estás bromeando? Ésas son las cosas que él necesita escuchar. ¿Tú crees que él no se siente herido ahora mismo, caminando por allí, con sólo la mitad de la verdad?

Las lágrimas, una tras otra, ruedan en silencio por mis mejillas ante esa idea.

—Piensa en todas las cosas de las que siempre te has arrepentido por no haberlas hecho o dicho. Todas las cosas que has deseado poder cambiar. —Mi hermana mueve la cabeza de un lado a otro—. Entre toda la gente, tú eres la que más sabe cuánto pueden lastimar estas cosas. Tú sabes cuánto tiempo se pueden quedar contigo y cambiarte.

Hace una pausa y echa un largo vistazo a Colton, que sigue en la pantalla de mi ordenador. Cuando vuelve a mirarme, su rostro está muy serio.

—Así que no las dejes. Haz algo. Ve a buscarlo y cuéntaselo todo.

Da todo tu amor. Obedece a tu corazón.

RALPH WALDO EMERSON

Me detengo en el mismo mirador en que lo hice la primera vez que conduje para ver a Colton. La luz del sol y el aire salado entran en el interior del coche cuando bajo la ventanilla, y trato de respirar tal como lo hice ese día. Mis manos tiemblan de la misma manera ante la idea de verlo.

Pero muchas cosas son diferentes ahora. Entonces, me prometí que no hablaría con él, que sería invisible. Que no interferiría en su vida. Ahora necesito que él me escuche. Quiero que me vea. Y, a pesar de lo que me condujo a él, no quiero pensar en que no sea parte de mi vida.

Necesito decirle la verdad, que está enredada entre las mentiras. Cómo fui buscando el corazón de Trent, una conexión con el pasado. Una manera de conservarlo. Pero que lo que obtuve cuando lo encontré a él fue una razón para dejarlo ir. Necesito decírselo.

No cambiaría eso ni aunque pudiera.

Cuando doy la vuelta en la calle principal, estoy hecha un lío. Todavía más ahora que ese primer día. Aparco en el mismo lugar en que lo hice la primera vez, enfrente de la cafetería, y observo a través de la ventana para ver si hay alguna posibilidad de que lo encuentre allí, pero está vacía. Respiro hondo y cruzo la calle hacia el local Good Clean Fun, con la vista baja, tratando de reunir valor mientras avanzo. Cuando me detengo en la cuneta y finalmente levanto la vista, el suelo desaparece debajo de mis pies.

El interior del local está oscuro. Los estantes que solían hallarse llenos de kayaks están vacíos, y delante de la puerta cerrada hay ramos de flores y letreros.

Letreros con el nombre de Colton.

Se me nubla la vista, y todo el aire en el mundo se agota. Doy un paso hacia la puerta, pero ni siquiera puedo ver. Todo lo que veo es el hospital, el rostro de Colton y su expresión cuando le dije la verdad. Su expresión cuando se fue. La forma en que no miró atrás.

Me hundo justo donde estoy, como si no tuviera piernas debajo de mí.

«Esto no puede estar sucediendo», pienso.

No cuando no he tenido siquiera..., cuando no he logrado tener una oportunidad de hablar con él, o de dejar las cosas claras, o sólo... sólo de verlo.

Hundo la cabeza entre mis rodillas y lloro. Lloro por mí misma, por Colton y por Trent también. Esto es demasiado. La vida y el amor, y lo frágil que es todo. Se repite una y otra vez en mi cabeza, un estribillo triste y desesperado.

«Esto no puede estar sucediendo, esto no puede estar sucediendo, esto no puede...»

—¿Quinn? ¿Eres tú?

Me cuesta un segundo reconocer la voz, pero, cuando lo hago, levanto la cabeza lentamente,

con miedo de lo que me encontraré cuando mire a Shelby. Ella está de pie delante de mí, y tengo que entrecerrar los ojos, en medio de la luz del sol y las lágrimas, para verla. Me mira, luego ve las flores y los letreros ante la puerta, y abre los ojos como platos.

—¡Dios mío! —dice. A continuación se sienta enfrente de mí y coge mis manos entre las de ella—. Él no..., esto es... Él va a ponerse bien.

—¿Qué...? —Apenas puedo pronunciar la palabra.

—Colton. Va a estar bien. La gente sigue trayendo cosas aquí porque no puede recibir visitas todavía, y tuve que cerrar la tienda hasta que mis padres regresen.

El alivio abre mi pecho, y finalmente la puedo ver. Tiene los mismos ojos verdes que él..., amables y conmovedores, pero en cierto modo también cansados.

Yo me seco los ojos.

—¿Qué le ha pasado?

—Entró en rechazo agudo hace cuatro días.

—¡Oh, Dios mío!

Mi propio corazón prácticamente se detiene, y la culpa me envuelve y me aprieta. Cuatro días antes, cuando nos fuimos del local después de su pelea con Shelby porque no tomaba sus medicamentos, cuando pasamos esa tarde juntos y cuando no lo vi tomar las pastillas ni una vez.

Hace cuatro días, cuando conoció la verdad.

—Nos asustó mucho —dice—. Yo sabía que pasaba algo en cuanto llegó a casa. Se fue a su cuarto, y oí el ruido de vidrios rompiéndose. Cuando entré corriendo, Colton estaba destrozando todas sus botellas.

Ella hace una pausa, como si lo estuviera viendo de nuevo.

—Entré corriendo y traté de detenerlo, pero no paró hasta que las rompió todas; y no me habló, no me dijo qué ocurría. Solamente dijo que quería estar solo. Unas horas después, empezó a tener problemas para respirar, y se lo veía terriblemente mal. Estaba casi en insuficiencia total cuando la ambulancia llegó a casa, a la mañana siguiente.

—Dios mío —susurro.

Empiezo a llorar y me miro las manos, que se retuercen sobre mis piernas.

«Es culpa mía, es culpa mía, es culpa mía», me repito.

—Él ya está estable, pero no fuera de peligro. Le han dado una fuerte dosis de medicamentos contra el rechazo, y se quedará en observación en el hospital hasta que sus biopsias salgan bien. —Shelby respira hondo y se apoya en la pared—. Él no está respondiendo tan bien como les gustaría, aunque creo que..., creo que hay algo más que el hecho de saltarse unas cuantas dosis de sus medicamentos. —Ella me mira—. Él me contó lo que pasó... con la carta.

Todos mis músculos se tensan, preparándome para oír lo que ella piensa de mí.

—Por eso no llamé cuando todo esto sucedió. Odiaba lo que hiciste. Cuando me lo contó, quise odiarte por no respetar su decisión.

Yo parpadeo y ella hace una pausa. Suaviza un poco el tono.

—Pero luego me di cuenta de que yo había estado haciendo lo mismo durante un tiempo, sólo que de un modo diferente. Exponiéndolo todo para que cualquiera lo vea, porque de alguna manera me hacía sentir mejor. Pero Colton en realidad tampoco quería eso.

No sé qué decir.

Shelby me mira a los ojos.

—Me equivoqué al hacerlo —dice—. Y tú te equivocaste al hacer lo que hiciste.

Ella vuelve a respirar hondo, y yo lucho por encontrar las palabras correctas para disculparme.

—Pero, honestamente —dice ella—. Desde que te conoció, él ha estado mejor de lo que nunca lo había visto. No escribí acerca de eso, pero en realidad, después de su trasplante, tuvo que luchar con un montón de cosas con las que no sabíamos cómo ayudarlo. No estaba segura de si alguna vez tendríamos al viejo Colton de regreso. —Ella sonrío—. Pero entonces te conoció, y fue como si recuperara la vida. No sé si alguna vez he visto a mi hermano tan feliz como cuando estaba contigo. Así que, si de algo hay que culparte, es de eso.

Lágrimas calientes resbalan por mis mejillas. Felices, tristes y agradecidas al mismo tiempo. Shelby sonrío.

—Fuiste la primera persona por la que preguntó al despertar, y yo no quería..., no pensaba que fuera buena idea que te viera. —Ella me coge de la mano y la aprieta—. Pero lo está pasando mal ahora, y creo que necesita verte, así que es bueno que estés aquí. Yo puedo llevarte al hospital.

Afirmo con la cabeza, todavía incapaz de hablar. Creía conocer a Shelby porque había seguido sus actualizaciones en el blog sobre Colton, y luego creí que la conocía mejor tras las pocas veces que me encontré con ella, pero ahora puedo ver lo que en realidad es: una persona que se preocupa, ferozmente protectora, de buen corazón, que haría cualquier cosa por su hermano, incluso perdonarme.

—Gracias —logro decir por fin.

Ella me vuelve a apretar la mano.

—Gracias a ti por encontrar a mi hermano.

Trae tus secretos, trae tus cicatrices... desempaca tu corazón.

PHILLIP PHILLIPS  
*Desempaca tu corazón*

—Adelante —dice Shelby cuando dudo fuera de la puerta de la habitación de Colton, en el hospital—. Se alegrará de verte al despertar. —Me entrega una bolsa con los ramos de flores y los letreros del local—. Ten, dale esto.

Lo cojo todo entre mis brazos y desearía haber traído algo mío para dárselo.

—Estaré en la recepción si me necesitas, ¿de acuerdo?

Muevo la cabeza de arriba abajo y siento el corazón en la garganta.

—Gracias.

La observo mientras se aleja por el pasillo y, cuando dobla la esquina, me quedo sola delante de la puerta. Miro el expediente en el estante, con la etiqueta de color amarillo fosforescente que dice «Thomas Colton», y las gráficas y notas a mano adjuntas que no entiendo. Ver su nombre así lo vuelve real, pero no es nada comparado con el segundo en que paso por la puerta y lo veo en la cama del hospital, conectado a sondas y monitores. Es una imagen que he visto antes, pero es muy diferente ahora que lo conozco. Mucho más nítida.

Me acerco un paso más. Su pecho se eleva y cae a un ritmo lento y continuo, y los pitidos de los monitores resultan tranquilizadores. Camino hacia uno que parece un televisor, donde una línea constante recorre la pantalla, saltando con cada latido, una prueba visual de que su corazón aún funciona. Cierro los ojos y se lo agradezco en silencio a Trent, y pienso que, a pesar de que las circunstancias parecen extrañas e incomprensibles, está bien.

Sé que a Colton no le gustaría verme así, y no quiero molestarlo, de modo que sólo permanezco allí de pie, sin saber qué hacer. Pienso en todo lo que quiero decirle, todas las verdades que espero que oiga y las cosas que espero que sienta también.

Pongo la bolsa en el suelo, junto a la silla, y coloco las flores en la mesa lateral con la mayor suavidad que puedo. Miro el monitor. Lo miro respirar. Una mano le cuelga un poco a un lado de la cama, y quiero cogerla entre la mía. Presionarla contra mi propio corazón para que sepa que lo que hay allí es real.

Me quedo de pie junto a la cama durante un largo momento, luego me siento en la silla a esperar. Colton se agita ante el sonido. Apenas entrea los ojos, y luego los abre por completo cuando me ve.

—Estás aquí —dice.

Su voz es ronca, débil, y tengo que reprimir el impulso de abrazarlo y besarlo para pedirle mil disculpas.

—Hola —susurro, con miedo de hacer algo más.

Me siento más desnuda en este momento que cuando estuve con él, bajo la lluvia, esa tarde en



la furgoneta.

Él se aclara la garganta y se impulsa un poco para levantarse. Hace un gesto, luego estira una mano, y yo estoy allí al cabo de un segundo, sujetándola con la mía, y todas las palabras que quiero decirle salen a la vez, tropezándose, una encima de la otra.

—Lo siento mucho, por todo esto, por todo, sólo quería ver quién eras. Ni siquiera hablaría contigo, pero entonces entraste y todo cambió. Y cuando apareciste en mi puerta con esa flor, y me llevaste a navegar, y la cueva, y..., todos los días, me mostraste tanto, y se volvió cada vez más difícil, y no pude... —Hago una pausa, tiemblo, no me preocupo en limpiar las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. No pude decírtelo porque nunca esperé enamorarme de ti. Y lo hice, y lo estoy, y sé que fue inadecuado cómo sucedió y que tú ni siquiera podrías perdonarme, pero yo...

—Quinn, detente —dice, con voz rasposa.

Las manos me caen a los costados, y retrocedo un paso, aterrada de que nada de lo que acabo de decir importe. Él no me mira. Sólo tiene los ojos enfocados en el espacio vacío entre nosotros.

Nos quedamos en silencio un momento, que se hace aún más largo por los pitidos de los monitores y el temor creciente en mi pecho.

Finalmente me mira, pero es difícil leer su expresión.

—Yo no... —Se detiene. Respira hondo—. Nada de eso me importa.

Aparta la vista y mi corazón se hunde.

—No como tú crees. Al principio sí, cuando me lo dijiste. No supe cómo asimilarlo, así que no lo hice. Sólo reaccioné con un enfado, porque odiaba que tú fueras la que había escrito esa carta.

Me mira ahora, con los ojos llenos de arrepentimiento, y no sé si podré soportar lo que sigue.

—Pero he estado acostado en esta cama durante los últimos tres días y lo único que he pensado es que odio más que fuera yo el que no te respondí.

—¿Qué? —Doy un paso hacia él—. Eso ya no importa, eso fue...

—Sí importa —dice Colton—, porque yo sí te respondí.

—No lo entiendo.

—Te respondí —dice con tranquilidad—. Muchas veces.

—¿Qué...?

Se impulsa para sentarse, y con la mirada encuentra la bolsa que Shelby me pidió que trajera.

—¿Me pasas eso?

Lo hago, y con un poco de esfuerzo él busca dentro, saca un fajo de cartas unidas con una goma y me las entrega.

—Éstas son para ti.

Miro la pila de cartas en su mano. Hay docenas de ellas unidas, selladas y nunca enviadas, y no puedo pronunciar una sola palabra.

—No podía siquiera hacerlo bien —dice—, no como quería, o como te merecías. Nada de lo que dijera iba a poder compararse con la manera en que me sentía; sentía que no lo merecía. Como si fuera incorrecto que alguien tuviera que morir para que yo viviera. —Se encoge de hombros—. No sabía cómo dar gracias por devolverme la vida a alguien que perdió a una persona que amaba. No podía, así que no lo hice. Igual que tú.

Me entrega el paquete de nuevo.

—Éstas son tus cartas, igual que lo era esa otra.

Las miro y puedo ver el peso de su culpa y de la carga de su corazón. Cuando las cojo sé que nunca las abriré, pero también sé que él necesita que las reciba. Así que lo hago.

Nos sentamos en silencio bajo la tenue luz de aquella habitación, con los secretos y las cicatrices a nuestro alrededor. Por un momento, deseo regresar a ese lugar mágico donde estábamos juntos, libres de nuestros pasados. Pero sé que no podemos. En realidad nunca estuvimos libres de ellos. Aunque los dos nos esforzamos y aunque los dos queríamos que fuera de otra manera, estábamos hechos de nuestro pasado, nuestros dolores, nuestras alegrías y nuestras pérdidas. Es la fibra básica de los seres escrita en nuestros corazones.

Lo único que podemos hacer ahora es escuchar lo que hay en ellos.

Coloco el fajo de cartas sobre la mesa y luego me acerco a Colton. Me subo a la cama y descanso junto a él. Me rodea con el brazo, y yo coloco la cabeza sobre su pecho. Siento el ritmo constante que quiero seguir escuchando.

—¿Y qué sigue ahora? —pregunto.

—¿Ahora? —Se ríe un poco—. Ésa es una gran pregunta. —Hace una pausa, y, cuando levanto la vista, puedo ver que sonrío—. Creo que podremos responder a eso mientras avanzamos —dice—. Pero justo ahora... —Me acerca más y me besa en la frente—. Esto es suficiente. Esto lo es todo.

Por tanto, decimos que «aprendemos con el corazón» eso que se queda grabado en la memoria o que hemos comprendido por completo. Y téngase en cuenta, más aún, que se cree que el corazón hace posible una forma más elevada de conocimiento, una comprensión superior a la que adquirimos con el cerebro.

F. GONZÁLEZ CRUSSI

*Cargando el corazón: exploración de los mundos en nuestro interior*

Nos sentamos lo bastante alejados de la orilla como para ver la ensenada completa, bajo la luz dorada del atardecer. En un extremo, la cascada cae sobre el acantilado a cámara lenta, con sus corrientes dando vueltas y saltando hasta la arena, donde se unen y se mezclan con las olas que se dirigen a la playa. En el otro extremo está la escalera donde me detuve para ver a Colton en el agua, insegura del sentido que tendría estar juntos, pero sabiendo que lo tenía. Que lo tiene.

—Éste es el día que quiero vivir, una y otra vez —dice Colton detrás de mí.

Me doy la vuelta para mirarlo.

—Yo también.

Sonríe y sacude la cabeza.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

—Tu hermana me ayudó.

Y mucho, en realidad. Cuando llamé a Shelby y le conté lo que pretendía hacer, ella se encargó de prepararlo todo para nosotros: kayak, tienda, campamento, galletas con bombones y chocolate, todo eso.

—Es perfecto —dice Colton.

—Que te hayan dado el alta merece un día perfecto.

Él sonríe.

—Igual que ser la corredora novata más rápida del equipo.

Me hace reír, pero en realidad me siento bien con eso, tan feliz de tener un plan, aunque sólo sea correr, tomar unas cuantas clases y ver adónde llegamos.

—No sé si eso va bien con los tuyos —digo—, pero lo aceptaré, así como lo aceptaré si vienes conmigo.

—Debes hacerlo —dice Colton con una sonrisa.

Hunde su remo en el agua y nos abrimos camino hasta la playa mientras la luz del sol se desvanece a nuestras espaldas. Después nos enjuagamos en la cascada. Colton enciende la fogata y miro cómo el humo forma volutas y asciende en la noche, hasta llegar a las estrellas. Hacemos bombones y hablamos acerca de cuántos días perfectos más podemos pasar juntos, sobre todos los lugares que veremos y las cosas que haremos. Todas las posibilidades para el futuro.

Más tarde, cuando empieza a hacer frío, sacamos nuestros sacos de dormir de la tienda y los unimos con el cierre. Los extendemos en la arena y nos tiramos allí, uno al lado del otro, mirando cómo satélites y estrellas fugaces cruzan el cielo. Me siento un poco cansada por el sol y el

océano, pero no quiero cerrar los ojos. No quiero que este día termine nunca, y sé que Colton tampoco, por la forma en que sigue hablando. Sigue contándome historias de las estrellas y el mar.

Sólo se detiene para volverse de lado y atraerme para darme un beso. Y en ese beso está uno de aquellos momentos como el que tuvimos en el hospital ese día. Un momento que lo es todo. Es un momento en que puedo sentir la profundidad de la conexión entre Colton y yo, entre todo. Puedo sentir los ritmos interminables de luz y oscuridad, las mareas y los vientos. La vida y la muerte, la culpa y el perdón.

Y el amor. Siempre el amor.

Nos quedamos recostados, juntos, callados, bajo el cielo interminable, junto a un océano sin fondo, y no nos contamos que éstas son todas las cosas que nos han unido. No decimos que no cambiaríamos ninguna de ellas.

No tenemos que hacerlo, porque éstas son las cosas que pasan por el corazón.



## Agradecimientos

En primer lugar y siempre, gracias a mi esposo, Schuyler, quien cogió mi corazón el día que nos conocimos y que es la razón por la que puedo escribir una historia de amor.

Mi profundo agradecimiento a Alexandra Cooper, quien escuchó esta idea y me animó, y quien estuvo allí, a cada paso, con su amable estímulo, sus agudos comentarios y sus cartas de edición legendarias, ¡en el mejor sentido de la palabra!

No tengo suficientes agradecimientos para la indomable Leigh Feldman, quien me vio a lo largo de este libro de principio a fin como lo hace siempre: con gracia, humor y un corazón valiente.

Muchísimas gracias a mi nueva familia en Harper Collins, que me ha hecho sentir bienvenida y cuidada desde el principio. Rosemary Brosnan, Alyssa Miele, Renée Cafiero, Raymond Colón, Jenna Lisanti y Olivia Russo: ¡Estoy profundamente impresionada por este equipo tan dinámico! Y, hablando de estar impresionada, sigo mirando la portada y me quedo maravillada de la brillantez de Erin Fitzsimmons y su diseño, que es perfecto para esta historia.

Y luego están mis queridos amigos, que se han vuelto mi familia de escritora: Sarah Ockler, que es mi hermana del alma literaria. Me siento muy afortunada de conocerla y todavía más afortunada de llamarla mi amiga. ¡Aquí hay muchos años más de amistad, escritura, vino, tarot, chocolate y un ser maravilloso!

Morgan Matson, desde el albergue hasta nuestros días de escritura en la biblioteca con Albino Bunny, tú has estado allí para mí como amigo y compañero de escritura todo el tiempo, y eso significa más para mí de lo que podrías imaginarte. ¡Espero con ansia muchos años más de escritura contigo, tu sonrisa y tus múltiples bebidas!

Carrie Harris, Elana Johnson, Stasia Kehoe y Gretchen McNeil: vosotras, muchachas, y vuestra amistad, apoyo, consejos, correos electrónicos hilarantes y genialidades en general han significado un mundo para mí, y no puedo imaginarme haciendo esto sin vosotras.

Y, por último, un amigo que era un extraño hasta que tropecé con su historia mientras investigaba para ésta: Zeke Kendall, quien tan pacientemente respondió a cada una de mis preguntas, hasta la última, para que pudiera conocer todos los pequeños detalles, y cuya historia y corazón es más sorprendente que cualquier cosa que pudiera haber escrito. Ésta soy yo retándote, Zeke: ¡hora de escribir!

*Un corazón para dos*  
Jessi Kirby

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Things we know by heart*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta  
© de la fotografía de la autora, Sarah Ockler

© Jessi Kirby, 2015  
Publicado de acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers

© de la traducción, Eloy Pineda, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14562-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)